

# **RAMANA MAHARSHI**

## **RECUERDOS Y TESTIMONIOS**

Textos seleccionados, traducidos y adaptados por:

Jacques Gontier

Traducción al español:

Jesús Sánchez



## Colección



En la colección *Ignitus de Estudios Tradicionales* se publican obras de los grandes comprensos de las Tradiciones espirituales orientales y occidentales como Ramana Maharshi, Nisargadatta Maharaj, Rajit Maharaj, maestro Eckhart, René Guénon, Ananda Coomaraswamy, Douglas Harding, Michael James, etc. La colección está especialmente comprometida a publicar aquellas obras dedicadas a enseñar o comentar las vías o métodos de realización espiritual. En este sentido, también se publican diversos tratados inéditos de la tradición espiritual cristiana, así como estudios de arte y simbolismo tradicionales. De esta manera, en pocos años, la Colección *Ignitus* se ha situado como punto de referencia indiscutible en el panorama editorial internacional.

Director de la Colección: Javier Alvarado Planas, Catedrático de Historia de las Instituciones de la *Universidad Nacional de Educación a Distancia* (Madrid, España).

### **RAMANA MAHARSHI. RECUERDOS Y TESTIMONIOS**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los autores, editores y traductores. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

© Sri Ramanashramam, Tiruvannamalai  
© Jesús Sánchez (de la traducción al español)  
© EDITORIAL SANZ Y TORRES, S. L.  
C/ Vereda de los Barros, 17  
Pol. Ind. Ventorro del Cano – 28925 Alcorcón (Madrid)  
Teléf.: 902 400 416 – 91 323 71 10  
[www.sanzytorres.com](http://www.sanzytorres.com)  
[libreria@sanzytorres.com](mailto:libreria@sanzytorres.com)  
[www.editorialsanzytorres.com](http://www.editorialsanzytorres.com)  
[editorial@sanzytorres.com](mailto:editorial@sanzytorres.com)

Edición: Madrid, 2023  
ISBN: 9788419382856  
Depósito legal:

Impresión y encuadernación: Safekat, S. L.

# RAMANA MAHARSHI

## RECUERDOS Y TESTIMONIOS

Textos seleccionados, traducidos y adaptados por:

Jacques Gontier

Traducción al español:

Jesús Sánchez

2023



*“El Sí Mismo es la identidad de cada uno;  
Usted es todo, el Todo intacto  
¡El pensador y el pensamiento ni siquiera existen!  
¡Oh mente, cómo puedes seguir pensando tan insolentemente!”*  
Avadhuta-Gita, 26

### **Bendición**

*¡Homenaje a Arunachala!  
¡Manifestación de Shiva  
En forma de Montaña inmutable llena de Conocimiento y Gracia!  
¡Homenaje a Shiva Dakshinamûrti  
Que a través del Silencio enseña “Eso eres tú” a aquellos que se dirigen a El!  
¡Homenaje a Bhagaván Sri Ramana Maharshi, que con su Presencia  
inunda de Luz todo el Universo!  
¡No me niegues el gozo de estar siempre postrado ante tus pies de loto!*

*Todo mi agradecimiento a Rosa, mi compañera, a Cèlia, Victoria, Marta, por su inestimable ayuda en la corrección y apoyo. A Javier Alvarado, Shiva Subramaniam, al Dr. Giridhar y al Presidente del Ashram Venkat. S. Ramanan por las facilidades dadas para que esta obra salga a la luz.*

*Jesús Sánchez*



## INTRODUCCIÓN

Bhagavan Sri Ramana Maharshi (1879-1950) es reconocido como uno de los más grandes Gurús de los tiempos modernos. En 1896, cuando tenía sólo 16 años y aún iba a la escuela, realizó el Sí Mismo durante una experiencia espectacular, que se prolongó durante unos veinte minutos. En esa época no tenía ninguna idea de lo que era la espiritualidad, aunque este suceso lo dejó perplejo. En las semanas que siguieron, pensaba que era víctima de un espíritu desencarnado o bien de una extraña enfermedad. No habló con nadie de su experiencia e intentó seguir su vida de escolar como si no hubiera pasado nada. Pero seis semanas más tarde, sintió el impulso de abandonar la casa para encontrar un lugar donde nada ni nadie lo molestara.

Su elección fue Arunachala, una montaña sagrada situada a unos 180 km al sudoeste de Madrás. Después contará que debía su realización al poder de Arunachala, que Arunachala era su Gurú y que le había atraído hacia su forma física.

El joven Ramana se marchó de su casa en secreto, para que nadie conociera su destino, y lo alcanzó tres días más tarde, después de un viaje fértil en sucesos. Iba a pasar cincuenta y cinco años de su vida en o cerca de esta montaña, rechazando alejarse de ella ni siquiera un solo día.

A su llegada, se deshizo del dinero y de todo lo que lleva con él, a excepción de un taparrabos. Se afeitó el cráneo en signo de renunciamiento espiritual y se instaló primero

en el recinto del gran templo de Arunachala. Durante cuatro o cinco años, permaneció sentado con los ojos cerrados casi constantemente, en diversos templos y santuarios, absorbido en el Sí Mismo. De vez en cuando, un visitante o un peregrino y, más tarde, una persona dedicada a su servicio, le llevaba alimento.

En 1901, se instaló en la gruta de Virupaksha, en la montaña, unos 90 metros por encima del gran templo y allí permaneció durante catorce años. Pasaba su tiempo sentado en silencio o paseando por las pendientes de Arunachala. Desde su llegada al gran templo había aspirantes que se sintieron atraídos por él y en el momento en que marchó a la gruta de Virupaksha ya tenía un pequeño círculo de fieles, a los cuales se añadían visitantes ocasionales.

Más tarde, Ramana Maharshi, explicará que no había realizado ninguna clase de prácticas espirituales, ni de meditación después de su experiencia de la muerte, en 1896, en la casa familiar; y que sus años de silencio habían sido la consecuencia de una intensa necesidad de permanecer totalmente absorbido en el Sí Mismo.

Durante sus últimos años en la gruta de Virupaksha, comenzó a hablar a los visitantes y a responder a sus preguntas de orden espiritual. El fin último de la vida, según Ramana Maharshi y la escuela tradicional del *Vedanta Advaita*<sup>1</sup>, es el de trascender la ilusión de que se es un individuo dotado de un cuerpo y de un espíritu, que vive en un mundo objetivo separado de él. Entonces uno se vuelve consciente de lo que realmente es: el Sí Mismo, la Consciencia sin forma e Inmanente.

La familia de Ramana Maharshi logró encontrar su rastro, pero él rechazó volver a casa de sus padres. En 1914, su madre decidió ir a Arunachala para vivir a su lado el resto

---

<sup>1</sup> *Vedanta Advaita*: Escuela tradicional No dual basada en el Vedanta (fin de los Vedas) cuyo fundador fue Adi Shankarâchârya.



de sus días. En 1915, ella y el grupo de discípulos que se alojaban en la gruta de Virupaksha, se instalaron en Skandashram, un pequeño *ashram*<sup>2</sup>, un poco más arriba en la colina, construido especialmente para Ramana por uno de sus primeros discípulos.

Hasta entonces, los discípulos que vivían alrededor de Ramana mendigaban su alimento, como es costumbre entre los *sadhus*<sup>3</sup> o los *sannyâsin*<sup>4</sup>. Cuando Ramana se instaló en Skandashram, su madre se encargó de cocinar para todos los que vivían allí. Ella se volvió en seguida una ferviente discípula de su hijo y su progreso espiritual fue tan rápido que, con la ayuda de Ramana, alcanzó la realización del Sí Mismo en el momento de su muerte, en 1922.

Su cuerpo fue enterrado al pie de Arunachala en el flanco sur. Algunos meses más tarde, movido por lo que llamará “la Voluntad divina”, Bhagavan abandonó Skandashram y se instaló cerca de la pequeña tumba levantada encima del cuerpo de su madre. En los años siguientes, poco a poco, se creó un gran *ashram* alrededor de ella.

De toda la India y, más tarde desde el extranjero, los visitantes venían a verlo para pedirle consejo, obtener sus bendiciones o, simplemente, impregnarse de la paz que irradiaba. En 1950, cuando dejó este mundo, a la edad de 70 años, se había vuelto una especie de institución nacional, el perfecto representante de una tradición espiritual milenaria.

Su celebridad y su atracción que ejercía, no tenían nada que ver con la realización de milagros. No manifestaba ningún poder particular y mostraba su menosprecio por aquellos que lo hacían. Sus enseñanzas tampoco eran especial-

---

<sup>2</sup> *Ashram*: proviene de la palabra sánscrita *â-shrama* “lo que conduce al esfuerzo”. Es un lugar de retiro, comunidad y albergue de buscadores esporádicos, donde conviven discípulos y un Maestro que imparte una enseñanza.

<sup>3</sup> *Sadhus*: monje o renunciante errante.

<sup>4</sup> *Sannyâsi*: renunciante al mundo, puede ser monje o asceta errante.

mente originales. Excepto la resurrección de una práctica espiritual caída en el olvido (la indagación interior, buscando responder a la cuestión “¿Quién soy yo?”, ¿qué es el “yo?”), todo lo que enseñaba ya había sido enseñado por numerosos Gurús antes que él. Lo que cautivaba el espíritu y el corazón de los visitantes era la impresión de santidad, que sentían al verlo; llevaba una vida simple y austera, mostraba respeto y consideración a todos los que se le aproximaban y, por encima de todo, se saboreaba en su presencia una paz, una plenitud desconocida hasta entonces. A menudo, la consciencia de ser de un individuo cedía el sitio a la percepción del Sí Mismo inmanente.

Bhagaván no suscitaba esta energía de manera deliberada; no hacía ningún esfuerzo voluntario para transformar a los que le rodeaban. La transmisión de este Poder espiritual se efectuaba espontáneamente y sin interrupción. Era este Poder el que, en función del estado de espíritu del receptor, engendraba en este último ciertas transformaciones. Éstas no eran el resultado de la decisión, del deseo o de la acción de Bhagaván.

Bhagaván decía a menudo, que la transmisión de esta Energía era la parte más importante y más directa de su enseñanza. Decía que las enseñanzas orales y escritas que daba, las diversas técnicas de meditación a las que se refería, únicamente eran para aquellos que no podían captar este flujo de Gracia que emanaba de él permanentemente.

Jacques Gontier

## **Primera parte**

# **TESTIMONIOS RECOGIDOS POR G. VENKATACHALAM\***

---

\* Estos artículos, originalmente en telugu, fueron traducidos al inglés y reunidos en *Ramana Smriti*, un volumen publicado por el Ashram de Tiruvanamalai en mayo de 1980, con ocasión del centenario del nacimiento de Ramana Maharshi.



## AÑOS DE GRACIA

### R. Narayanan Iyer

*Narayana Iyer encontró por primera vez a Sri Bhagaván alrededor de los años 1910 y recibió de él algunos privilegios particulares. Al principio no se sentía atraído por la espiritualidad, pero más tarde experimentó una profunda atracción por Bhagaván. Se las arregló para conseguir un trabajo cerca de Tiruvanamalai, lo que le permitió visitar a Bhagaván casi cada fin de semana. Fue el primero en construir una casa frente al Ashram, en la zona que hoy lleva el nombre de "Ramana Nagar".*

\*

\*      \*

En 1913, acompañé a mi padre a Tiruvanamalai. En esa época, Bhagaván vivía en la gruta de Virupaksha. Cuando lo vi por primera vez, tenía en la mano un libro en sánscrito. Me atraía mucho el templo de Arunachala, al pie de la montaña y pasé allí nueve días, mientras que Bhagaván no me impresionó mucho: ¡yo aún era un adolescente!

Cuando crecí, mi espíritu se interiorizó y pasaba el tiempo cantando alabanzas a Shiva, incluso mientras dormía. Un día me enteré de que se había formado un *Ashram* alrededor de Ramana Swami y sentí el vivo deseo de ayudar a este *Ashram* en la medida de mis posibilidades.

Ramakrishna dijo un día: "Cuando el río está crecido, incluso las rocas llegan hasta el mar. Cuando Dios viene a la tierra, incluso los que no están maduros obtienen la salvación". Yo siempre me había lamentado amargamente por

no haber nacido en la época en que Ramakrishna estaba en la tierra. Él declaró que volvería dentro de trescientos años y yo rezaba por poder renacer en ese momento. Me sumergí en los libros que hablaban de Bhagaván y tuve el imperioso deseo de verlo. Apenas sospechaba que encontraría en él un Maestro comparable a Ramakrishna.

En 1936, tuve un sueño en el que era convocado por mi jefe de servicio. Al entrar en su oficina, veía encima de un sillón un enorme *Shivalinga*<sup>5</sup>. Enseguida comprendí que se trataba de una llamada de Bhagaván. En aquel tiempo era muy difícil obtener un permiso sin certificado médico y, sin embargo, la petición que presenté fue aceptada.

Cuando entré en el Hall del Ashram, Bhagaván estaba sentado en su diván. Enseguida señalándome con el dedo remarcó: “él ha venido de Madrás”. Me dije a mi mismo que tenía mucha suerte de recibir su atención desde mi llegada.

Durante la noche, Bhagaván fijó intensamente su mirada en mí durante unos cinco minutos. Mi cuerpo temblaba y me costaba respirar. Fue una experiencia extraordinaria, en la que pensé aún mucho tiempo después de mi vuelta a casa. Después de eso, me acostumbré a ir al Ashram todos los meses. No me había dejado absorber por la vida familiar y siempre me esforzaba en progresar hacia la iluminación. A la edad, relativamente joven, de 50 años obtuve el retiro. Cuando le comuniqué a mi mujer que, de ahora en adelante, no tendría empleo, se puso a llorar. Una noche ella vio en sueños a varias mujeres acompañadas de un *Sadhu*, subiendo una escalera. El *Sadhu* se volvió hacia mi esposa y le preguntó: “¿Por qué lloras? Yo me ocupo de todo, no temas nada”. A la mañana siguiente, ¡mi mujer había vuelto a recuperar la sonrisa!

---

<sup>5</sup> Shiva Lingam: símbolo del Señor Shiva. Representa a Shiva, al Absoluto, es muy venerado en toda la India.

Liberado de mi trabajo en la oficina, me establecí en mi pueblo. Pasaba el tiempo alimentando a los *sadhus* y a los pobres, y dando una enseñanza a los niños. También dedicaba mucha atención a las prácticas espirituales, que realizaba en compañía de mi esposa.

En 1940, como de costumbre, fui invitado por el Ashram a la celebración del aniversario de Bhagaván, pero me fue imposible asistir a las ceremonias. Ese día, mientras estaba en casa celebrando el culto de Shiva, sentí de repente y con mucha intensidad la presencia de Bhagaván. Al principio fue una sorpresa, después recordé que era el día de su aniversario. ¡Yo lo había olvidado, pero él no me había olvidado! Un día se me dijo que, en la celebración de su aniversario, Bhagaván envía sus bendiciones a aquellos de sus discípulos que no han podido desplazarse. Le expliqué esto a Bhagaván cuando volví a verlo. Él escuchó con mucho interés y confirmó indirectamente lo que yo pensaba.

Este mismo año, visité Benarés y Allahabad con mi mujer, pero después, a mi vuelta, me sentía siempre agitado. Interpreté eso como una llamada de la Montaña Sagrada y decidí instalarme con mi familia en la proximidad de Bhagaván. Cada día iba al Ashram y me sentaba en el *Hall* delante de Bhagaván y en cuanto me sentaba, tenía la impresión de que Bhagaván me hacía cerrar los ojos y meditar. Un día que no conseguía calmar mis pensamientos, observé a un muchacho, que tenía la costumbre de venir todos los días, ejecutar múltiples prosternaciones delante de Bhagaván. Este le reprendió: “¿De qué sirven todas estas prosternaciones? La verdadera adoración es el dominio de la mente”. Esas palabras tuvieron un profundo impacto en mí.

En 1942, me tuve que ocupar del casamiento de mi hija. El novio puso algunas reticencias. Ansiosamente mostré la carta a Bhagaván. “No te preocupes, eso se hará”, dijo él. Un tiempo después, el novio llegó y la boda se celebró.

Un poco después, mi mujer murió víctima de la viruela. El día del funeral llovía a cántaros y temía que se tuviera que posponer la ceremonia. Bhagaván envió algunos *ash-ramitas* para ayudarme. Cuando le avisaron que la lluvia era muy violenta, dijo: “Continuad, no os ocupéis de la lluvia”. Durante el transporte del cuerpo al campo de cremación, la lluvia paró y cuando el cuerpo fue reducido a cenizas, la lluvia comenzó de nuevo.

Algunos días más tarde, mi hija, que estaba cantando en el *Hall*, se calló de repente. “¿Por qué esta interrupción, preguntó Bhagaván, por qué estar triste? ¿No está tu madre al lado del Señor Arunachala?”.

Después de que Bhagaván dejó su cuerpo, pasé dos años en mi pueblo, más tarde regresé de nuevo al Ashram. Tenía dificultades con mis prácticas espirituales, pero sentía muy claramente que Bhagaván me guiaba.

En aquel entonces sufría de reumatismos musculares. Escribí a mi hijo para que me trajera de Madrás una pomada y un medicamento. Pero lo olvidó y me sentí muy contrariado. A la mañana siguiente, recibí la visita del hermano de Sundaram y para mi mayor sorpresa, traía, precisamente, la pomada y el medicamento que necesitaba. Cuando le pregunté, me dijo que las había descubierto en su casa y nadie las utilizaba. Entonces pensó que podían serme útiles. En ese momento comprendí que eso era debido al inmenso amor de Bhagaván, que llena nuestra vida de milagros.



## ETERNO BHAGAVÁN

### Shantamma

*Shantamma llegó al Ashram en 1927, llamada por Sri Muruganar. Ella trabajaba en la cocina y su devoción por Bhagaván era absoluta. Todo el mundo la quería, pues servía a todos con amor. Por donde ella pasaba la gente se reunía a su alrededor para escucharla hablar de Bhagaván.*

\*

\*      \*

Muruganar era originario de Ramnad, donde yo vivía. Renunció al mundo cuando aún era joven. Yo sabía que era discípulo de Sri Ramana Maharshi. Un día, vi la foto de Bhagaván que llevaba y enseguida sentí un vivo deseo de ir a verlo, pero como yo era muy pobre, tuve que ahorrar el dinero necesario durante casi un año.

En 1927, marché en compañía de otras tres mujeres a Tiruvannamalai. Bhagaván había dejado la Montaña y vivía en una cabaña cerca de la tumba de su madre. En cuanto lo vi, supe que era Dios bajo una forma humana. Me incliné ante él y dije: “El sueño de mi vida se ha realizado. Hoy, he sido bendecida. Haz que mi mente deje de atormentarse”. Bhagaván se volvió hacia Muruganar, que estaba a su lado y dijo: “Pídele que busque saber si la mente existe realmente y, si ese es el caso, pídele que la describa”. Yo permanecí silenciosa, no sabiendo qué decir. Entonces Muruganar me dijo: “¿No comprendes que has sido iniciada en la búsqueda del Sí Mismo?”

Estaba desorientada, pero me vino a la mente cantar un poema en honor a Bhagaván: “Tu esplendor llena el universo con su perfume. Atraídos por este perfume, innumerables seres llegan a Ti. Yo también te he buscado con ardor. ¿Dónde está Él? ¿Dónde está Él? Me preguntaba y heme aquí presente ante Ti”. Bhagaván me preguntó cómo había tenido conocimiento de este poema sacado de *Ramanastuthi Panchakam*<sup>6</sup>. Muruganar explicó que él me había dado un ejemplar de este libro.

Permanecimos cuarenta días. Preparábamos la comida y servíamos el alimento en el Ashram. Bhagaván probaba un poco y el resto se repartía entre los discípulos. Diversos discípulos hacían llegar víveres al Ashram, pero las provisiones continuaban siendo precarias y a veces había que contentarse con arroz acompañado de algunas verduras maceradas con vinagre. Era el periodo de la gran fiesta de Kartikai<sup>7</sup>, que daba fama a Arunachala. Desde las tres de la mañana hasta la medianoche, la gente desfilaba sin interrupción delante de Bhagaván, que debía ser protegido con una cerca de bambú.

Yo quería quedarme hasta el aniversario de Bhagaván, pero las otras tres mujeres debían regresar, así que fui a pedir permiso a Bhagaván. El me pidió que me quedara un día

---

<sup>6</sup> Ramana Stuti Panchakam: Se encuentra entre los primeros himnos de alabanza a Bhagavan, cuyo autor es Satyamangalam Sri Venkataramier, el cual solo estuvo con Bhagavan una semana, pero fue tan intenso su amor por Bhagavan que obtuvo su Gracia y no tuvo necesidad de volver a su Presencia. La Gracia que Bhagavan le otorgó se expresan en estas palabras: “Con su mirada (graciosa) me dio una bofetada en la mejilla y (pareció) decir: “Oh piadoso Venkataramana, ¿de qué te sirve prolongar un discurso inútil? Compruébalo por ti mismo (experimenta la Realización)”.

<sup>7</sup> Fiesta de Kartikai: fiesta en honor del Señor Shiva en la que se conmemora, según la leyenda, que el Señor Shiva se convierte en una columna de fuego sin principio ni fin, para demostrar su supremacía sobre Brahma y Vishnu. Después se materializó como la Colina sagrada de Arunachala (colina de fuego), siendo esta Montaña la forma del Señor Shiva.

más, hasta la aparición del libro *Upadesa Saram*<sup>8</sup>. Al día siguiente me entregó él mismo un ejemplar del libro. Al tener que marchar, mi corazón estaba muy triste y me puse a llorar. “No, no llores, me dijo con dulzura, vas a Ramnad, pero tú no dejas Arunachala. Ves y vuelve pronto”.

Pasé un año en Ramnad. Se aproximaba el aniversario de Bhagaván y deseaba vivamente volver a su lado, pero ni siquiera tenía el dinero necesario para comprar un billete; sin embargo decidí partir el sábado, pasara lo que pasara. El viernes llegó la invitación. Supe después que Bhagaván había indicado mi nombre a quienes se encargaban de enviar las invitaciones. En la invitación figuraba la foto de Bhagaván y se la llevé a las mujeres del palacio de Ramnad. Ellas me dieron treinta rupias para que pudiera asistir a las ceremonias del aniversario. Quien decide ir a ver a Bhagaván, cueste lo que cueste, constata que todos los obstáculos desaparecen como por encanto; todos los discípulos lo han podido experimentar.

Esta vez, Bhagaván estaba en el diván, en el nuevo *Hall*. Explicaba un pasaje de *Ulladu Narpadu*<sup>9</sup> a Dandapani Swami. Cuando me vio, su primera pregunta fue: “¿Tienes este libro? Pedí que se te enviara un ejemplar”. Mi Señor se acuerda de mí y vela personalmente que se ocupen de mí. ¿Cómo esta pobre ignorante ha merecido tanta atención?

Pasaba las noches en casa de algún discípulo, pero del alba al crepúsculo participaba en el trabajo del Ashram, donde me sentía como en mi casa. Cuando terminaron las celebraciones del aniversario, los invitados comenzaban a irse. También yo tenía que marcharme. Pero, ¿cómo podría dejar a Bhagaván? Un día, reuniendo todo mi valor, le comuniqué a Bhagaván mi profundo deseo de quedarme:

---

<sup>8</sup> *Upadesa Saram*: o Esencia de Enseñanzas escrito por Bhagavan.

<sup>9</sup> *Ulladu Narpadu*: o “La Realidad en cuarenta estrofas” fue escrito en tamil por Sri Ramana Maharshi en 1928.

- Mientras estoy cerca de usted, Bhagaván, mi mente está en paz. Lejos de usted, está agitada. ¿Qué puedo hacer?

- Quédate aquí hasta que tu mente se estabilice, dijo él, después, podrás ir a donde quieras sin ser perturbada por nada.

¿Cómo podía quedarme? Era demasiado pobre para pagar un alquiler en el pueblo. El Ashram también era pobre. A menudo, no había suficiente comida para todo el mundo. ¿Cómo podría pedirles que me acogieran? De todas formas, estaba decidida a no volver a Ramnad. No quería dejar a mi gurú. Pero, ¿por qué milagro podría permanecer en el Ashram? El milagro se produjo. Chinnaaswami, nuestro cocinero, estaba enfermo y debía ir a curarse a Madrás. Le escuché hablar con Ramakrishnaaswami: “¿Tendría Shantamma la gentileza de quedarse y preparar la comida? ¿La gentileza de aceptar?”. ¡Cuando ese era mi sueño! Era la compasión de Bhagaván. Había venido para dos meses... y ¡nunca más me fui!

Así pues, se me confió la tarea de preparar la comida y Bhagaván venía a menudo a ayudarme. ¿Hubiera podido yo soñar mayor felicidad? Él hacía todos los preparativos y me daba todas las indicaciones necesarias para guisar los alimentos. Cuando estaba a mi lado, yo era infatigable. Nunca tenía la impresión de haber trabajado mucho; de hecho, no tenía la impresión de trabajar. ¡Estaba en compañía de Dios!

Bhagaván rebosaba actividad. Limpiaba los cereales, descascaraba las nueces, molía los cereales, cosía hojas juntas para hacer platos, etc. Nosotros participábamos en todas estas tareas y escuchábamos sus anécdotas, sus bromas, sus recuerdos y sus enseñanzas espirituales. A veces nos reprendía amablemente, como una madre. Aprendí de él todo el Vedanta; con él las lecciones eran fáciles y divertidas. En cada momento y en todo lugar, todo el trabajo que realizaba, se hacía para él o por petición suya; así se creó un lazo entre

él y nosotros. Siempre estaba en el centro de nuestras actividades. Nos era fácil mantener la mente fija en él. Debíamos constantemente pedirle su opinión; él tomaba todas las iniciativas y las responsabilidades. Se ocupaba de todo. Si surgían problemas, en la cocina o en la vida cotidiana, sólo teníamos que decírselo y él arreglaba las cosas. Así aprendimos el arte de entregarnos enteramente a él.

Al año siguiente, quería volver a Ramnad para la Devi Puja. Sentada en meditación en el *Hall*, vi en el sitio de Bhagavan a una niña de unos dos años, adorable y resplandeciente; tenía una vivacidad y una fuerza increíble; de ella emanaba una luz dorada. De repente la visión desapareció y vi de nuevo a Bhagaván. Comprendí que él era esa diosa que tenía intención de ir a adorar a Ramnad. ¿Para qué ese peregrinaje cuando yo servía cotidianamente a aquél que daba eternamente nacimiento a todos los dioses?

Una mañana, un europeo llegó al Ashram en un coche de caballos y enseguida se presentó ante Bhagaván. Había escrito algo en un trozo de papel que mostró a Bhagaván. Este no le respondió, pero fijó su mirada sobre el extranjero sin parpadear los ojos. El extranjero también fijó su mirada en él. Después Bhagaván cerró sus ojos y el extranjero hizo lo mismo. Los dos se mantenían inmóviles. Cuando llegó la hora de comer, Bhagaván no había abierto los ojos; no se movía. No nos atrevimos a aproximarnos ya que la atmósfera estaba muy cargada. Su rostro irradiaba una extraña luz. En el refectorio, los invitados esperaban y la comida se enfriaba. ChinnaSwami hablaba en voz alta para llamar la atención de Bhagaván. Se golpeó, incluso, sobre los recipientes, pero fue en vano. Cuando en el reloj sonó el mediodía, Bhagavan abrió los ojos. Brillaban con un resplandor intenso. El europeo subió a su coche y se fue. Nunca se le volvió a ver. Ni siquiera sabemos su nombre. Todos nos maravillamos de la prodigiosa suerte de este hombre al cual Bhagaván había dado inmediatamente tal iniciación.

En esa época tuve un sueño. Una mujer resplandeciente, de rostro luminoso, estaba sentada al lado de Bhagaván sobre el diván, y Bhagaván, con un cuidado meticuloso, la cubría de adornos. Otra mujer, igual de bella y resplandeciente, iba y venía por el Ashram, realizando diversas tareas. Pregunté a Bhagaván por qué prestaba tanta atención a una y ninguna a la otra. En ese momento me desperté. Cuando conté mi sueño a Muruganar, me dijo que, efectivamente, un ser invisible estaba siempre cerca de Bhagaván. Era la diosa de la Salvación y Muruganar había compuesto varias canciones en su honor.

Esa tarde, Bhagaván, Muruganar y yo estábamos sentados alrededor de una bandeja de cobre preparando golosinas para la fiesta que se acercaba. Le pedí a Muruganar que contase mi sueño a Bhagaván. Cuando comenzó, Bhagaván dijo: “¿Es que eres su abogado? Deja que ella misma cuente su sueño”. Cuando terminé, él añadió: “Cuando estaba en la Montaña, la mujer que me traía de comer colocaba un segundo plato de alimento a mi lado. Le pregunté para quién era y ella me respondió: “Es para la Madre”. Ella tuvo una visión idéntica”.

Un día el Ashram recibió la visita del Maharajá de Mysore. Él no quería encontrarse con Bhagaván en el Hall y pidió una entrevista privada. Nosotros estábamos perplejos, pues Bhagaván nunca concedía eso. Todo se decía en público, por carta o interiormente. Finalmente, se decidió que el Maharajá entrara cuando Bhagaván tomaba su baño. El Maharajá entró en la sala de baño. Innumerables bandejas de dulces y golosinas, así como costosos regalos fueron depositados a los pies de Bhagaván. El Maharajá permaneció de pie sin decir nada durante diez minutos, después se prosternó ante Bhagaván. De sus ojos brotaron lágrimas y los pies de Bhagaván fueron bañados literalmente con ellas. Sollozó durante algún tiempo y después se fue.

Algunos días después vino también al Ashram la Maharaní de Travancore. Después del desayuno, cuando Bhagaván estaba solo en el comedor, yo le pregunté:

- “¿Qué ha pasado con la Maharaní?
- Me ha hecho muchas preguntas y se ha marchado.
- Y con el Maharajá de Mysore?
- Oh, él es un fruto maduro”.

Bhagaván, con mucha emoción, revivió la escena. Pudimos sentir el fervor, la humildad y la tristeza del Maharajá. Le había dicho a Bhagaván: “Se me ha hecho un Maharajá y se me ha encadenado a un trono. El pecado de haber nacido rey me ha hecho perder la suerte de estar sentado a vuestros pies y de servir a vuestra gloriosa presencia. No puedo quedarme aquí y no tengo ninguna esperanza de volver. No dispongo más que de estos pocos minutos; solamente ruego para obtener vuestra gracia”.

Un poco más tarde, el Ashram recibió una larga carta del Maharajá escrita de su propia mano. Terminaba pidiendo donde podría conseguir los bastoncillos de incienso utilizados en el Ashram. ¡Ellos provenían de Mysore! Pero no podía comprar el perfume especial que desprendían cuando quemaban en presencia de Bhagaván.

Un campesino tuvo un sueño en el que se le decía que ofreciera el próximo ternero al Ramanashramam. Llevó su vaca y el ternero a Bhagaván. Los ashramitas se extrañaron y rechazaron la oferta, pues en aquella época el Ashram estaba rodeado de una jungla espesa por donde merodeaban guepardos. Pero el campesino tomándose en serio su sueño, no quería llevarse el ternero. Este tenía necesidad de su madre, que lo alimentaba. Finalmente, la vaca y el ternero fueron confiados a un discípulo del pueblo. El ternero se convirtió en la célebre vaca Lakshmi. Ella venía cada día al Ashram para comer y sentarse en el *Hall* cerca de Bhagaván. Por la noche volvía al pueblo como las demás mujeres.

Un día, después del desayuno, cuando Bhagaván leía el diario, Lakshmi entró en el *Hall*. Se aproximó a Bhagaván y se puso a lamer el diario. Bhagaván levantó los ojos y dijo: “¡Un poco de paciencia Lakshmi!” Pero ella continuó haciendo lo mismo; entonces Bhagaván guardó el diario, puso sus manos detrás de los cuernos de Lakshmi y su cabeza contra la suya. Estuvieron así un tiempo. Yo observaba esa maravillosa escena. Al cabo de unos diez minutos, Bhagaván se volvió hacia mí y dijo: “¿Sabes lo que hace Lakshmi? Ella está en *samâdhi*. La miré y vi abundantes lágrimas caer por sus largos carrillos. Su respiración estaba parada y sus ojos miraban a Bhagaván. Éste cambió de posición. “¿Cómo te sientes ahora, Lakshmi?”, le preguntó. Lakshmi se alejó caminando hacia atrás, como para evitar dar la espalda a Bhagaván; dio la vuelta al *Hall* y salió.

Cuatro días más tarde, Lakshmi dio a luz a un pequeño ternero. Su cuidador la llevó al Ashram con sus crías y la dejó allí definitivamente. Lakshmi con sus tres terneros entró en el *Hall* y se acostó cerca del diván. Bhagaván dijo al verla: “Hasta hoy Lakshmi tenía que irse al pueblo cada noche y se iba llorando. Hoy, está totalmente feliz pues ya no se irá más. ¡Mirad con qué seguridad se ha instalado!”

Un año, debía ir a Ramnad y tenía previsto irme en el tren de la noche. Al mediodía, pedí permiso a Bhagavan para marchar. “¿Por qué me lo pides con tanto tiempo de adelanto?”, me preguntó. “Porque tengo miedo de que en el momento de marchar, con la precipitación, lo olvide”. Bhagavan rio y volviéndose a Sri G. V. Subbaramaiah señaló: “Hay un *sloka*<sup>10</sup> para eso”. Y recitó este versículo sánscrito: “*Oh mi Señor, en el momento de abandonar este mundo puede que no me acuerde de Tu nombre. Por eso, te suplico que desde ahora tengas a bien tenerme en cuenta en el momento de mi muerte*”.

---

<sup>10</sup> *Sloka*: Verso o estrofa.



Al final, no pude marchar esa noche. A la mañana siguiente, cuando servía el desayuno, Bhagaván le dijo a Sri Subbaramaiah: “¿Ves a esta mujer?, me pide permiso para irse, pero no me pide permiso para quedarse”.

En los primeros tiempos del Ashram, un paria tenía la costumbre de quedarse cerca del pozo y de acompañar a Bhagaván siempre que iba a la Montaña. Un día, Bhagaván lo llamó y le dijo: “A partir de ahora, repite constantemente “*Shiva, Shiva*”. Era algo excepcional que un intocable recibiera este género de iniciación<sup>11</sup>. Sin la gracia de Bhagaván, nunca la hubiera podido obtener. Después de eso el hombre desapareció.

Un *sannyâsi* vino a pasar tres semanas al Ashram. El último día, se aproximó a Bhagaván y dijo: “*Swami, estoy satisfecho de mi estancia en todos los aspectos. Ahora, se lo ruego, llene mi corazón*”. Bhagavan se levantó y tomó las manos del *sannyâsi*. Permanecieron mucho tiempo así. Luego el *sannyâsi* se prosternó ante Bhagaván y dijo: “*Ahora estoy bendecido*”. Y después de decir estas palabras se marchó. Así es como Bhagaván dispensaba la luz, con una palabra, una mirada, un contacto físico o un silencio profundo.

Durante la fiesta de Kartikai, mendicantes venidos de todos los rincones de la India del Sur se reúnen en Tiruvannamalai y se juntan en el Ashram para recibir allí su alimento. Un día se volvieron tan turbulentos que los cocineros rechazaron servirles. Finalmente, se decidió abandonar la distribución de alimento a los mendicantes. Esa noche tuve el siguiente sueño: el *Hall* estaba lleno de fieles. Sobre el diván apareció un pequeño animal que empezó a crecer y se transformó en un inmenso caballo de un rojo brillante. Dio la

---

<sup>11</sup> Bhagavan Ramana Maharshi abre la Vía de la Liberación y del Vedanta Advaita, que hasta entonces estaba reservada a brahmanes renunciantes, a todas las personas, sin distinción de casta, raza, sexo o nacionalidad.

vuelta al *Hall* relinchando a cada fiel. Se aproximó a Bhagaván, le lamió todo el cuerpo y desapareció. Bhagaván me llamó a su lado y me dijo que no tuviera miedo. Un perfume divino emanaba de él. “No creo que se trate de un caballo ordinario, dijo; desde que los estandartes son izados sobre el templo de Arunachaleshwar con ocasión de la fiesta de Kartikai, hay dioses que vienen a participar en las ceremonias. Se unen a la multitud y algunos se mezclan con los mendicantes a la entrada del Ashram. Por tanto, es preciso continuar alimentando a los *sadhus* y mendicantes durante las fiestas”. Conté este sueño a Chinnaswami y, ese día, hizo preparar comida para los mendicantes.

Desde mi primer encuentro con Bhagaván, he visto una luz brillante, semejante al sol, en el centro de la cual estaba Bhagaván. Después, una luz brilló permanentemente entre mis cejas. Un día, vi una gran luz salir del cráneo de Bhagaván y llenar el *Hall*. Todo se fundió en esta luz, incluido Bhagaván. Sólo el sentimiento de “Yo” flotaba en ese vacío luminoso.

Cuando relaté estas experiencias a Bhagaván, dijo: “Sí, a veces se tienen tales visiones. Para ver tu rostro, debes mirarte en un espejo; pero no debes identificarte con ese reflejo. Lo que es percibido por nuestros sentidos y nuestra mente nunca es la verdad. Todas las visiones no son más que creaciones mentales y, si se cree en ellas, se deja de progresar. Pregúntate a quién aparecen esas visiones. Quién es el testigo de ellas. Desembarázate de todo pensamiento, permanece en la consciencia pura. No salgas de ella”.

Cuando cocinaba, Bhagaván venía a probar los alimentos y controlaba la cantidad de especias. Un día dijo: “Los Maharajás emplean “catadores” especialistas y les pagan muy bien. Me pregunto cuánto me van a pagar”. “Yo soy una mendicante, Bhagaván, dije yo, y todo lo que una mendicante puede ofrecer es su vida”. Bhagaván asintió con un signo afectuoso de cabeza.

Uno de nuestros visitantes se preparaba para irse. Estaba delante de Bhagaván con las manos juntas y dijo: “Me voy lejos de aquí, no sé cuándo volveré, ni siquiera sé si podré volver a ver en esta vida vuestro sagrado rostro. No tengo la suerte de estar entre aquellos que se benefician constantemente de vuestra presencia. ¿Cómo va a poder ayudar a este pobre pecador que vive en un lugar perdido, si no piensa en él? Se lo suplico, hágame un sitio en su mente”.

Bhagaván respondió: “*Un jñâni no tiene mente. ¿Cómo un ser sin mente puede recordar o incluso pensar? Este hombre se va a algún lado y ¿yo debo ir hasta allí para ocuparme de él? ¿Puedo acordarme sin cesar de todos estos ruegos? Bien, transmitiré su ruego al Señor del universo. Él se ocupará de usted. Es su trabajo*”. Cuando el discípulo se fue, Bhagaván se volvió hacia nosotros y dijo: “*La gente se imagina que viviendo alrededor de un jñâni se obtienen de él favores especiales. Si un gurú muestra parcialidad ¿Cómo puede ser un jñâni? ¿Acaso es lo bastante estúpido como para dejarse adular por los que lo sirven? ¿Acaso importa la distancia? El gurú únicamente es satisfecho por aquél que se abandona enteramente, que renuncia para siempre a su ego. Donde él esté, este hombre es tenido en cuenta. No tiene necesidad de rogar, Dios vela por él sin que se lo pida. La rana vive al lado del oloroso loto, pero es la abeja la que recoge la miel*”.

Un día, cuando aún era novata en las funciones de cocinera, serví a Bhagaván un poco más patatas que a los demás. Él se dio cuenta y se irritó profundamente. Cuando se le servía, giraba la cabeza. Yo no entendía la razón de su cólera y me preguntaba qué es lo que podía haberlo ofendido. Por la noche, las mujeres que trabajaban en la cocina se reunían alrededor de él para despedirse. Normalmente, intercambiaba con nosotras algunas palabras, preguntándonos quien nos acompañaba, si teníamos linterna, etc. Esa noche, me hizo una señal para que me aproximara.

- *“¿Qué has hecho esta noche?*
- *No sé Swami. ¿He hecho algo mal?*
- *Me has servido más abundantemente que a los demás.*
- *¿Qué importancia tiene? Lo he hecho con amor y devoción.*
- *He tenido vergüenza de comer más que los demás. ¿Has venido aquí para atiborrarme de comida? Siempre debes servirme menos que a los demás.*
- *Pero Bhagaván, ¿cómo podría tratarlo de esta forma?*
- *¿Es así como esperas obtener la gracia, por medio de un curry de patatas?*
- *Por amor hacia Usted, he cometido un error. Perdóneme Bhagaván, respetaré su voluntad.*
- *Cuanto más amas a los míos, más me amas a mí”.*

El asunto quedó cerrado. La lección era buena y nunca la olvidé.

Dos discípulos de Swami Vilakshananda, marido y mujer, vinieron a ver a Bhagaván. Le dijeron que su gurú les había pedido repetir constantemente el nombre de Rama y ofrecer los frutos a los pies del gurú. Bhagaván se puso a reír.

*“¿Si el gurú se apropia de los beneficios, que le quedará al discípulo? Es como si se abandonasen los intereses por guardar el capital”.*

- *“Su gurú toma el nombre, que representa los intereses, dijo Muruganar, pero deja la mente, que representa el capital”.*

Dos mujeres que llegaban de Kumbakonam vinieron a ver a Bhagaván. Una de ellas era la gurú y la otra su discípula. Debían tomar un tren esa misma noche. Por la tarde, la discípula llevó a su gurú al *Hall* y le preparó un sitio muy

elaborado frente a Bhagaván. Cada dos minutos la discípula se aproximaba al diván de Bhagaván y murmuraba: “Ella es totalmente parecida a usted, Swami... ella está en el mismo estado de consciencia que usted... os lo ruego concédanos sus bendiciones... ¿Quiere enseñarnos brevemente la vía de la salvación?... ¿Qué es el apego?... ¿Cómo liberarse de maya?”.

Continuó así durante cierto tiempo. Bhagaván no respondía. La noche se aproximaba. La discípula se sentía herida: “Swami, se lo ruego, instrúyanos... Swami denos rápido la iniciación se hace tarde... Rápido, Swami, usted sabe que debemos tomar un tren”. La pobre mujer estaba desesperada. “Al menos díganos algo. Todo el mundo habla de la ignorancia. ¿Qué es la ignorancia?”. Bhagaván se volvió hacia Muruganar y dijo:

*“Pídele que se plantee la cuestión: ¿Quién es ignorante?”.*

Ahora podéis marchar, vuestra iniciación ha terminado, dijo Muruganar”.

Más tarde Bhagaván comentó: *“Hay que hacer todo precipitadamente. Todo el mundo tiene que tomar un tren. Se hace una visita al Swami entre dos trenes y uno se quiere marchar con una señal de la liberación. Se lee a derecha e izquierda y uno se cree un erudito”.*

Siempre que tenía ocasión de mortificar nuestro ego, Bhagaván no lo desaprovechaba. Continuó: *“Antes de venir aquí, la gente tiene un deseo sincero de hacer un trabajo para obtener su liberación; pero cuando se instalan aquí, su ego se le sube a la cabeza y olvidan por qué han venido. Se imaginan que me rinden un gran servicio alimentándome y piensan demasiado en ellos mismos. El sentimiento de importancia que encuentran al servir a su gurú destruye toda esperanza de obtener la iluminación. Sólo la humildad puede destruir al ego. El ego os aleja mucho de Dios. La*

*puerta que da acceso a Dios está abierta, pero el dintel es muy bajo. Para entrar hay que agacharse. ¿Hacéis por mí más que aquel hombre que, durante años, me ha seguido como mi sombra? ¿De qué ha servido eso? ¡Es este hombre el que, después, ha intentado un proceso y ha pedido una investigación de mis cuentas!<sup>12</sup>. Si queda el menor rastro de ego, crecerá rápidamente y os destruirá espiritualmente”.*

Todos los alimentos se guardaban en vasijas y botes metálicos que perdían y se vaciaban mal, tanto que el suelo estaba lleno de grasa y resbalaba. Un día, lo limpié a fondo y Bhagavan me felicitó. “De qué sirve, Swami, suspiré, los demás vendrán, verterán el aceite, esparcirán la harina y todo tendrá que hacerse de nuevo. Necesitamos urgentemente recipientes adecuados”. Diez días más tarde me llamaron en el Hall. Los servidores estaban abriendo unas cajas; ellas contenían seis magníficos recipientes. “Querías recipientes: ¡Ahí los tienes! Dijo Bhagaván, llévalos a la cocina”. Las averiguaciones hechas revelaron que un jefe de estación los había inscrito a la cuenta del Ashram por una razón desconocida. Misteriosas coincidencias como ésta eran algo corriente, tanto en el Ashram como en casa de los discípulos. Es difícil creer que él no tuviera nada que ver.

Un día me sucedió que tenía una urgente necesidad de dinero y rogaba silenciosamente a Bhagaván: “Ramana, ¿qué puedo hacer para obtener un poco de dinero?”. Tres días más tarde recibí un cheque de cierto Dr. Srinivasa Rao, al que no conocía. Por lo que parece, leyó una biografía de Bhagaván en la que vio el nombre de Shantamma. Entonces se dijo que sería una buena idea enviar a esta última un poco de dinero.

---

<sup>12</sup> Este discípulo al que hace referencia estuvo durante años junto a El y después demandó a Bhagavan por la propiedad del Ashram.

Un día, mientras cocinábamos juntos, Bhagaván dejó de repente el cucharón, se inmovilizó y miró fijamente delante de él. Al verlo así, mi mente se inmovilizó. Ante mis ojos todo desapareció. Al cabo de algunos instantes, hizo un movimiento y dijo: “El curry está en silencio, es el momento de añadir las especias”. Esto podía referirse también a su poema *Akshara-manamala*<sup>13</sup>, en el que se dirigía a Arunachala: “*Has utilizado un hechizo para subyugarme y me desperté lleno de conocimiento*”. Cuando la mente (el curry) está silenciosa, es el momento de añadirle las especias de la sabiduría.

Un día, en el *Hall*, se hablaba de un antiguo discípulo de Bhagavan que se había marchado con Sai Baba. “*Cuando una persona hace el don de su vida aquí mismo, su sitio está aquí. Vaya donde vaya, volverá. Es la puerta que le permitirá acceder a la liberación*”.

Después de años de servicio en la cocina, era muy mayor para continuar con ese trabajo, tenía el corazón fatigado. Me preguntaba qué iba a hacer. No quería ser alimentada sin trabajar y no tenía medios para vivir en Tiruvannamalai. Un pariente próximo, un doctor, me había invitado a vivir en su casa y acabé por aceptar esa invitación. Una noche, soñé que me despedía de Bhagaván y caía a sus pies. “¿Por qué deseas marchar?, dijo él. ¿Quién en este mundo podría ocuparse de ti?”. No tuve en cuenta este sueño y abandoné el Ashram. Llegué a casa del doctor un sábado a medio día. Aunque parecía tener buena salud, murió súbitamente el domingo a medio día. Marche a mi casa, a Ramnad. Allí, también, todo fue mal y me sentía tan infeliz que mi familia me compró un billete de tren para Tiruvannamalai. En este mundo, es a Sus pies donde encuentro mi verdadero lugar y no deseo nada más.

---

<sup>13</sup> *Akshara-manamala* o Guimelda Nuncial fue compuesto por Bhagavan en 1914 cuando vivía en Virupaksha.





## HISTORIAS Y ANÉCDOTAS

Esta historia sucedió unos dos años antes de la muerte de Bhagaván. Una mañana estaba en el *Hall*, rodeado de discípulos de numerosos países. Era la hora de la comida y todo el mundo tenía hambre. Bhagaván en ese tiempo tenía dolorosos reumatismos en las rodillas. Las tenía hinchadas y debía masajearlas durante un tiempo antes de poder moverse. Al final se levantó, lentamente, apoyándose en dos bastones. Cuando iba a pasar por la puerta, se fijó en un campesino que llevaba un recipiente de tierra cocida en bandolera. Se detuvo, lo miró y exclamó:

- “¡Vaya! ¿No eres Chinnapaya?

- Sí, soy yo, Swami, respondió el aldeano con respeto y devoción.

- ¿Cómo estás?, preguntó Bhagaván. ¿Has venido a verme? Has hecho bien. Pero, ¿Qué llevas en el bote? ¿Has traído *koulou*<sup>14</sup>?

- Sí, Swami, he traído *koulou*, respondió tímidamente el lechero.

- Pues ven, voy a probarlo”.

Bhagaván dejó sus bastones, puso sus manos en copa y se inclinó hacia adelante. El lechero vertió dulcemente las gachas en las palmas de sus manos. El rostro del pobre hombre irradiaba felicidad mientras que Bhagaván bebía esa papilla grisácea como si fuera un verdadero néctar.

---

<sup>14</sup> *Koulou*: especie de gachas de sémola y leche.

En el comedor, la gente se impacientaba. Alguien salió para averiguar la causa del retraso de Bhagaván. Cuando vio en qué estaba ocupado, exclamó: “Swami, eso no está bien. Todo el mundo le espera y ¡todo por un campesino!”. Bhagaván se indignó: “*¿Qué pensáis todos, que estoy aquí únicamente por vosotros? ¿Acaso os pertenezco? ¿Os ocupabais de mí cuando estaba en la Montaña? En esa época nadie quería saber de mí excepto los pastores que compartían su koulou conmigo*”. Y entró en el comedor seguido del lechero.

— Subramaniam —

En una noche de bella luna clara, algunos discípulos efectuaban la vuelta a Arunachala (*pradashkina*) cantando los Vedas. De repente, vieron en medio del camino un guepardo que los miraba. Paralizados de miedo, dejaron de cantar, incapaces de avanzar o de huir. El guepardo los observó tranquilamente durante un tiempo, después atravesó lentamente el camino y desapareció en la jungla. Los discípulos dieron gracias al cielo, acabaron su circuito y volvieron al Ashram. Le contaron su aventura a Bhagaván. Éste los escuchó atentamente y les dijo: “*No había ninguna razón de tener miedo. Ese guepardo era un jñâni<sup>15</sup> que descendió de la montaña para escucharos cantar los Vedas. Se fue profundamente decepcionado porque dejasteis de cantar. ¿Por qué habéis tenido miedo?*”.

— Annamalai Swami —

Aquellos que esperaban que el Supremo fuese de una monótona uniformidad, actuando de manera invariable y estereotipada, estaban completamente desconcertados cuando trataban con Bhagaván. Él nunca reaccionaba dos veces de

---

<sup>15</sup> *Jñâni*: Sabio que ha realizado el Sí Mismo.

la misma manera. Con él, lo imprevisto era la regla, las probabilidades siempre engañosas. Parecía totalmente indiferente a todo lo que ocurría en el Ashram y prestaba una atención desmedida a algún detalle aparentemente sin importancia. Criticaba vivamente al director del Ashram por su gusto por la expansión y las mejoras y, sin embargo, se interesaba acerca del trabajo de los albañiles y carpinteros. Reprendía severamente a su hermano pequeño, pero regañaba a cualquiera que viniera a quejarse de él. No quería oír hablar del dinero que llegaba al Ashram, pero leía atentamente todo el correo. Rechazaba dar su consentimiento a algún trabajo, pero si se efectuaba en contra de su opinión colaboraba con buen ánimo.

Cuando se le pidió permiso para la construcción del templo, dijo: *“Haced como queráis, pero no utilicéis mi nombre para recoger fondos”*; y, sin embargo, supervisaba el progreso de los trabajos y se paseaba de noche por medio de los andamios. Cuando Sri Chakra fue instalado en el santuario, fue al templo a medianoche y puso su mano sobre él. No quería tener ninguna responsabilidad en la creación y desarrollo del Ashram, pero firmó un testamento instaurando una dirección hereditaria.

Rechazaba cualquier tratamiento, pero tomaba, sin que se lo pidieran, todos los medicamentos que se le daban. Si varias personas ofrecían cada una un remedio diferente, los tomaba todos al mismo tiempo. Se deleitaba con comidas sencillas y apartaba la vista de manjares delicados. A veces llevaba a alguien a la cocina, preparaba un plato y le servía con sus propias manos. Pero cuando alguien venía a pedirle comida, protestaba de su impotencia sobre eso. Insistía en que se diera de comer primero a los mendicantes, pero declaraba que el Ashram era para los visitantes y no para los mendicantes.

Manifestaba ternura a una ardilla enferma, pero ninguna emoción cuando un fiel discípulo agonizaba. Era indife-

rente a las pérdidas o daños importantes, pero gritaba al advertir que un vaso estaba a punto de caer de la estantería. Riqueza, belleza, celebridad, austeridades, filantropía, nada de eso le impresionaba, pero se ocupaba durante días de un mono que cojeaba. Ignoraba a alguien durante mucho tiempo y después de repente se volvía hacia él con una gran sonrisa y entablaba una discusión animada. A alguien que le preguntaba sobre la vida post-mortem, le replicaba: “¿Quién plantea esa pregunta?”. Pero cuando otro le planteaba la misma pregunta le explicaba con detalle lo que es la muerte y lo que ocurre después. Era evidente que todo lo que hacía emanaba de un centro secreto al que nadie tenía acceso. Estaba totalmente dirigido por el Sí Mismo.

— Chalam —

Un discípulo preguntó un día a Bhagaván:

- “¿Ha visto usted a Shiva, Nandi<sup>16</sup> y Kailás<sup>17</sup>?”

- *Nunca, respondió Bhagavan, pero veo al Sí Mismo en cada instante”.*

— Suryanarayana —

Somerset Maugham, el célebre novelista inglés, vino al Ashram para visitar a Bhagaván. Enfermó, sin duda, a causa del calor. En cuanto Bhagaván se enteró de eso, lo visitó en su habitación. Simplemente se miraron en silencio durante alrededor de una hora. Cuando Bhagaván se levantó, Chadwick preguntó a Maugham si deseaba pedir algo.

- “¿De qué podíamos hablar?, respondió.

- *Sí, dijo Bhagaván, las palabras son inútiles”.*

---

<sup>16</sup> Nandi: toro sagrado, montura de Shiva. Representa a un gran Yogui devoto de Shiva que para aguantar la fuerza de su Gracia adoptó la forma de Toro.

<sup>17</sup> Kailás o Kailasha montaña de los Himalayas morada de Shiva.

\*

\*      \*

- “¿Cómo es cuando se alcanza la realización?, preguntó alguien.

- *La cuestión está mal planteada, dijo Bhagaván, no se realiza nada nuevo.*

- No lo entiendo, Swami.

- *Es muy simple. Ahora usted tiene la impresión de estar en el mundo. Después, tiene la impresión de que el mundo está en usted”.*

– Narayana Iyer –

La madre de Bhagaván pasó por momentos difíciles cuando vino a vivir cerca de su glorioso hijo. Era una mujer muy ortodoxa, llena de prejuicios, supersticiosa, posesiva y orgullosa. Bhagavan no tuvo piedad cuando se trataba de liberarla de la ignorancia y del miedo. Obtuvo magníficos resultados y confirió a su madre *Videha mukti*<sup>18</sup>, la liberación en el momento de la muerte, que es, de lejos, la forma de realización más corriente para la mayoría de los aspirantes sinceros.

Tenía, entre otras, una profunda aversión por las cebollas, que son tabú para una viuda brahmín. “¡Cuánto poder tiene este pequeño bulbo!” decía Bhagaván mostrándole una cebolla. “¡Puede impedir a mi madre ir al paraíso!”. Su madre se iba a sollozar a un rincón. Pero él le decía simplemente: “Llora, llora, cuanto más llores mejor”. Era el amor supremo, sin piedad ante todos los obstáculos, incluso si estaban anclados en la tradición.

---

<sup>18</sup> *Videha Mukti*: liberación en el momento de la muerte. Se utiliza para referirse a un Liberado sin cuerpo físico.

\*

\*      \*

Un día, cuando Bhagaván vivía en la Montaña, un gran mono se sentó a su lado cuando estaba comiendo y se disponía a llevar un trozo de alimento a la boca. Entonces se lo ofreció al animal. Este lo tomó, lo dejó en el plato y dio una fuerte bofetada a Bhagaván. “¿Qué quieres?, exclamó Bhagaván. ¿Por qué esta cólera? ¿No te he servido el primero?”. Luego comprendió su error. Este mono era un rey y debía ser tratado con los honores debidos a su rango. Bhagaván hizo poner un segundo plato de hojas y una comida completa fue servida al rey. Este comió con dignidad y se fue fieramente.

\*

\*      \*

Un día, Mudaliar se fijó en que Bhagaván rechazaba tomar un poco de leche con su alimento.

- “¿Qué ocurre, Bhagaván?, le preguntó, ya come muy poco y aún continúa eliminando algunas cosas.

- *¿Por qué voy a comer algo a lo que los demás no tienen derecho?*, replicó Bhagaván”.

La verdad es que los visitantes no eran alimentados convenientemente. Para atraer la atención de los sirvientes sobre esta carencia, Bhagaván comenzó una huelga de hambre parcial.

\*

\*      \*

## ALGUNOS ASPECTOS DE SRI RAMANA MAHARSHI

### Raja Iyer

*Raja Iyer visitó a Sri Bhagaván por primera vez en 1911, cuando vivía en la Montaña, pero no se instaló en el Ashram hasta 1935. En 1937, se convirtió en el Encargado de la oficina de correos de Sri Ramanashram y permaneció allí hasta su retiro en 1968.*

\*

\*      \*

En 1911, cuando yo estaba en el instituto de Tiruvannamalai, Bhagaván Ramana Maharshi vivía en la cueva de Virupaksha. Permanecía en silencio, no porque hubiera hecho un voto, sino porque, aparentemente, no encontraba nada que valiera la pena ser dicho. La hermana de mi madre, desde su primer encuentro con Bhagaván se había vuelto totalmente devota suya. Ella siempre buscaba la ocasión de ofrecerle comida; cada vez que bajaba de la cueva para mendigar alimento, ella lo conducía a su casa y le ofrecía comida en el dintel de la puerta con mucho amor y devoción.

En esa época, vivía en casa de mi tía y, a menudo, subíamos con otros chicos en pequeños grupos a la Montaña para ver al Swami. En esas ocasiones, mi tía siempre nos daba algún manjar para Bhagaván, que nosotros le llevábamos muy a gusto.

Normalmente encontrábamos a Bhagaván sentado en un saliente delante de la cueva. Él nos acogía con una sonri-

sa y nos permitía sentarnos a sus pies y cantar con todo el corazón cantos devocionales. El aire estaba lleno del olor de las plantas aromáticas que crecen abundantemente en la Montaña. En el crepúsculo, el horizonte se ensombrecía y los rayos dorados del sol se insinuaban entre las rocas formando el armazón de un paraguas de luz. El canto de los pájaros y la presencia de Bhagaván, inmóvil y con la mirada perdida en el espacio, impregnaban el lugar de una paz misteriosa, que podíamos sentir sin poder definirla.

Cuando dejé el instituto no tenía nada que hacer en particular. Cada vez que sentía deseo, iba a ver a Bhagaván, comiendo y durmiendo en la Montaña. Entonces había dejado la cueva, ya que se había vuelto demasiado pequeña para los numerosos visitantes y se había instalado un poco más arriba, en Skandashram, donde sus discípulos habían construido algunas cabañas. Bhagaván me empleó en la cocina. Iba a buscar leña para hacer el fuego y descendía de la colina para traer de la ciudad algunos ingredientes. Era hábil con las manos, lo que me sirvió para trabajar a menudo con Bhagaván. Se cocinaba una vez al día, por la mañana; yo ayudaba a Bhagaván a cortar las legumbres en pequeños trozos y otros trabajos menores.

Se me encontró una esposa y tuve que casarme, pero nunca estuve más de tres días en casa. No me gustaba nada la vida de familia y prefería cantar cantos de devoción en compañía de *bhaktas*<sup>19</sup>. No era un gran *bhakta*, más bien una especie de vagabundo piadoso. Durante mis peregrinaciones tuve la ocasión de visitar numerosos lugares santos. Cuando mi mujer murió, me encontré de nuevo totalmente libre.

En Skandashram, Bhagaván trabajaba en la construcción de muros, de terrazas y de bancos. Un día que revocaba un muro con barro y estaba totalmente lleno de barro, llega-

---

<sup>19</sup> *Bhakta*: devoto. Aquél que sigue la Vía de Bhakti, devoción.



ron visitantes buscando a Bhagavan. Uno de ellos le gritó: “¡Eh, cooli<sup>20</sup>! ¿Dónde está el Swami que vive por aquí?” Bhagaván miró a su alrededor y dijo:

- “*Se ha ido por la Montaña.*

- Pero si nos han dicho que a esta hora lo podíamos encontrar aquí, protestó el visitante.

- *Ha marchado por la Montaña, dijo Bhagaván alzando los hombros. Yo no puedo hacer nada”.*

Los visitantes preguntaron cuándo volvería el Swami. “¿*Quién puede saberlo?*, replicó Bhagaván, *ahora, mañana o más tarde. ¿Qué más os puedo decir?*”. Un poco desanimados, los pobres visitantes emprendieron el camino de vuelta. Pero Bhagaván tuvo piedad de ellos. Encontraron a Echammal que traía comida para Bhagaván. Ella les preguntó si habían visto a este último y ellos le contaron su historia. “Él no se va nunca a esta hora, dijo ella, venid pues conmigo, os mostraré al Swami”.

Mientras tanto, Bhagaván había tomado un baño, se había embadurnado el cuerpo con cenizas sagradas y estaba sentado en la clásica postura del loto. Los visitantes lo saludaron con un profundo respeto, preguntándose dónde había ido el cooli. Cuando marcharon, Echammal preguntó a Bhagaván por qué les había gastado esa broma. “¿*Qué podía hacer yo?*, dijo él, *¿Tú quieres que me pasee proclamando por ahí: ¡“Yo soy el Swami”!* o bien que lleve un letrero que diga: “*Es Ramana Maharshi*”?

En 1927, fui a Reddipalem, allí pasé tres meses cantando cantos devocionales. Una noche, tuve un sueño. Vi un yogui radiante y resplandeciente, sentado sobre un diván en una gran sala. Me pidió que hiciera girar el ventilador. Cuando me desperté me pregunté por el significado de este sueño.

---

<sup>20</sup> Cooli: trabajador de poca cualificación en India.

Poco tiempo después, volví cerca de Bhagaván. Ya había dejado Skandashram para instalarse en el emplazamiento del actual Ashram y el antiguo *Hall* ya estaba construido. “Ve a comer” dijo Bhagavan al verme llegar. Después de comer volví al *Hall*. De una manera totalmente inesperada, Bhagaván me pidió que hiciera girar el ventilador del techo. Él tenía por regla no pedir nunca a alguien un servicio personal. Enseguida comprendí que él era el yogi de mi sueño. Estaba feliz porque Bhagaván me había tomado como servidor en esa ocasión. Al cabo de algunos minutos, me pidió que parara el ventilador. Ciertamente no había necesidad de ventilador. Su petición era una expresión de su gracia. Desde ese día se volvió mi gurú.

La dirección del Ashram no aceptaba alimentarme sino trabajaba. Por naturaleza no era trabajador, pero estaba dispuesto a trabajar para poder quedarme en el Ashram. A veces cuando no había trabajo para mí, me despedían. Siempre me esforzaba por encontrar pequeños trabajos (recoger flores para el culto, moler madera de sándalo, sacar agua del pozo...). Durante un largo periodo hice las pujas<sup>21</sup> delante los altares del Ashram. Después, a petición de Chinna-swami, hermano pequeño de Bhagaván, que dirigía el Ashram, me ocupé de la preparación de los *idlis*<sup>22</sup>.

En 1937, se abrió una oficina de correos en el Ashram y para impedir que fuera a vagabundear, me nombraron el encargado. Los dos primeros días, Bhagaván vino él mismo a franquear todo el correo. Desde entonces yo era quien iba a buscar el correo a la oficina de la ciudad y lo llevaba al Ashram. “Mira, el cartero se ha vuelto encargado”, remarcaba Bhagaván.

A veces, cuando el trabajo se volvía demasiado difícil o desagradable, iba cerca de Ramana, al menos una vez y to-

---

<sup>21</sup> *Pujas*, ritual de adoración.

<sup>22</sup> *Idlis*: pastelito hecho de harina de arroz fermentado.

do se arreglaba. Muy a menudo, trabajábamos uno al lado del otro, él cortaba legumbres en un extremo de la estera donde estábamos sentados y yo en el otro hacía *idlis*. Me vigilaba de cerca y me enseñaba a hacer las cosas de manera correcta. Cuidaba que no se desperdiciara nada. Me mostró cómo utilizar el cucharón para evitar que ni una pizca de alimento cayera al suelo, como evitar derramar el líquido al verterlo, como encender un fuego con sólo algunas gotas de petróleo. Si todo eso no formaba parte de mi formación espiritual, ¿por qué se habría tomado tanto trabajo?

Un día, una discípula me pidió servir a Bhagaván las frutas que había traído. Yo las llevé al *Hall*, donde Bhagaván estaba solo.

- “Padma le envía estas frutas, le dije, ella no ha venido pues no quiere comer nada”.

- En ese caso, ¿por qué debería comer yo?, dijo Bhagaván.

- No se encuentra bien, dije yo, tiene una indigestión y por eso se ha marchado”.

Padma sufría desde hacía tiempo de una forma especial de indigestión. Cuando Bhagaván comió la fruta, la enfermedad de Padma desapareció como por obra de magia y ella pudo alimentarse normalmente.

Bhagaván se levantaba a las cuatro de la mañana y se ponía a disposición de todos hasta las nueve de la noche, hora en la que pedía a la gente del exterior que dejara el Ashram. Más tarde, una nueva regla entró en vigor, según la cual Bhagaván debía descansar dos horas durante la tarde. Bhagaván no había sido consultado y esta regla se aplicó sin su consentimiento. La primera vez, cuando vio que cerraban la puerta a media tarde, preguntó el por qué. Cuando se le explicó que él debía descansar, salió y se sentó afuera. *“La gente viene a verme en cualquier momento, dijo, algunos no pueden permitirse esperar. Si les impedís verme, yo iré a su*

*encuentro. Podéis tener la puerta cerrada, pero no podéis encerrarme dentro*". Pasado el tiempo, cuando se debilitó mucho más y los dirigentes del Ashram le suplicaron que colaborase, dio su consentimiento a disgusto.

Otros reglamentos fueron instaurados sin su consentimiento y a menudo expresaba su desacuerdo. Pero si los dirigentes persistían, se sometía. Sin embargo, cuando sentía que alguien resultaba perjudicado, se volvía inflexible y respondía a quienes intentaban persuadirlo: "Ocuparos del Ashram si queréis. Yo me vuelvo a la Montaña".

Una noche, sobre las 20 horas, fue llevado al Ashram el cadáver de un niño, oculto dentro de un cofre. Los padres tenían la esperanza de que Bhagaván lo resucitaría. Hacia las 22 horas, la madre contó su historia a Bhagaván. Este no dijo nada y por la mañana el cuerpo fue quemado. Más tarde, Bhagaván comentó: "*La esperanza les ha hecho venir hasta aquí. Si hubiera resucitado a ese niño, nos hubieran traído cadáveres continuamente*". Los padres marcharon al cabo de dos días. Estaban reconfortados y parecía que aceptaban su situación.

## LA COCINA DE BHAGAVÁN

### Sundaram

*Sundaram, que era Sadhu Trivenigiri Swami, tenía muchos amigos en el Ashram por su amabilidad natural. En Tiruchendur, en el santuario de Sri Subramanya, escuchó al Señor decirle: “Aquí yo soy un Dios mudo. Ves a Tiruvannamalai. Allí, yo camino y hablo”. Así fue como él descubrió Sri Bhagavan.*

\*

\*      \*

Tuve la suerte de ser aceptado entre los miembros del Ashram desde mi llegada. Al principio trabajé en la librería, después me ocupé de la correspondencia del Ashram. Más tarde, se me pidió que trabajara en la cocina y, para mi mayor alegría, me encontraba bajo la supervisión directa de Bhagaván.

Asmático desde hacía mucho tiempo, sufría mucho trabajando en la cocina; sin embargo, no le dije nada a Bhagaván. Me parecía que debía dejar las cosas seguir su curso y aguantarlo bien. A Bhagaván le gustaba mucho preparar toda clase de *chutney*<sup>23</sup>; era un verdadero mago, pues hacía platos deliciosos con los ingredientes más sencillos. Cuando se preparaba un plato un poco especial, hacía que lo probase un poco todo el mundo; para nosotros era un *prasad*<sup>24</sup>, que

---

<sup>23</sup> *Chutney*: condimento agri dulce, una especie de confitura con frutas y verduras cocidas en vinagre.

<sup>24</sup> *Prasad*: gracia, alimento ofrecido a Dios o a un santo y distribuido después entre los devotos.

tomábamos con los ojos cerrados. Un día, me dio un poquito de *chutney* diciéndome: “Este es tu medicamento”. Me comí el trozo sin reflexionar y enseguida me di cuenta de que mi asma había desaparecido completamente.

Un día alguien se quejó a Bhagaván de que la comida del Ashram era demasiado picante, hasta el punto de quemar el estómago. “Mientras que para las prácticas espirituales es indispensable tomar alimentos *sátvicos*<sup>25</sup>, dijo, ¿cómo es que en el Ashram son tan picantes?”. Bhagaván explicó que desde el momento en que los ingredientes son puros, preparados en un lugar puro y de la manera correcta, el condimento es un asunto de gusto y de costumbre y no vuelve a los alimentos menos *sátvicos*. En el norte, dijo, se consume mucha leche y mantequilla y muy poco picante. Eso no impide que la gente esté siempre discutiendo y peleándose. En Tanjore, el alimento está tan picante que quema como el fuego. Y sin embargo la gente es dulce y tranquila. Aquellos que encuentren nuestro alimento demasiado picante sólo tienen que mezclarlo con arroz o un poco de leche”.

Los recursos del Ashram no permitían acoger a mucha gente, y aun así había mucho trabajo. Una regla tácita decía que los que trabajaban no debían dejar su puesto antes que las comidas fueran servidas. No era nada aconsejable ir a meditar al *Hall* de Bhagaván. El director explicaba, con razón, que sacrificarse por el Ashram era en sí una práctica espiritual de un orden muy elevado y que ninguna otra práctica era necesaria. No nos permitía quedarnos en el *Hall* durante las horas de trabajo, lo que a menudo era muy tentador debido a las discusiones y escenas interesantes que allí se desarrollaban. Cuando nos escabullíamos furtivamente en el *Hall*, escondiéndonos detrás de la gente, Bhagaván nos lanzaba una mirada significativa, como diciendo: “Harías mejor en ir a trabajar. No busques problemas”.

---

<sup>25</sup> *Sátvicos*: Alimentos puros, que favorecen la disciplina espiritual.

Por la noche, después de cenar, nos reagrupábamos alrededor de Bhagaván. Los visitantes ya se habían marchado, estaba para nosotros solos. Teníamos la impresión de formar parte de una gran familia reunida después de una jornada de trabajo. Durante esta corta hora, Bhagaván se informaba de nuestra salud, charlaba con nosotros, nos hacía reír e igualmente nos daba las instrucciones para el día siguiente. Al principio, no comprendía mucho a Bhagaván. Yo veía en él a un buen hombre, nada más. Poco a poco acabé por comprender que estaba al lado de Dios en persona, mi Madre suprema, que tenía entre sus manos mi vida y mi salvación.

Al cabo de cierto tiempo, me di cuenta de que trabajar en la cocina con Bhagaván también era una forma de entrenamiento espiritual. La primera lección que es preciso aprender es obedecer al gurú sin reservas, sin plantear cuestiones, ni utilizar lo que nos parece a nosotros. Nada le hacía más feliz que constatar que habíamos captado este punto esencial: las órdenes del Maestro deben de ser ejecutadas inmediatamente, sin perder tiempo intentando agradecerle o querer hacer las cosas a la perfección. Era preciso hacer exactamente lo que el Maestro decía, incluso si eso parecía irracional. Es preciso dominar este arte de la obediencia inmediata e incondicional, pues el secreto de la realización se encuentra en ese abandono total de nuestro juicio personal.

Según Bhagaván, ninguna partícula de alimento debía de estropearse. A veces sucedía que después de haber servido a todo el mundo quedaban sobras. Bhagaván ordenaba que fueran reutilizadas para el desayuno del día siguiente. Esto planteaba un serio problema, pues en la India, el alimento de la noche anterior era considerado impuro. Pero para Bhagaván evitar el desperdicio pasaba por delante de todo; nunca habría permitido que se tirara este don de Dios. Insistía en que las sobras no fueran para los mendicantes: estos últimos debían recibir el mismo alimento que todo el

mundo. ¡Los perros también tenían derecho a la misma comida y debían ser servidos los primeros!

Bhagaván llegó un día a la cocina antes del alba y se puso a recalentar una sopa de la noche anterior. Lavó y cortó algunas hojas y me dijo que las pusiera en la sopa y que la removiera hasta que éstas perdieran el color verde vivo. Se fue y me dejó removiendo la sopa; pero la hojas no cambiaban de color. La sopa se espesaba y tenía miedo de que se estropeará. Bhagaván volvió después de bastante tiempo. “¿Y bien, aún estás removiendo?”, dijo con una gran sonrisa. Estaba manifiestamente satisfecho de mi absoluta obediencia y me pidió que siguiera removiendo la sopa. Esta estuvo preparada a tiempo y estaba deliciosa.

Cada mañana, un poco antes del desayuno, Bhagaván venía a la cocina. Los recipientes que contenían café, *idlis* y *sambar*<sup>26</sup> estaban preparados. Los destapaba diciendo: “Es el café. Esto los *idlis* y esto el *sambar*”. Nosotros teníamos la impresión de que era su manera de consagrar el alimento antes de que fuera distribuido a los visitantes y ashramitas.

Un día, Bhagaván estaba friendo una gran cantidad de condimentos en una gran sartén metálica a fuego vivo. Yo estaba a su lado, cuando de repente me pidió que sacara la sartén del fuego. Sin duda, veía que si se la dejaba más tiempo en el fuego, las especies iban a quemarse. No tenía nada cerca para retirar la ardiente sartén, así que la saqué con las manos desnudas. La levanté y la dejé en el suelo. No tuve miedo y no me extrañó el hecho de que pareciese tan ligera como una pluma. No fue hasta más tarde cuando me di cuenta lo milagroso que había sido eso. Era un ejemplo flagrante del poder de la obediencia al gurú.

A veces tenía la suerte de poder servir la comida a Bhagaván con mis propias manos. Estudiaba cuidadosa-

---

<sup>26</sup> *Sambar*: es una de las comidas más deliciosas del sur de la India que a menudo se sirve como guarnición con arroz y verduras salteadas.



mente la manera en que debía proceder para satisfacerlo; estaba muy atento, pero él estaba aún más que yo y señalaba la menor falta. “¿Por qué me has servido más que de costumbre? ¿Tengo hoy más necesidad de alimento que ayer? Y ¿Por qué me das más golosinas que a otros? ¿Cómo te atreves a hacer esas distinciones?”. A aquellos que intentaban defenderme, les decía: “No comprendéis. El ego en él es fuerte. Si tiene deferencias conmigo, es a causa de su ego”. Yo no comprendía cual era mi falta, pero tomaba esas reprimendas como una forma de bendición y ¡no me inquietaba!

Un día, el *sambar* preparado a partir de las sobras del día anterior fue llevado a casa de un discípulo. Se ordenó una ceremonia especial para purificar la casa. Al enterarse de eso, Bhagaván dijo a las mujeres de la cocina: “Llamad a los purificadores y purificad la cocina, yo no pondré mis pies en ella”. Por amor a sus costumbres ortodoxas, estas mujeres perdieron el beneficio de la presencia, de la compañía y de las instrucciones de Bhagaván. Fue una verdadera tragedia. Para todos los discípulos, Bhagaván era Dios en persona que había venido a purificarlos, bendecirlos y situarlos firmemente en el camino de la liberación. Y sin embargo, cuando Dios mismo se oponía a sus costumbres religiosas, preferían apegarse a éstas antes que a Dios. ¡Benditos aquellos cuya única regla era la obediencia a Bhagaván!

El sentimiento de que en presencia de Bhagaván todos éramos iguales era muy fuerte. Solo los brahmanes ortodoxos, que en su casa no comían con los demás, comían también en un lugar separado del Ashram. La idea era que, si ellos observaban en su casa las reglas relativas a las castas, el Ashram no era un lugar para transgredirlas. Bhagaván no era ni un rebelde, ni un reformador. No impedía a la gente seguir sus costumbres religiosas en su casa. Pero en el Ashram, no aceptaba obligatoriamente todas estas costumbres.

¡En el Ashram, él era la religión y las costumbres y aquellos que lo olvidaban debían enfrentarse a su fortísima voluntad!

## LA GRACIA DE BHAGAVÁN

### Gauriamma

Mi padre había sido un sincero fiel de Sri Bhagaván y cada vez que su trabajo lo llevaba a Tiruvannamalai, siempre iba a visitarlo. En esa época, Bhagaván vivía en la gruta de Virupaksha, que dominaba la ciudad. Mi padre me llevaba a veces con él. Creo que tendría 7 años cuando vi a Bhagaván por primera vez y le canté cantos en tamil que me había enseñado mi padre.

Volví a ver a Bhagaván cuando tenía veinte años. Su madre había muerto seis meses antes. El Ashram era pobre y pequeño: dos simples chozas y algunas personas alrededor de Bhagaván. En aquella época, me sentía muy atraído por Sri Ramakrishna Paramahansa. Me gustaba leer libros que hablaban de su vida y de sus enseñanzas y me sentaba delante de su foto y le miraba a los ojos. Me lamentaba por no haber nacido cuando estaba en la tierra y por no haberlo podido conocer. Cuando me sentaba delante de Bhagaván, veía en él a Sri Râmakrishna y él me miraba con los ojos de Paramahansa. De esta forma, mi deseo de ver a Sri Ramakrishna fue saciado por Bhagaván y ya no hice ninguna distinción entre los dos.

En 1940, mi hija contrajo la fiebre tifoidea y su estado se volvió desesperado. El doctor me dijo que el desenlace podía ser fatal y a causa de nuestra desesperación escribimos a Bhagaván. En el momento preciso en que la carta llegó a sus manos, bajó la fiebre y enseguida desapareció la enfermedad sin ni siquiera seguir su curso normal. El doctor quedó estupefacto y declaró que tenía que ser un milagro.

Ciertamente, esta curación fue debida a la intervención de Bhagaván.

El embarazo de mi hija nos dio muchos problemas. Nos dijeron que sería inevitable una cesárea. El hospital estaba bien equipado y los médicos eran muy competentes. Sin embargo, tenían pocas esperanzas, pues para ellos era un caso que superaba las competencias humanas. Bhagaván era nuestra única esperanza. Le enviamos un telegrama. Puse en la mano de mi hija un pequeño talismán con la foto de Bhagaván. Los médicos comenzaron a esterilizar sus instrumentos. Durante ese tiempo, Saroja dio a luz sola a su hijo, muy fácilmente y sin dolor. Para todos los médicos era un verdadero milagro. Después de dar a luz, Saroja, contrajo una infección. Escribió a Bhagaván y la fiebre desapareció.

A la edad de nueve años, su hijo se puso enfermo. Tenía las piernas cubiertas de granos y la erupción se extendía hacia la parte superior del cuerpo. El médico dijo que no sabía qué tratamiento dar y temía por la vida del niño, si la infección alcanzaba los muslos. Telegrafíé a Bhagaván; al día siguiente los síntomas comenzaron a reducirse y la enfermedad desapareció sola.

Más tarde fui a vivir cerca de Bhagaván. Me construyeron una casa en Ramana Nagar, en la que viví ocho años. Fueron los años más memorables y los más fecundos de mi vida. ¡Cuántos milagros sucedieron delante de mis ojos!

Un día, el Dr. Srinivasa Rao le decía a Bhagaván que le iría muy bien consumir ananás. En ese momento, alguien entró en el *Hall* con un plato lleno de ananás. Otro día, Bhagaván hablaba de un tal Ganjanana Sarma que vivió con él algunos años antes. Preguntó dónde estaba y qué hacía actualmente. En ese mismo momento, el cartero entró en el *Hall*; en el correo había una carta de Gajanana Sarma en la que daba noticias suyas. “¡Veis que maravilloso!, dijo Bhagaván, ahora mismo hablaba de él y justamente nos llegan esta carta y estas fotos”.

Otra vez, un discípulo, bien intencionado, pero ignorante, llevó al *Hall* un vaso de zumo de naranja y lo ofreció orgulosamente a Bhagavan. Este lo rechazó. Parecía contrariado y dijo en un tono irritado:

- *“Si me trae cualquier cosa sin darle a todo el mundo, eso me hará el efecto de un veneno”*.

- La próxima vez daremos zumo de fruta a todo el mundo. Pero hoy, bébase este, tiene necesidad de él, complazca al discípulo desamparado.

- *Que fácil es dar porque lo he dicho. Debería saber ahora, que toda la gente es yo mismo y lo que usted les da, es a mí a quien se lo da”*.

Desgraciadamente el discípulo continuó insistiendo en que Bhagaván tomase el zumo y la situación se volvió tensa. Felizmente, el Dr. Shiva Rao se llevó al tenaz hombre con su vaso de zumo fuera del *Hall*. Bhagaván refunfuño durante el resto de la jornada, indignado por la diferencia que se hacía entre él y los demás.

Un día, una mujer llevó a su hijo al Ashram. Todos sus otros hijos habían muerto uno detrás de otro, y ella esperaba que al traer a éste aquí pudiera sobrevivir. Sin embargo, se puso enfermo y su estado empeoró día tras día. Su madre llevó un pequeño recipiente de cenizas sagradas a Bhagaván y le suplicó que fuera él mismo quien pusiera las cenizas en la frente del niño. Bhagaván se negó. Pero la mujer estaba desesperada y continuó suplicando tanto que Bhagaván, con mucha reticencia, tomó un poco de cenizas y se la aplicó en la frente al niño. Este murió al día siguiente. La desdichada madre se presentó llorando amargamente al día siguiente. Él se volvió hacia los otros discípulos y dijo: *“Ella vino a verme cuando estaba solo en la Montaña y me pidió que tocara al niño. Yo me negué, pero ella no quería escucharme. Me forzó a tomar cenizas sagradas y acabé por aplicarlas en la frente del niño. Ahora está muerto. ¿A quién aprove-*

*chan estas lágrimas? ”. Sri Ganapati Shastri siempre decía que Bhagaván no debía de estar autorizado a tocar a los niños, pues “les otorga la Liberación y dejan este mundo”.*

Mi hermana vivía en las proximidades del Ashram. Una tarde, su hijo, que entonces tendría unos cinco años, jugaba en la hierba. De repente, se puso a gritar y dijo que algo le había picado. Lloró de dolor y quería que lo llevaran ante Bhagaván. Mi hermana le dijo que no era nada, que era demasiado tarde para que una mujer entrara en el Ashram y que no estaba bien molestar a Bhagaván por tan poco. El lugar de la picadura se inflamó y se irritó. El niño estaba mojado de sudor y llamaron al médico. Éste le dio un medicamento, pero no le hizo ningún efecto. El médico dijo que ya no podía hacer nada y aconsejó llevar inmediatamente al niño ante Bhagaván.

El niño ya estaba rígido, con los ojos vidriosos y la respiración jadeante. Mi hermana lo llevó al Ashram llorando. Cuando Bhagaván la vio, le dijo: “No llores, no llores. No es nada”. Puso la mano encima del niño unos minutos. Este retomó consciencia y se sentó. Permanecieron un tiempo en el Ashram; pero como se hacía tarde, le dijeron a la madre que llevara al niño a casa.

Al marchar, vio a un discípulo musulmán bajo el porche, delante del *Hall*, murmurando sus oraciones. Después de haber examinado al niño, le dijo a la madre: “Es una picadura de serpiente. El niño iba a morir pero cómo habéis venido a ver a Bhagaván, no tengo nada que decir. Ahora se ha salvado, pero el veneno aún está en su cuerpo y es preferible que recite un encantamiento para hacerlo salir”. El hombre era un encantador de serpientes y curaba las picaduras de serpientes. Bhagaván había salvado al niño, pero quería que el mérito fuera atribuido al encantador de serpientes.

## TODA UNA VIDA CON BHAGAVÁN

**T. K. Sundaresa Iyer**

*En general, Sri Bhagaván no daba mantras a sus discípulos; pero Sri T. K. Sundaresa Iyer tenía su plena aprobación para repetir “Om Namó Bhagavate Sri Ramanaya” como mantra. Era pobre materialmente, pero muy rico espiritualmente y compartía esta riqueza con los otros discípulos. Después de pasar cincuenta años al servicio de Bhagaván y de su Ashram, murió a la edad de 68 años.*

\*

\*      \*

En 1908, cuando tenía 12 años, Bhagaván vivía aún en la gruta de Virupaksha. Mi primo, Krishnamurthy, tenía la costumbre de ir a verlo cada día y cantar cantos devocionales delante de él. Un día, le pregunté a dónde iba casi diariamente. “El Señor de la Montaña en persona está sentado arriba con forma humana, dijo él; ¿Por qué no me acompañas?”. Subí, pues, a la colina y encontré a Bhagaván sentado sobre una losa, rodeado de una decena de discípulos. Cada uno cantaba por turnos. “¡Y bien! Dijo Bhagaván girándose hacia mí, ¿no vas a cantar alguna cosa para mí? Uno de los cantos de Sundaramurthy me vino a la cabeza: “Yo no tengo otro sostén que Tus sagrados pies, Oh Señor. Haz que mi lengua repita Tu nombre, aunque mi mente vagabundee.

- Sí, dijo Bhagaván, es lo que hay que hacer”.

Yo interpreté eso como la enseñanza que me daba. A partir de ese día, durante varios años, lo visite diariamente.

Después, un día, me puse a cuestionar estas visitas. Aparentemente no hacía ningún progreso interior. Subir a la colina era un trabajo inútil al que decidí poner fin. Durante exactamente 100 días no vi a Bhagaván. El 101 día, mi sufrimiento era demasiado grande y corrí hasta Skandashram, encima de la gruta de Virupaksha. Bhagaván me vio llegar, se levantó y vino a mi encuentro. Yo caí a sus pies y no pude retener mis lágrimas. Me pegaba a sus pies sin poder levantarme. Bhagaván me levanto y me preguntó: “Hace tres meses que no te he visto, ¿dónde estabas?”. Le dije que me había parecido inútil venir a verlo. “Puede que eso no sirva de nada, dijo él; pero, a pesar de todo, has sentido que eso te faltaba, ¿no es así?”

Entonces comprendí que no iba a verlo para alcanzar algo, sino porque, lejos de él, era como si estuviera privado de vida.

Un día, escribí dos versos en tamil, uno a la gloria del Señor sin atributos, el otro al Señor de las formas innombrables. Este último decía: “Cuya gracia se derrama sobre los seres y las cosas”. Bhagaván me pidió cambiar una letra y el sentido se volvió: “Que dirige su gracia sobre los seres y las cosas”. Eso quería decir que la gracia no era una simple influencia, sino que era dirigida con un objetivo preciso, allí donde era más necesaria.

Un día, recibí una oferta de trabajo en Sholapur; se trataba de enseñar a refugiados judíos. El salario era bueno y di mi conformidad por telegrama. Mostré el telegrama a Bhagaván. “Muy bien, dijo, marcha”. Incluso antes de salir del Hall, me sentí invadido de una profunda tristeza y me puse a temblar. Mi corazón gemía: “¿Qué haces? ¡Vas a abandonar la presencia de tu gurú!” di media vuelta y caí a los pies de Bhagaván y gritaba: “No puedo marchar. No puedo dejarte”. Bhagaván se puso a reír: “*He aquí un hombre que ha pasado veinte años aquí y mirad el resultado. ¡Piensa que hay lugares en que Bhagaván no está y rechaza marcharse!*” Me ridiculizó sin piedad y me mandó hacer el equipaje.



Por aquel entonces, un rico Seth llegó al Ashram. Tenía una lista de cuestiones impresionante. Bhagaván respondió a ellas integralmente, pero en tamil. El Seth anotó por escrito la traducción oral de las respuestas. A la mañana siguiente, un gran coche apareció delante de mi escuela y me dijeron que me requerían en el Ashram. Bhagaván me invitó a que revisara la traducción del Seth y corrigiera las posibles faltas, este trabajo me llevó seis horas y me ofrecieron treinta rupias por mi trabajo. Rechacé este dinero diciendo que era el trabajo de Bhagaván y que por tanto no era un asunto de dinero. El Seth informó a Bhagaván de mi decisión. Este me ordenó aceptar el dinero y añadió: “Ahora, tienes dinero suficiente para ir a Sholapur”. Durante el viaje, en Bangalore, caí enfermo. Tenía mucha fiebre que aumentaba cada día. Envié un telegrama para indicar mi incapacidad de asumir el trabajo. ¡La fiebre desapareció al día siguiente! Sin trabajo, sin dinero, arrepentido, me volví a los pies de Bhagaván. Había comprendido la amarga lección: nunca debería haber estado tentado por ese trabajo.

Sobre 1920, Kavyakanta Ganapati Shastri vino a vivir a Tiruvannamalai. Todo el mundo lo llamaba “Nayana” (padre). Ya era un discípulo querido de Bhagaván. Nayana permanecía con frecuencia en la Gruta del Mango, en la Montaña Arunachala y de vez en cuando iba a ver a Bhagaván, hablaba con él de las Escrituras sagradas y le pedía que le aclarara algunos puntos. Era un inmenso erudito, mientras que Bhagaván sabía justo leer y escribir, y, sin embargo, decía: “*Sin la gracia de Bhagaván, las sutilezas de las Escrituras superan nuestro poder de comprensión. Una palabra suya vuelve las cosas límpidas*”. Cuando Nayana veía a alguien meditar delante de Bhagaván con los ojos cerrados, decía con un tono de reproche: “Cuándo el sol brilla ante usted, ¿por qué cierra los ojos? ¿Es usted serio o simplemente muestra lo piadoso que es?”. Era un período maravilloso; tenía numerosas visiones de deidades, por la gracia de Bhagaván y los poderes de Nayana.

Había en Skandashram un pavo real que seguía a Bhagaván a todos los sitios. Un día, una enorme cobra negra apareció en el Ashram y el pavo real se dirigió deprisa hacia ella. La cobra desplegó su capucha y los dos enemigos naturales se prepararon para un combate mortal. Bhagaván se acercó a la cobra y dijo: “¿Qué vienes hacer aquí? Este pavo real va a matarte. Es mejor que te vayas inmediatamente”. La cobra bajó rápidamente la cabeza y se esfumó.

En aquella época, vivía un gran gurú visnuista, Vilakshananda Swami. Muy avanzado en la vía del yoga, que tenía el poder de atraer a las multitudes. Como Bhagaván, él no tenía un gurú visible. Un día, fui a verlo y me pidió que lo llevara ante Bhagaván. Se presentó ante él con treinta de sus discípulos. Durante diez minutos, permaneció de pie, inmóvil, sin ni siquiera juntar las manos para saludar. Después cayó a los pies de Bhagaván. Salían lágrimas de sus ojos y dijo: “Esta cabeza nunca se ha inclinado ante un hombre. Es la primera vez y haz también que sea la última”. Al descender de la colina, se encontró a Nayana. Durante su discusión, Nayana dijo al Swami que los poderes divinos obtenidos después de severas austeridades nunca debían ser exhibidos en público, ni siquiera para hacer propaganda. Estas palabras debieron hacer efecto, pues el Swami ya nunca más dejó su residencia.

Nayana, un día, se puso a componer su obra maestra, *Uma Sahasranam*, mil versos a la gloria de Uma, la Shakti de Shiva. Cuando ya había escrito setecientos versos, fijó el día en que la obra debería ser ofrecida a la Diosa, y envió invitaciones a todos los amigos y discípulos. Centenares de personas llegaron de todos los lados de la India, pero en la vigilia del día fijado, aún quedaban trescientos versos por escribir. Por la noche, Bhagaván pidió a Nayana que pospusiera la ceremonia. Este último respondió que no y que con la gracia de Dios escribiría estos versos antes de mañana por la mañana. Hizo que se sentaran delante de él cuatro personas con papel y pluma, a los que empezó a dictar por turnos.

Bhagaván estaba presente, sentado con los ojos cerrados, aparentemente indiferente a lo que pasaba. Nayana parecía poseído por un inmenso fervor; dictaba sin interrupción y sin vacilar; los versos salían de su boca en un flujo continuo. A medianoche la obra estaba acabada. Bhagaván, que hasta entonces había permanecido inmóvil, abrió los ojos y preguntó si todo estaba bien anotado. Nayana, que durante el dictado parecía haber perdido la consciencia del mundo exterior, respondió enseguida que había dictado con total exactitud todo lo que Bhagaván le había inspirado. Más tarde, cuando leyó lo que había dictado, exclamó estupefacto: “¡Qué maravilla! Sólo Bhagaván puede crear una obra tan bella. Yo sólo he sido su portavoz”. Los versos eran de tal perfección que nadie hubiera podido hacer la más mínima corrección.

En 1929, cansado del carácter informe de mi vida interior, pedí a Bhagaván que me diera algunas instrucciones precisas, que me indicaran en qué dirección orientar mis prácticas espirituales. Me dio para leer *Kaivalyam*<sup>27</sup> y me explicó el sentido interior de algunos versos. A partir de ese momento y hasta 1938, me consagré totalmente a mi vida espiritual; hacía mi trabajo en la escuela y cubría las necesidades de mi familia, pero no daba a eso ninguna importancia. Si he podido permanecer desapegado durante tantos años, es por la gracia de Bhagaván.

En mi trigésimo aniversario, escribí un poema en el que me quejaba de que la visión de Dios no me había sido concedida aún. Enseñé este poema a Bhagaván, que lo leyó entero, muy despacio y con mucha atención. Después me pidió que me sentara y entrara en Mí Mismo. Enseguida el

---

<sup>27</sup> Kaivalya Navanitham (la Crema de la liberación) Texto clásico del Advaita y de la tradición de Shiva. Existe una traducción en español de J. Carter, editado por él mismo en 2017, bajo el título “Kaivalya Navanitham (La Crema de la Liberación) y Esencia del Ribhu Gita. Dos joyas del Advaita recomendadas por Bhagavan.

mundo exterior desapareció y en su lugar vi una luz blanca que se extendía infinitamente. Una voz interior me preguntó qué me gustaría contemplar. El divino Ramachandra me atraía particularmente. De golpe vi desarrollarse la escena del coronamiento de Rama, con los más pequeños detalles, con las formas y colores de una nitidez inimaginable. Eso duró alrededor de una hora, después todo se volvió normal. Un poco más tarde, Bhagaván me preguntó si había leído *Ashtotharam* de Dakshinamûrti. Como respondí negativamente, me pidió que leyera los últimos versos de este libro. Bhagaván añadió que Rama y Dakshinamûrti son un solo y mismo Gran Ser.

Una pareja peruana llegó al Ashram. Le contaron a Bhagaván que leyendo textos que le concernían, habían tenido la impresión de que era una reencarnación de Cristo y sintieron un deseo irresistible de venir a verlo. No eran ricos y tuvieron que ahorrar durante varios años antes de poder embarcarse para la India, en el medio más económico. El viaje duró varios meses y les causó toda clase de dificultades, pero terminaron por llegar a la meta. Bhagaván los escuchó atentamente hasta el final y dijo: “Ustedes han hecho un largo viaje y soportado muchas pruebas. Hubieran podido meditar sobre mí allí con el mismo resultado y habrían tenido el placer de verme en Perú”.

Las palabras de Bhagaván les parecieron extrañas y no pudieron comprender el sentido. Por la noche, Bhagaván les preguntó sobre el Perú y su pueblo, sobre la manera en que vivían y trabajaban. La pareja le habló de la capital peruana, de los puertos, de las industrias y comercio de su país. Entonces, mientras que describían un lugar situado a la orilla del mar, Bhagaván preguntó: “¿La playa no está recubierta con losas de mármol con cocoteros plantados entre ellas?”. El hombre y la mujer estaban estupefactos. Cuando preguntaron a Bhagaván cómo podía conocer este tipo de detalles, éste respondió: “¿Por qué plantea usted este tipo de pregun-

ta? Comprenda de una vez por todas que el tiempo y el espacio no existen más que en la mente, mientras que el corazón no está encadenado a ellos” ¡Entonces comprendieron que con la gracia de Bhagaván, hubieran podido contemplarlo en su propio país!

Un discípulo de Madrás tenía hipo desde hacía un mes. Su hija escribió a Bhagaván para rogarle que tuviera la bondad de ayudar a su padre. Bhagaván nos dijo que escribiéramos a Mahadeva diciéndole que el polvo de jengibre mezclado con azúcar rojo le curaría el mal que sufría. Al mismo tiempo preguntó a su servidor, Madhavaswami, si esa mezcla estaba disponible en el Ashram. Madhavaswami llevó un tarro que contenía la mezcla. Bhagaván tomó una pizca y distribuyó un poco a cada una de las personas presentes en el Hall. Yo bromeando dije: “Bueno, es inútil escribir a Mahadeva Ayyar. Seguro que ahora se le ha ido el hipo”. Sin embargo, la carta se envió ese mismo día. Al día siguiente, antes de que llegara a su destino, otra carta llegó de Madrás diciendo que el hipo de Mahadeva se había parado el día antes a las 13h. ¡Era exactamente la hora en que Bhagaván había tomado la dosis de jengibre!

Alguien recogía cocos con la ayuda de un gancho puesto en la extremidad de una larga pértiga. Es el método de los perezosos. El método bueno consiste en subir al árbol y despegar dulcemente el fruto del árbol con un cuchillo afilado. Bhagaván se encontraba cerca. Preguntó si el gancho era de madera o de hierro. Bhagaván dijo al hombre que esa herramienta podría herir al árbol peligrosamente. Pero éste continuó cortando aún más. Algunos días más tarde un coco le cayó en la nariz y le hirió gravemente.

Un día de Shivaratri<sup>28</sup>, después de cenar, Bhagaván estaba estirado en el diván, rodeado de numerosos discípulos.

---

<sup>28</sup> Shivaratri o Maha Sivaratri, “*Los Sastras dan versiones diferentes para explicar la fiesta de Shivarati (la fiesta de la gran noche de Shiva)*”. “Se

Un *sadhu* propuso, que en esta noche especial, se explicara el sentido de los versos a la gloria de Dakshinamûrti. Bhagaván aceptó y todos esperábamos impacientemente que hablara. Nos miró fijamente, sin decir nada. Poco a poco, fuimos absorbidos en un silencio cada vez más profundo, que ni el reloj cuando daba las horas lo turbaba. Nadie se movió, ni chistó. Eso se prolongó hasta las cuatro de la mañana. La gracia de Bhagaván nos había mantenido en esa paz y ese silencio durante cerca de siete horas. En ese silencio, Bhagaván, como Dakshinamûrti, nos comunicó la más alta enseñanza. Cuando dieron las cuatro, nos preguntó si habíamos comprendido el sentido de la enseñanza silenciosa. Como olas sobre el océano infinito de la beatitud, habíamos caído a los pies de Bhagaván.

Un día en que Bhagaván estaba en el Templo de Pachaiamma, llegó un discípulo de Madrás, Rangaswami Ayyangar; hacía mucho calor y fue a bañarse al estanque que se encuentra delante del templo. En aquella época, era un lugar bastante aislado, rodeado de bosque. Bhagaván, que conversaba con sus discípulos, se levantó bruscamente y se dirigió al estanque. Un guepardo bebía en la orilla y Rangaswami no se había dado cuenta. Bhagaván miró al animal durante algunos instantes y dijo: “Ahora, vete y vuelve más tarde. Este hombre podría asustarse, si te ve”. El guepardo miró a Bhagaván, después al discípulo y se marchó.

Un día, Mr. Knowles vino a visitar a Bhagaván. Experto en filosofía oriental y occidental, tenía largas discusiones

---

*dice que es el día en que Shiva en éxtasis danza la thandava (la danza cósmica). Cuando Shiva tomó el veneno “halahala”, que salió del océano de leche, en respuesta a las oraciones de todos los mundos, que este veneno, amenazaba destruir, el vapor y el calor que emanaban de él se volvieron intolerables”. “Se dice que tuvo que verter el Ganges sobre la cabeza para refrescarla. (...) Eso apenas lo alivió y se puso la luna sobre sobre la cabeza para refrescarla un poco más. Después se puso a danzar la danza cósmica en compañía de todos los Dioses” (Extracto de Sathya Sai Baba).*

con Bhagaván. Cuando abordaron el tema del estado del hombre realizado, en el ardor de la discusión, Mr. Knowles preguntó si el Bhagaván que le hablaba era o no una realidad. Todo el mundo esperaba impacientemente su respuesta. “No, dijo él, con una voz fuerte, yo no estoy hablando”. Mr. Knowles pareció satisfecho: “Sí, dijo él, Bhagaván no me está hablando. Nunca habla. Existe. Eso es todo”.

Madhavaswami, el servidor de Bhagaván, tenía la costumbre de poner a secar la toalla de Bhagaván en un bambú atado entre dos árboles. En una de sus extremidades, un pájaro había hecho su nido. Un día, al coger la toalla, Bhagaván tiró el nido. Uno de los tres huevos rodó por el suelo y se hizo una fisura. Bhagaván dijo a su servidor que un grave pecado se acababa de cometer. Examinó el huevo lleno de compasión y de arrepentimiento. “La apenada madre va a pensar que el huevo se ha roto y va a llorar de pena. Seguramente me maldecirá. ¿Puede este huevo ser reparado e incubado hasta el final?”.

Envolvió el huevo dañado en un trozo de tela y lo puso en el nido; cada dos o tres horas, tomaba el huevo en sus manos, lo miraba durante algunos instantes y lo volvía a dejar en su sitio, envuelto en el tejido. Durante todo este tiempo, murmuraba: “¿Esta fisura va a desaparecer? ¿El huevo será incubado?”. Así se preocupó por él durante una semana con una compasión y dedicación sorprendentes. El octavo día, Bhagaván exclamó como un niño excitado: “Mirad, las fisuras han desaparecido. La madre estará contenta. Dios me ha evitado un pecado. Vigilémoslo y veamos cómo el pequeño saldrá”. El huevo fue constantemente vigilado y finalmente el pequeño vino al mundo. Bhagaván lo tomó tiernamente en su mano, radiante de gozo. Lo enseñó a todo el mundo y finalmente lo devolvió a su madre.

Por separado, estos pequeños sucesos pueden parecer banales e insignificantes, pero forman un conjunto impresionante. Creaban la atmósfera en la que vivíamos. Bhaga-

ván nos daba una demostración tangible de la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia de Dios. Nuestro sentido del “yo” se consumía en la maravilla y la adoración al ver el amor incondicional que tenía por todos los seres. Aunque exteriormente no parecíamos progresar mucho, interiormente trabajaba en nosotros y destruía las raíces profundas de la separación y del egocentrismo, los más grandes obstáculos en el camino que conduce hacia Él. Llegó un día en que el árbol del “yo”, privado de sus raíces, cae de repente y muere.



## BHAGAVÁN EN LA COCINA

### Sampurnamma

Bhagaván nació en un pueblo vecino al nuestro y mi familia lo conocía desde su más tierna infancia. Cuando se volvió un gran santo, mi familia iba frecuentemente a su Ashram en Tiruvannamalai. Yo estaba ocupada en mis tareas domésticas y no tenía deseo de acompañarlos. A la muerte de mi marido, caí en la desesperación. Mi familia me insistía en ir a Ramanashram para obtener de Bhagaván algunas directivas espirituales, pero no estaba de humor para ir a ningún lado.

Un día, mientras me encontraba en el templo de Minakshi, un viejo brahmán se me acercó: ¿Querías prepararme una comida? Me preguntó. Yo encontraba eso muy extraño, pero como teníamos un profundo sentido de la hospitalidad, le pedí que me acompañase a nuestra casa familiar, en el pueblo, para poder prepararle una comida especial. Entré unos instantes en el santuario y cuando volví el viejo brahmán había desaparecido. Este incidente quedó grabado en mi memoria; no podía olvidar al viejo brahmán y su extraña petición. Luego, he tenido buenas razones para creer que el viejo brahmán del templo no era otro que Bhagaván. Él me llamaba.

En 1932, acompañé a mi hermana y su marido que iban a ver a Bhagaván. Se encontraba en una choza construida sobre la tumba de su madre. Cuando permanecía sentada en su presencia durante largos periodos, mi mente dejaba de pensar y perdía la noción del tiempo. Nunca había aprendido a meditar y era incapaz de impedir que la mente

pensara. Eso se producía solo, por la gracia de Bhagaván. Permanecía allí, sumergida en un estado de consciencia en que en la mente no había ni un solo pensamiento y, sin embargo, estaba perfectamente lúcida. Fue un periodo de felicidad y de calma profunda. Al marcharme, tres semanas más tarde, el mismo Bhagaván me dio un ejemplar de “¿Quién soy yo?”.

En el pueblo, tenía toda clase de sueños, por ejemplo que alguien me llevaba al Ashram o que Bhagaván pedía noticias sobre mí y me llamaba. Deseaba vivamente volver a Ramanashram. Mi tío, que iba allí, me ofreció acompañarle y acepté con diligencia.

A mi llegada, se me pidió trabajar en la cocina. Yo estaba encantada, pues era una ocasión de permanecer en el Ashram y estar cerca de Bhagaván. Al principio, me costó adaptarme al estilo de cocina del Ashram. Pero Bhagaván siempre estaba a mi lado y me daba instrucciones apropiadas. Según él, la salud dependía del alimento y podía restablecerse o ser mantenida por medio de un régimen adecuado. Él también pensaba que los alimentos molidos finamente y cocidos cuidadosamente se volvían muy digestivos. Pasábamos horas moliendo y cocinando.

Bhagaván probaba cada plato antes de que fuera servido y así teníamos un alimento consagrado. También probaba los alimentos que estábamos cocinando para saber si estaban bien condimentados. Siempre estaba dispuesto a dejar el *Hall* para venir a dar consejos en la cocina, donde se sentía libre y relajado. Nos enseñaba innumerables métodos para cocer semillas, lentejas y legumbres. “Tu forma de cocinar, me decía, me recuerda a la de mi madre. No es de extrañar, nuestros pueblos están muy próximos”.

Era muy estricto con nosotros. Era preciso seguir sus órdenes al pie de la letra. No teníamos la oportunidad de hacer nuestras propias experiencias culinarias. Debíamos obe-

decerle ciegamente y estar convencidos que siempre tenía razón, que todo iría bien si teníamos confianza en él. Cuando ahora pienso en ello, veo que utilizaba este trabajo como soporte a la instrucción espiritual. Nos enseñaba a escuchar cada una de sus palabras y a ponerlas en práctica fielmente. Nos explicaba que el trabajo, es el amor por los demás, que nunca podemos trabajar para nosotros mismos. Nos mostraba que siempre se está en presencia de Dios y que todo trabajo es el suyo. Utilizaba la cocina para enseñarnos la tradición metafísica.

Era el jefe de cocina, que supervisaba la perfección al nivel del gusto y de la presentación. Se podría haber creído que le gustaba la buena cocina y las comidas abundantes. Pero no era nada de eso: mezclaba lo poco que poníamos en su plato de hojas – azucarado, salado, ácido, todo junto – y lo comía sin prestarle atención, como si no tuviera ningún gusto. Cuando le señalábamos que no estaba bien mezclar así platos tan cuidadosamente preparados, decía: “Basta de multiplicidad, consumamos la unidad”.

Era evidente que la extraordinaria atención que ponía en la cocina era por nuestro bien. Estaba atento a nuestra salud y para aquellos que lo hacían, ese trabajo se volvía una profunda experiencia espiritual. *“Hervir las legumbres cubriéndolas, decía, solamente así conservan todo su sabor y constituyen una alimento válido. Eso es igual para la mente. Es preciso poner una tapadera encima y dejarla cocer a fuego lento. Solamente así el hombre se vuelve un alimento apto para Dios”*.

No dejaba que se perdiera nada. Un simple grano de arroz o de mostaza que había caído al suelo era recogido cuidadosamente y limpiado, llevado a la cocina y puesto en el tarro correspondiente. Le pregunté por qué se preocupaba tanto por un grano de arroz: *“Yo soy así, dijo él, cuido de todo y no dejo perderse nada. En este punto, soy muy estricto. Si estuviera casado, mi mujer no podría soportarme; jella*

*me dejaría!”*. Otro día dijo: “*Esto pertenece a mi padre Arunachala. Debo preservarlo para transmitirlo a Sus hijos*”.

Utilizaba como ingredientes cosas que nosotros no hubiéramos creído comestibles: plantas salvajes, tubérculos amargos y hojas picantes se transformaban, bajo su dirección, en platos deliciosos. Un día, en ocasión de su aniversario, alguien envió una enorme cantidad de *brinjals*<sup>29</sup>, cuyos tallos formaban un importante montón. Bhagaván nos pidió que los cocináramos, ¡cuando ni siquiera los animales los hubieran querido! Afirmaba que esos tallos eran comestibles y como insistía los pusimos en una cazuela con guisantes secos. ¡Al cabo de seis horas de hervir, continuaban estando durísimos! No sabíamos qué hacer y no queríamos molestar a Bhagaván.

Pero él sabía siempre cuando se le necesitaba en la cocina y no dudó en abandonar el *Hall* en medio de una discusión. De repente, Bhagaván apareció:

- “Bueno, ¿dónde está el curry?, preguntó.

- ¿Curry eso?, dije yo riendo, ¡Son clavos de acero lo que estamos cocinando!”.

Removió los tallos con un cucharón y se fue sin decir nada. Algunos instantes más tarde, constatamos que se habían ablandado. Ellos hicieron que el plato fuera delicioso. Todo el mundo, excepto Bhagaván, pidió repetir. Bhagaván propuso a los comensales el reto de adivinar qué es lo que era, ellos hicieron elogios del plato y de la cocinera. Pero Bhagaván tragó su minúscula porción como si fuera un medicamento y rechazó repetir. Yo estaba muy decepcionada, pues me había costado mucho cocer esos tallos.

A la mañana siguiente, él dijo a alguien: “*Sampurnam piensa que no he apreciado su maravilloso curry. ¿No ve*

---

<sup>29</sup> *Brinjals*, berenjenas pequeñas.

*ella que cada convidado es yo mismo? Es el trabajo lo que cuenta, no el cocinero, ni quien lo come. Un trabajo hecho con esmero, amor y devoción es en sí mismo una recompensa. Lo que ocurra después poco importa, pues eso no depende de nosotros”.*

Por la noche, antes de irme a dormir al pueblo, Bhagaván me preguntó lo que tenía que preparar para mañana. Y al día siguiente al alba, cuando yo llegaba, todo estaba preparado: las legumbres limpias y cortadas a trozos, las lentejas remojadas, las especias molidas, el coco rallado. Desde que entraba en la cocina, él me daba instrucciones detalladas. Después, iba a sentarse en el *Hall* durante un tiempo y volvía más tarde a la cocina para saber si todo iba bien. Hacía idas y venidas regulares. El contraste era asombroso entre su interés por la cocina y su falta de interés por las comidas. Un día, había preparado un plato de pastas muy logrado: estaban hinchadas y bien despegadas unas de otras. Bhagaván aplastó las suyas e hizo una pequeña bola compacta que se puso a masticar.

- “¡Oh! Bhagaván, ha estropeado estas pastas, dije yo, no se las debe aplastar así.

- ¿Por qué dejarlas separadas? ¿No son las cosas un todo inseparable?”.

¡Había estropeado su comida para darnos una lección de Vedanta!

Bhagaván cocinaba a la perfección. Sabía dosificar exactamente la sal y las especias. Mientras seguíamos sus instrucciones, todo iba bien. Pero cuando queríamos hacer las cosas a nuestra manera, teníamos problemas. En ese momento, si le pedíamos ayuda, probaba nuestra preparación y nos decía lo que había que hacer o añadir para que pudiera ser servida. Así es como comprendimos que obedecerle era nuestro único deber. Aprendimos a mantener nuestra mente constantemente fija en él; y siempre que estaba-

mos en una situación angustiosa o dolorosa, podíamos sentir que venía a socorrernos.

Durante mis idas y venidas, a veces, debía de atravesar un sendero que iba por el borde de las colinas y se adentraba en la jungla. Tenía miedo y un día Bhagaván se dio cuenta de eso. “¿Por qué tienes miedo?, dijo él, ¿no estoy yo contigo?”. Chinnaswami, hermano de Bhagaván y director del Ashram, me preguntaba al verme llegar al crepúsculo: “¿Cómo puedes hacer este camino tú sola? ¿No tienes miedo?

- ¿Qué hay de extraño?, replicó Bhagaván con un tono de reproche, ¿no estoy yo constantemente con ella?”.

Un día Subbalakshmiamma y yo decidimos hacer la vuelta a la Montaña. Marchamos muy temprano, mucho antes del alba. Teníamos miedo de atravesar la jungla; había serpientes, panteras y malhechores. Enseguida vimos aparecer delante nuestro una extraña luz azul. Pensamos que se trataba de un fantasma, pero enseguida comprendimos que nos servía de guía; desapareció en el momento en que amaneció.

Otro día, muy temprano, mientras que dábamos juntas la vuelta a la colina charlando, nos dimos cuenta de que un hombre nos seguía a cierta distancia. Debíamos atravesar un extenso bosque solitario, así que nos detuvimos para dejarle pasar. Pero él se detuvo también. Cuando emprendimos el camino, él hizo lo mismo. Muy inquietas, nos pusimos a rezar: “¡Oh, Señor! ¡Oh, Arunachala! ¡Sólo Tú puedes ayudarnos! ¡Sólo Tú puedes salvarnos!” Bruscamente, el hombre dijo: “Sí, Arunachala es nuestro único refugio. Mantened constantemente vuestra mente fija en Él. Es su luz la que llena todo el espacio. Pensad siempre en Él”. ¿Quién era ese hombre? ¿Había sido enviado por Bhagaván para recordarnos que no es conveniente hablar de cosas del mundo cuando se da la vuelta a la colina? ¿O bien era Arunachala misma con forma humana? ¿Cuando nos dimos la

vuelta, ya no había nadie en el camino! Bhagaván nos mostraba de diversas maneras que estaba con nosotras, hasta que nos persuadimos de ello y esta convicción se volvió nuestra segunda naturaleza.

En ese tiempo, vivíamos en el umbral de un nuevo universo, un universo de gozo y de éxtasis. No éramos conscientes de lo que comíamos, de lo que hacíamos. El tiempo pasaba tranquilamente sin que nos diéramos cuenta. El trabajo más penoso parecía una bagatela. Éramos infatigables. En casa, la menor tarea nos parecía penosa y nos repelía; pero aquí, trabajábamos toda la jornada sin cansarnos nunca. Un día Bhagaván vino a la cocina. Al constatar que la comida estaba preparada y todo limpio, se extrañó de que se hubiera terminado la jornada de trabajo tan pronto.

- “Bhagaván, dije yo, no sólo las manos humanas trabajan aquí. Buenos genios nos han ayudado constantemente.

- El más grande genio está aquí, dijo él riéndose, es Arunachala. Él domina estos lugares; ¡es Él quien trabaja, no vosotras!”.

Durante las reglas, las mujeres no eran admitidas en el Ashram y no recibían ningún alimento. Ese mes, no tenía posibilidad de comer en otro sitio y me moría de hambre. Estaba en un cobertizo frente al Ashram, donde generalmente los mendicantes venían a pasar la noche. Cuando Bhagaván preguntó por mí, se le dijo que estaría ausente durante tres días.

- ¿Dónde está?, preguntó él.

- En el *mandapan*<sup>30</sup>, frente al Ashram.

- Hacedla entrar y alimentarla decentemente, ordenó Bhagaván.

---

<sup>30</sup> *Mandapan*: sala o pabellón exterior sostenido por columnas empleada en rituales públicos.

A todo el mundo le chocó, pues era contrario a las costumbres en vigor.

- Pero ella está impura, se protestó.

- ¿Quién es puro y quién es impuro? ¡Todo el mundo es uno, todo el mundo es idéntico!”.

Cuando se conoce a los brahmanes de la India del Sur, podemos darnos cuenta de la magnitud de la crisis que provocó Bhagaván. Los principios concernientes a las mujeres durante sus reglas eran muy severos y aplicados de manera rígida. La infracción significaba polucionar todo el Ashram y levantar un clamor de indignación general. Que los ashramitas me hicieran venir en esas circunstancias, incluso en su contra, decía mucho de su devoción. Bhagaván quería ir a buscarme él mismo la comida a la cocina, pero se le dijo que esperase. Se me trajo alimento y se me hizo comer delante de Bhagaván. Una regla antigua había sido infringida y él santificaba la situación con su presencia. Quería enseñarnos a todos que en la vida espiritual el ser humano tiene la superioridad y que la compasión es la ley suprema. Algunos comprendieron la lección, pero muchos me lanzaban miradas furiosas o me acusaban de haberlos polucionado.

Un día pedí permiso a Bhagaván para acompañar a algunos amigos que iban en peregrinación a Kashi. “¿Qué piensas encontrar en Benarés que no esté aquí?, dijo burlándose de mí. El Señor de Kashi está aquí. Es Arunachala. ¿Por qué ir a buscar lejos Aquél que está en tu puerta?”. Sin su permiso no podía irme. Al día siguiente por la mañana, me dijo: “Sampurnam, he tenido un sueño. Te he visto adorar a Dios en el templo de Visvanath, en Kashi”. ¿Era un sueño? Tenía la impresión de que él me había llevado allí. Fui a Benarés después de que Bhagaván hubiera dejado su cuerpo. Cuando entré en las aguas sagradas del Ganges, me pareció que mi cuerpo se disolvía y que flotaba deliciosamente en el espacio. Durante algunos minutos, no tuve consciencia de nada, sino de ser llevada hasta el cielo.



Un día, una cervatilla llegó hasta Bhagaván. Ella no quería dejarlo. Lo seguía por la Montaña y saltaba alrededor de él; se pasaba horas jugando con ella. Alrededor de un año más tarde, se marchó a la jungla, y sin duda, fue apedreada, pues se la encontró gravemente herida, con las patas rotas. Se la llevó al Ashram. Bhagaván la mantuvo cerca de él; curó sus heridas y un médico colocó en su sitio los huesos fracturados. Una noche, la cervatilla se subió a las rodillas de Bhagaván, se apretó a él y murió. A la mañana siguiente, Bhagaván me dijo que la cervatilla había muerto.

- “Una gran alma ha venido hasta usted bajo la forma de una cervatilla, le dije, para obtener la liberación.

- Sí, dijo Bhagaván, ciertamente. Cuando estaba en la Montaña, un cuervo vino a hacerme compañía. Era un *rishi* en el cuerpo de un cuervo. No comía más que de mi mano. Murió poco después”.

Un día, un águila con el pecho blanco, pájaro sagrado en la India, entró en el Hall y se posó en lo alto de un armario cerca de Bhagaván. Después, se puso a volar alrededor de él antes de desaparecer.

“Es un *siddha*; ha venido a visitarme”, dijo Bhagaván con mucha seriedad.

El respeto que él mostraba a los animales era asombroso. Los trataba como iguales. Eran alimentados primero, como los visitantes relevantes, si ocurría que morían en el Ashram, tenían derecho a un entierro decente y a una losa en la tumba. Se puede ver aún hoy en día, al fondo del Ashram, las tumbas de la cervatilla, de la vaca Lakshmi y del cuervo.



## LA GRACIA QUE CURA

**M. V. Ramaswami Ayyer**

Durante el año 1907, mi trabajo me llevó hasta Villupuram, a unas dos horas en tren de Tiruvannamalai. Fui hasta allí, para conocer a Bhagaván, cuya celebridad había llegado hasta mí. Quedé particularmente impresionado al ver el gran templo de Arunachala, con sus enormes *gopuram*<sup>31</sup> y por la majestuosa colina situada detrás, que me fascinó y me llenó de temor sagrado.

Una tarde, subí hasta la gruta donde residía Bhagaván. Alguien estaba de guardia en la entrada para que no fuera constantemente molestado por los peregrinos, pues era la época de la fiesta de *Kartikai*. El guardián me detuvo y me pidió que esperase un poco, precisando que Bhagaván no tardaría en salir. Estaba un poco molesto, pero decidí esperar. Cuando Bhagaván salió, se fue sin ni siquiera concederme una mirada. Lo seguí y lo alcancé, luego me puse frente a él. Él se paró y me miró.

No tenía nada de especial que decir, pero las palabras se pusieron a brotar espontáneamente de mi boca:

- “Yo sufro, tengo toda clase de enfermedades. Tenga piedad de mí.

- No soy médico, ni mago, respondió él. ¿Qué podría hacerle o decirle?

La angustia subió de lo más profundo de mi ser.

---

<sup>31</sup> *Gopuram*: torre de entrada monumental, generalmente ornamentada, situada a la entrada de un templo hindú, especialmente en el Sur de la India.

- He venido porque he oído hablar de su grandeza.

Él me miró un momento y dijo:

- Vuelva a su casa; sea valiente. No le sucederá ningún mal”.

Agitó la mano de una manera particular. Eso me dio alguna esperanza; tenía la impresión de recibir con eso un mensaje personal.

En aquella época, sufría severos problemas digestivos y mi estómago sólo aceptaba las cosas hervidas. Pasaba las noches enteras sin poder dormir, presa de terribles sufrimientos. Mi mente estaba cada vez más agitada. Con el cuerpo y la mente enfermos, mi vida era una tortura continua. Al volver de Tiruvannamalai, me sentía un poco mejor. Bhagaván no me atraía especialmente, pero el templo y la colina de Arunachala ejercían sobre mí una profunda atracción, a la que no pude resistir y, finalmente, me establecí en Tiruvannamalai.

Iba a ver a Bhagaván casi a diario. Un día en que estaba solo, sentado delante de la gruta de Virupaksha, una extraña emoción me embargó y dije en inglés: “Mi Señor Jesús y otros grandes seres han descendido a la tierra para salvar a pecadores como yo. ¿Va usted a abandonarme?”. Mi grito de desamparo era sincero y venía del fondo del corazón. Bhagaván pareció tocado. Se aproximó y dijo dulcemente: “Sí, hay esperanza, hay esperanza”.

De vuelta a casa, un canto brotó en mi cabeza y lo transcribí. Este fue el comienzo de mi carrera de compositor. Cuando presenté este primer canto a Bhagaván y se lo recité, me dio algunas instrucciones concernientes a la prosodia, ilustrándolos con ejemplos sacados de los grandes poetas telugús. A partir de ese día y hasta la muerte de Bhagaván, compuse cantos y poemas con gran facilidad. Después la fuente se agotó, pues no era un don natural, era la gracia de Bhagaván.

Un día de fiesta, mientras estaba sentado en el exterior de la gruta, muy deprimido, Bhagaván salió y me preguntó con afecto por qué estaba tan abatido. “Qué puedo decir, mi Señor, sino que mi casa está llena de medicamentos. No puedo ni digerir, ni dormir. ¿Cómo soportar una vida así?”. Me miró durante algunos instantes y me sentí mejor.

Al crepúsculo, Echammal trajo comida. En ese día de fiesta, la comida era más copiosa y más variada que de costumbre. Todo el mundo se reunió cerca de la cascada vecina. El atardecer era agradable, el aire cargado de perfumes; la cascada tañía como campanillas de plata. Mi presencia en aquel sitio me parecía fuera de lugar. Mi mente estaba sumergida en las tinieblas y mi cuerpo en el dolor. En medio de esta paz y de esta alegría, y a pesar de la presencia de Bhagaván, la vida me parecía triste y pesada.

Bhagaván se dio cuenta de que no estaba en la cascada y mandó buscarme. Le mandé decir que me era imposible digerir esta comida tan rica. Mientras hablaba, como movido por una fuerza superior, volví la cabeza hacia Bhagaván y vi que me hacía señas de que viniera. Fui a sentarme cerca de él y se me sirvió los diversos platos. Yo no tenía el valor de comer y permanecía inmóvil, con aire lúgubre. “Coma” dijo entonces Bhagaván. Todos mis temores se volatizaron y comí mi primera verdadera comida desde hacía numerosos años. Esa noche, dormí de un tirón. Al día siguiente por la mañana, me levanté fresco y dispuesto. Mi dispepsia había desaparecido completamente y mi corazón desbordaba de gratitud. Desde entonces tuve una confianza absoluta en Bhagaván.

Un día cuando provisionalmente estaba en Tirukoilur, tuve de repente una visión de Bhagaván. Volví enseguida a donde estaba él y lo encontré en compañía de un *sannyâsi* que lo acosaba con preguntas. “Todas sus preguntas son intelectuales, dijo Bhagaván. ¿De qué sirve tal despliegue de saber?”. En cuanto me vio llegar, el *sannyâsi* se fue. “Qué

bien que haya venido", dijo Bhagavan. Hacía ya mucho rato que este hombre me importunaba”.

Fui llamado a Shiyali y lloraba amargamente ante la idea de tener que dejar a Bhagaván y Tiruvannamalai. Más adelante, sin embargo, iba a verlo una vez al mes. En aquella época, quería hacerme *sannyâsi*. Varias veces había pedido permiso a Bhagaván, pero siempre lo rechazó categóricamente.

Cuando vivía en Skandashram, llevé un día a mi hija mayor conmigo. Desde que nos vio, me preguntó por qué ella aún no estaba casada. Respondí que no tenía el dinero necesario para la dote y las ceremonias. Echammal dijo que en su opinión, Nilakanta (entonces maestro de escuela) sería un buen marido para mi hija. Bhagavan lo aprobó. Ese día descendí de la colina antes que de costumbre y pase por casa de Echammal. Allí encontré al padre de Nilakanta. Antes de que pudiera abrir la boca, me pidió la mano de mi hija para su hijo. Acepté con alegría y volví a Shiyali. Mientras me preguntaba cómo haría para encontrar el dinero necesario, mi vecino llegó y me dijo: “Creo que va a casar a su hija. Se que no tiene dinero. ¿Por qué no me ha dicho nada?”. El me dio mil rupias y la boda se celebró convenientemente.

Cuando me mudé a Berhampore, contraí una enfermedad. Mis piernas estaban llenas de furúnculos y sufría horriblemente. Ningún tratamiento me aliviaba y gemía noche y día. Mi idea fija era que sólo Arunachala podía socorrerme.

Un día, por la mañana temprano, alguien llamó a la puerta.

- “¿Quién es? Pregunté.

- Arunachala, respondió”.

Estupefacto, abrí la puerta y encontré a dos brahmanes. Me dijeron que eran peregrinos de Tiruvannamalai en ruta

hacia el norte. Cuando fueron a pedir el permiso de Bhagaván para marchar, éste les había pedido que hicieran una parada en Berhampore para hacerme una visita. Para mí eran mensajeros de Bhagaván en persona. Cuando vieron el lamentable estado en que me encontraba, hicieron una pasta de tamarindo mezclada con goma olorosa y me untaron las piernas. A la mañana siguiente, todos los forúnculos habían desaparecido. Entonces fue cuando compuse el canto Saranagathi en honor a Bhagaván, mi único refugio. Este canto fue después adoptado por los discípulos para invocar la gracia de Bhagaván.





## MI VIDA, MI LUZ

### Varanasi Subbulakshmiamma

*Varanasi Subbulakshmiamma realizó un trabajo útil en la cocina del Ashram, en vida de Bhagaván. Su divinidad de elección era el Señor Visvanath de Benarés. Pero, cuando partió realmente para Benarés, tuvo un sueño en el que el Señor Visvanath le decía que volviera a Arunachala y añadió que Bhagaván Ramana era la encarnación de Rama, de Shiva y de todos los otros dioses.*

\*

\*      \*

Perdí a mi marido a la edad de dieciséis años y tuve que volver a casa de mi madre para vivir allí. Un día, volviendo de un peregrinaje, nos detuvimos en Arunachala. Nos dijeron que un joven santo *brâhmana* vivía en la Montaña desde hacía diez años. Con todos los de nuestro grupo fuimos a buscar al joven *swami* y lo encontramos delante de la gruta de Virupaksha, sentado encima de un estrado de ladrillos. En el momento que lo vi, tuve la convicción de que el Dios Arunachala había tomado forma humana para dar la liberación a todos aquellos que se le aproximaran.

El tenía una treintena de años en esa época y su apariencia era maravillosa: resplandecía como el oro puro; sus grandes ojos límpidos parecían pétalos de loto. Nos miró un largo momento. Encima de nosotros se erigía la punta de Arunachala y debajo las enormes torres del templo; un silencio profundo reinaba alrededor del *swami*. Una de las mujeres le dijo entonces que su nuera era estéril. Él sonrió y

levantó sus manos juntas hacia el cielo, como para decir: “Todo sucede por la voluntad del Señor”.

A la edad de 31 años, volviendo de un peregrinaje a Rameshwaram, hice una etapa en Tiravannamalai. El *swami* vivía entonces al pie de la colina. Permanecimos sentados ante él en silencio durante diez minutos, después nos fuimos al pueblo. La presencia de Bhagaván me dio la experiencia del silencio interior y de la paz de espíritu; pero una vez lejos de él, me fue imposible volver a encontrar esta experiencia.

Después de haber acompañado a unos amigos al Ashram de Pondicherry, volví a Ramanashram. Un *shastrí*<sup>32</sup> erudito, que conocía, se me apareció en sueños y me dijo: “¿Por qué has ido a Pondicherry? Confíate a Sri Ramana Maharshi. Es Dios en persona. Te conducirá sin ninguna duda a la liberación”.

A pesar de este sueño, mi deseo profundo era ir a vivir a Benarés y practicar allí austeridades. Decidí ir a aprender la meditación cerca de Bhagaván y después marcharme definitivamente a Benarés.

Un día, Bhagaván estaba acostado en su diván y explicaba un versículo de la Bhagavad Gita a Sri Ramaiah Yogi. Como no había nadie más en el *Hall*. Reuní valor y pregunté: “¿Qué es el *Atmâ*? ¿Es el éter ilimitado o la conciencia que conoce todas las cosas?”. Bhagaván respondió: “*Dejar de pensar “eso es el Atmâ” y “Eso es el Atmâ” es precisamente el Atmâ*”. Me miró y sentí disolverse mi mente. No aparecía ningún pensamiento sólo había una paz inmensa, indecible. Mis dudas habían desaparecido. Volví cada día a ver a Bhagaván y escuchar sus discusiones con los discípulos. En mi interior, siempre había esa paz inquebrantable, sólida como una roca y, sin embargo, extrañamente vibrante.

---

<sup>32</sup> *Shastrí*: Conocedor de las Escrituras.

Varias veces me habían propuesto trabajar en el Ashram, pero me parecía que la ortodoxia no era suficientemente respetada. Un día, la hermana de Bhagaván me pidió reemplazarla, pues debía ausentarse durante un tiempo. No lo podía rechazar. En aquella época, Shantamma era la jefa de cocina y mi trabajo consistía en ayudarla. Para mi gran alegría, Bhagaván pasaba la mayor parte de su tiempo con nosotros en la cocina y me enseñó a cocinar sabrosos platos. Un día me dijo: “Las viudas no comen algunas verduras, como los rábanos. Es bueno seguir un régimen, eso fortalece la voluntad. Además, la calidad del alimento y la forma de comer tienen una gran influencia sobre la mente”.

Era muy feliz trabajando directamente bajo la dirección de Bhagaván; no obstante deseaba regresar a mi casa. El Ashram, para mi gusto, era demasiado poco ortodoxo y además, había demasiado trabajo. No quería trabajar toda la jornada. Quería tener la posibilidad de meditar en soledad. Por eso volví a mi pueblo, donde el tiempo pasaba entre la ociosidad y la meditación, pero mi corazón se había quedado en el Ashram. Me decía a mí misma: ¿Para qué ir de aquí para allí? ¿No está Bhagaván aquí y en todos sitios?”. Así pleiteaba conmigo misma, señalando que en el Ashram no tendría tiempo para meditar, pero, a pesar de todo, mi corazón decía: “Trabajar en la cocina al lado de Bhagaván es infinitamente superior a la meditación”. Finalmente, me pareció que aquí malgastaba mi tiempo.

Después supe que, durante todo este periodo, Bhagaván pensaba a menudo en mí. Un día de fiesta anunció: “Hoy tendremos la visita de Subbulakshmi, guardadle comida”. Efectivamente, llegué al Ashram ese día. El gran amor que sentía por mí, me ligó firmemente a él. Muchas veces quise irme del Ashram, pero él me abrazaba más fuerte que yo a él.

Cada vez que reunía el valor para decirle a Bhagaván que deseaba marchar, parecía leer mi pensamiento y se me

avanzaba dándome un trabajo especial. “Esto es *Arunachala Ashtakam* (ocho versos a la gloria de Arunachala) en te-lugu. Necesitamos una copia”. Yo no era muy culta y la co-cina me dejaba muy poco tiempo libre. Me costó varias se-manas efectuar este trabajo y más tiempo corregir todas las faltas. Después necesité estudiar el texto con la ayuda de al-guien, escuchar todas las explicaciones, intentar comprender y, finalmente, ¡aprenderme el texto de memoria! Entre tanto aún se me asignó otra tarea. Tenía la impresión de tener que hacer demasiadas cosas y que arruinaba mi vida.

Un día Bhagaván, mirándome intensamente, dijo:

- *“Parece que siempre tienes deseo de meditar.*

- ¡Pero mi suerte es la de trabajar continuamente en la cocina!, respondí yo.

- *Mientras que tus manos trabajan, dijo Bhagaván con fuerza, tu mente puede permanecer inmóvil. Tu eres Eso que nunca se mueve. Realiza Eso y verás que tu trabajo no es nada penoso. Mientras que pienses que eres el cuerpo y que realizas tu misma el trabajo, tendrás la impresión de que tu vida es una labor perpetua. De hecho es la mente quien está luchando, no el cuerpo. Si tu cuerpo está en re-poso, ¿lo estará igualmente tu mente? Incluso en el sueño la mente está ocupada en sus ensoñaciones”.*

Tenía la costumbre de hacer ayunos regularmente, co-mo lo aconsejan algunas Escrituras. En uno de esos textos, leí: “Aquél que quiere conocerse a sí mismo prestando aten-ción a su cuerpo es como el hombre que confía en un coco-drilo para que le pase a la otra orilla”. Le enseñé este pasaje a Bhagavan y explicó: “*Eso no quiere decir que se le deba de privar de alimento. No es necesario torturar al cuerpo. Eso simplemente quiere decir que no se dé al cuerpo más de lo que necesita. Que tu mente practique constantemente la indagación interior; pero da al cuerpo lo que necesite para que esté con buena salud y no sea un fardo. Para eso,*

*un alimento sano y sencillo, en cantidad moderada, es una ayuda preciosa”.*

Un día, pedí a Bhagaván su permiso para vestir la ropa naranja del *sannyâsi* y mendigar el alimento.

- “¿Acaso los hábitos de un cierto color te darán la renunciación?, dijo él, aprende primero el sentido de la palabra *sannyas*<sup>33</sup>”.

Un día, cinco o seis discípulos estaban sentados delante de Bhagaván y cantaban un himno en honor al Gurú. En medio de la recitación se levantó y se fue diciendo: “*Ora-ciones y alabanzas no llevan muy lejos. Es la mirada de compasión del Maestro la que concede el verdadero conocimiento*”. Me sentí transportada. ¿No había recibido yo sus miradas de compasión? Pero a la mañana siguiente dijo: “*A menos que uno se vuelva como un bebé de seis meses, no hay ninguna esperanza de obtener el conocimiento de uno mismo*”. Me sentí profundamente desilusionada. Vivía en presencia del Señor Arunachala y, sin embargo, estaba lejos de volverme como un bebé.

Otra vez, Bhagaván nos hablaba de los grandes devotos del pasado.

- “Según este texto, dije, Dios se apareció al devoto y le prodigó Su gracia mientras aún estaba en el vientre de su madre. ¿Es eso posible?

- *¿Por qué dudar? respondió Bhagaván. ¿La duda te será de algún provecho?, no hará más que empequeñecer tu devoción. Estas historias son tan reales como tu presencia aquí en este instante”.*

Un día, Bhagaván leía y explicaba cierto texto tradicional en tamil. Yo no hablaba tamil y sólo podía contemplar la escena. Vi un cambio operarse en Bhagaván. De él emanaba una luz interior, su rostro irradiaba, su sonrisa se ensan-

---

<sup>33</sup> *Sammyas*: Renuncia al mundo.

chaba, su mirada estaba llena de compasión. Sus palabras repercutían en el espíritu, eran comprendidas instantáneamente y en su profundidad. Todo mi ser estaba transportado, se elevaba en una corriente de extrañas vibraciones. El recuerdo de esta experiencia nunca me abandonó. Siempre siento este gozo que da el privilegio de sentarse a los pies de un Ser divino.

Bhagaván se adaptaba al nivel de cada uno, en sus palabras, sus gestos e incluso su entonación. Con los niños, era un compañero de juego, con las familias un sabio consejero, con los *pandits* un pozo de conocimiento, con los yoguis el Dios de la voluntad, el Dios de la victoria. Todos los que se le aproximaban quedaban seducidos por su amor, su gentileza, su belleza y su sabiduría, por la impresión pasmosa de unidad que emanaba de él, como el calor emana del fuego. A algunos, les concedía una visión especial, invisible a los otros; con otros, conversaba libremente. A cada uno se mostraba de una forma diferente.

Una tarde, una mujer de Kumbhakonam vino a sentarse a los pies de Bhagaván y exclamó: “Qué feliz soy de encontrarle, Swami. Hace mucho tiempo que soñaba con ello. No es para pedirle ninguna cosa. Simplemente tenga la bondad de concederme la liberación”. Con estas palabras se levantó y marchó. Bhagaván se puso a reír de buena gana.

- “*¡Veis esto, no quiere nada si no es la liberación!*”

- *¿No es lo que todos queremos?, dije yo.*

- *¿La liberación es algo que se da cuando se pide?, respondió él. ¿Es que tengo conmigo paquetes de liberación? Si ella es sincera, “yo no quiero nada”, eso es en sí la liberación. ¿Qué puedo yo dar y que puedo tomar?”.*

Alguien trajo una campanilla destinada a la ceremonia del *arati*<sup>34</sup>. Fue entregada a Bhagaván que se divirtió ha-

---

<sup>34</sup> *Arati*: ceremonia ritual en la que se utiliza el fuego como ofrenda.

ciéndola sonar de diferentes maneras. *“Dios quiere que hagamos un fuego con nuestras malas acciones pasadas y que consumamos en él todo nuestro karma, dijo él riendo. Pero la gente quema por un poco de dinero alcanfor y esperan ser agradables al Señor. ¿Verdaderamente creen que pueden obtener algo por nada? No quieren inclinarse ante Dios, pero quieren que Dios se incline ante ellos. Querrían comerse a Dios, pero no quieren dejar que Dios los coma. Algunos están orgullosos de sus ofrendas. Pero, ¿qué tienen que ofrecer? La única ofrenda digna del Señor, es desembarazar la mente de todo pensamiento y establecerse en la paz del Sí Mismo”*.

Era la sabiduría y la bondad personificadas. Nuestros errores no le tocaban, pero nos obligaba a seguir sus instrucciones al pie de la letra. Debíamos repetir la misma tarea incansablemente, hasta que estaba totalmente satisfecho con nuestra “técnica”. Quería así probarnos que podíamos hacerlo bien, que era la falta de paciencia y de atención la que nos creaba toda clase de problemas. A veces parecía severo, incluso duro, para enseñarnos a hacer las cosas correctamente, pues sabía lo que nosotros ignorábamos: que uno lo puede conseguir, si se toma la molestia de intentarlo.

Cada vez que Bhagaván entraba en el *Hall* o salía de él, todo el mundo se levantaba respetuosamente. Se notaba claramente que no le gustaba ser la causa de esa agitación. Me acostumbré a ofrecerle pasas, cuando venía del pueblo. El encontraba poco agradable cualquier forma de devoción formal. Un día, mientras le daba mi ofrenda habitual, se puso a reprendernos, un poco exasperado. *“¿Por qué todas estas demostraciones de respeto y de devoción? ¿Quién os ha enseñado una hipocresía así? ¿En qué os beneficia? ¿No podéis ser simplemente naturales? Lo que es necesario, es un corazón puro y sincero. ¿Cómo podríais agradarme haciendo comedia?”*.

Esto continuó durante un cierto tiempo. Dirigiéndose a Muruganar, se quejaba amargamente del carácter superficial de nuestra devoción y de sus modos de expresión. Y continuó: “*Cuando la gente llega aquí, son totalmente sinceros, pero en cuanto se instalan de forma permanente, se vuelven los dueños del lugar. Se ocupan de todo. El swami debe actuar según su gusto y dejarles hacer sus tonterías. A cambio de sus prosternaciones, el swami debe aceptar todo el desorden que crean a su alrededor. Piensan que es su deber llevarlos sobre las espaldas*”.

Durante las comidas, vertía *rassam*<sup>35</sup> en las manos de Bhagaván. Él bebía lentamente y cuando acababa, le volvía a servir. Un día, me pidió que vertiera el *rassam* directamente en el arroz. Pensé que debía haberlo ofendido y pedí a Shantamma que descubriera la razón. Bhagaván le dijo: “*Cuando me sirve, hace esperar a los demás*”. No le gustaba en absoluto ser privilegiado. Cuando se presentó la ocasión, le dije:

- “*Perdóneme, Bhagaván. No haré esperar a los demás; pero si no vuelve a tomar su rassam, me sentiré culpable.*

- ¿Y por qué? ¡No tengo necesidad de tanto *rassam*! ¿Crees que necesito todo ese *rassam* para estar satisfecho? Y ¿por qué estás tan angustiada? ¿Acaso mi gracia es proporcional al *rassam* que tomo?

Nunca más tomó el *rassam* en sus manos. Quería inculcarnos la lección de que Dios está presente en cada ser en toda su gloria y en toda su plenitud y que era preciso respetarLo en todos de la misma forma. Nos recordaba incansablemente esta lección, para que se imprimiera en nuestra mente y nuestro corazón. Sacrificaba sin dudarle todas las pequeñas golosinas que nos gustaba tanto reservarle, en cuanto notaba el menor signo de “favoritismo”. Ante todo, deseaba inculcarnos la norma según la cual, lo que no puede

---

<sup>35</sup> *Rassam*: Tipo de sopa picante que se mezcla con arroz.



ser compartido, no debe de ser tocado. Los sentimientos de separación y de exclusión son la fuente del “yo” y, por tanto, constituyen el mayor obstáculo en la vía de la realización del Uno. No es extraño que deseara eliminarlos de manera sistemática.

Un día, Bhagaván enfermó de ictericia. Era preciso adoptar un régimen de frutas; ¡pero no aceptaba las frutas a no ser que todo el mundo se beneficiara del mismo régimen! ¿Dónde hubiéramos podido conseguir tantas frutas? Era inflexible: quería hacernos comprender que bajo ningún pretexto nadie debía recibir más que los otros. Enseñarnos esta lección era para él más importante que curarse de la ictericia.

Todos los tratamientos no le hacían efecto, pues Bhagaván rechazaba seguir el régimen apropiado. Un día, un hombre viejo le llevó dos limones. Dijo que había soñado que era preciso darle zumo de limón con miel o azúcar. Una sola toma de este zumo curó a Bhagaván de la ictericia. Sin duda contrajo esta enfermedad solo para enseñarnos una lección y por eso, sanó con un simple zumo de limón.

Un día, lo vi moliendo semillas. Sentimos vergüenza de verlo trabajar, pero si se le proponía reemplazarlo, se enfadaba y ya no venía a la cocina, lo cual nos apenaba mucho; cuando se encontraba en el *Hall*, Bhagaván pertenecía a todo el mundo, mientras que en la cocina era para nosotras solas. Aquel día, me atreví a pedirle que me dejara moler en su puesto. Y para mi mayor sorpresa, se levantó y dijo: “Sí, acaba tú el trabajo. Esperaba tu llegada”. Cuando acabé lo encontré en la cocina. Bhagaván estaba cocinando curry en una enorme olla, encima de un gran fuego. Era pasado el mediodía; la temperatura, el fuego y el vapor que se escapaba de la olla eran ardientes. Bhagaván rezumaba de sudor. Así pues, ¡precisamente para ahorrarme este penoso trabajo me había dejado moler el grano en su lugar! ¡Como me arrepentí de haberle ofrecido ayuda! Había que vivir y tra-

bajar con él para saber qué gran Maestro era. A través de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, nos enseñaba el Vedanta teórico y práctico. Nos dirigía con una sabiduría absoluta y una bondad infinita y fuimos transformadas hasta las raíces de nuestro ser, sin ni siquiera darnos cuenta de la profundidad y de la amplitud de su influencia. Es ahora, tantos años después, cuando comprendemos el sentido de las órdenes, de las restricciones, de las reprimendas y de los enfados que tuvimos que sufrir.

En aquella época, obedecíamos sin comprender gran cosa de lo que pasaba, pues lo considerábamos como Dios. Este mismo sentimiento era debido a su gracia, pues de vez en cuando nos permitía verlo tal y como era realmente: el Señor todopoderoso y no la forma humana familiar. Éramos mujeres sencillas, sin educación. Era nuestro amor por él, reflejo de su amor, lo que nos encadenaba a sus pies y nos hacía permanecer allí. Por él, habíamos renunciado a nuestro hogar y a todos nuestros lazos terrestres.

Sabíamos que con él estábamos seguras, que nos conducía a la meta milagrosamente. Él era nuestra meta, nuestro verdadero hogar. No sabíamos nada más o no queríamos saber nada más. Éramos lentas en asimilar la lección de la igualdad para con todos – hombres y animales – que tan deseoso estaba de enseñarnos en primer lugar. Para nosotras, sólo existía él; la forma radiante de Ramana nos era suficiente. Ignorábamos que eso no era suficiente, que el alma humana debe aprender a estrechar el universo y a verse, ella misma, presente en cada ser. Estábamos demasiado concentradas en él y sentíamos que nos obligara a expandir nuestro pequeño círculo. El duro tratamiento que a veces nos daba nos desconcertaba y nos hacía llorar. Ahora, vemos que era el amor en los dolores del parto.

Los yoguis ejercen sobre ellos mismos un severo dominio durante años antes de alcanzar el estado al que Bhagaván nos conducía haciéndonos trabajar en la cocina. Ha-

cía de los pequeños trabajos de la vida cotidiana la vía real que conduce a la luz y a la beatitud. Aquél que nunca ha conocido el éxtasis de moler, la felicidad de preparar la comida, el gozo de servir a los fieles - Sus fieles - , la absorción de la mente en el corazón, el corazón en Él y Él en el trabajo, ese no sabe la inmensa felicidad que contiene el corazón humano.

Aunque ya no esté físicamente entre nosotros, continúa dirigiéndonos como en el pasado. Nos acompañará hasta el momento en que alcancemos la Otra Orilla. Es nuestra absoluta convicción. Sri Krishna, en Su compasión, se hizo pastor para enseñar a simples lecheros la vía de la liberación. De la misma manera, Bhagaván, el mismo Ser Supremo, bajo otra forma, se puso a cocinar para salvar a algunas mujeres ignorantes. Con su mirada, servía a los discípulos el alimento del espíritu y con sus manos, el pan de la vida.



## BHAGAVÁNTAL Y COMO LO HE CONOCIDO

### Voruganti Krishnayya

*Voruganti Krishnayya es el biógrafo de Sri Bhagaván en lengua telugu. Es un gran erudito y sanscritista.*

\*

\*      \*

Cuando estaba en Madrás para preparar mi licenciatura en derecho, conocí a Kavyakanta Ganapati Sastri (Nayana). Durante un ritual, Nayana recitó los mantras y al escucharlos sentí una especie de corriente atravesar mi cuerpo. Algo se produjo en mí y este fenómeno se prolongó hasta la noche. Volví a ver a Nayana algunos días más tarde en Nellore y me miró mucho tiempo, con una mirada que no podía sostener. Aquella noche no pude dormir. A la mañana siguiente, le conté los hechos. Él tocó mi cuerpo y bajo sus dedos éste se volvió ardiente.

- “Le examinaba, dijo él, su estatura, sus capacidades.

- En todo caso, he sufrido.

- No tenía la intención de causarle problemas, pero es verdad que, si quisiera, podría volverle loco”.

No lo dudé ni un momento. Era impresionante. La frente alta, los grandes ojos luminosos y la larga barba le hacían parecer un profeta hebreo. “¡Si el discípulo es tan extraordinario, cómo será el maestro!” me dije. Y en mi corazón nació un profundo deseo de conocer a Sri Ramana Maharshi.

Desde nuestro primer encuentro, Bhagaván causó en mí una profunda impresión. Al cabo de tres días, cuando iba a despedirme de él, le pregunté:

- “Bhagaván, indíqueme un buen camino.
- ¿Qué hace actualmente?, preguntó.
- Cuando puedo, canto los cantos de Thyagaraja y recito la Gayatri. También he practicado *pranayama*<sup>36</sup>, pero estos ejercicios respiratorios han estropeado mi salud.
- Es preferible abandonar esa práctica. Pero no abandone nunca la visión no dualista (*advaita drishti*).

Fui a pasar un mes a Benarés, luego hice una estancia de cinco meses en Pondicherry. En todos los sitios que iba, siempre había algo que reprocharme. “Usted es demasiado débil, no apto para el yoga, no sabe concentrarse, no llega a mantener el soplo; usted es incapaz de ayunar, no puede hacer vigiliass, debe abandonar todos sus bienes, etc”. Bhagaván fue el único que no me pidió nada, no encontró nada que reprocharme. De hecho, yo no tenía nada que su gracia pudiera valorar. Pero eso le daba igual. Era suficiente con decirle: “Yo le pertenezco” y él hacía el resto. En eso, no tenía igual. A aquellos que se entregaban a él, con confianza y obedeciéndole, les prodigaba su bondad y su solicitud.

Volví por segunda vez a Ramanashram en 1930 y permanecí allí un mes. Bhagaván nos hablaba sin reticencia, por la noche, después de cenar. La gente le atosigaba con cuestiones filosóficas y metafísicas. Él se sentaba en su pequeña cama de madera, cerca del pozo y contemplaba Arunachala en un profundo silencio. Su rostro era radiante y esta luminosidad parecía aumentar a medida que caía la noche. Estábamos sentados a su alrededor, en silencio o bien recitando himnos. El silencio y la paz que reinaba entonces

---

<sup>36</sup> *Pranayama*: Control de la respiración. Cuarto estadio del Ashtânga Yoga de Patanjali (yama, niyama, asana, pranayama, pratyâhara, dhâranâ, dhyâna, samâdhi).

eran totalmente notables. Nos contaba historias, respondía las preguntas, disipaba las dudas, reía y bromeaba. No teníamos ni idea de la hora, hasta el momento en que Madhavaswami, desde detrás de Bhagaván, nos hacía la señal de que era ya la hora de dejarle reposar.

Después de eso, siempre que tenía algunas vacaciones y suficiente dinero para un billete de ferrocarril, iba al Ashram. Allí siempre recibía una buena acogida, incluso por parte de Bhagaván. En aquella época, era mucho más que “uno de los nuestros”. Se movía sin restricción por todo el Ashram y realizaba toda clase de trabajos; pero cocinar era su pasatiempo favorito. Parecía conocer absolutamente todo lo que se refería a las hierbas y a las legumbres, sus propiedades, las diversas maneras de prepararlas; era un excelente cocinero. Cuando estaba sentado delante de la mola, moliendo especias, nos reagrupábamos a su alrededor y, como una madre, nos daba a cada uno un poquito. Para nosotros era un *prasad*.

No discutía nunca de filosofía con él y nunca le planteaba ninguna cuestión. Pero cuando los otros lo acosaban y les daba explicaciones con una paciencia infinita, escuchaba muy atentamente. Mi relación con él era puramente emocional, sin embargo no podía ni cantar, ni realizar ninguna tarea en su presencia. Nunca Bhagaván me permitió trabajar con él.

Tenía una confianza absoluta en Bhagaván. Hacía todo lo que él decía, seguro de estar en buenas manos. Lo amaba con todo mi corazón, vivía a su lado, comía en la misma sala, dormía en la misma habitación. El amor y la atención inmensos que me daba me unían a él, digo esto sin ningún orgullo, pues hacía lo mismo con los demás. Pero cada uno tenía la impresión de que tenía con él una relación única y especial. Es verdad que él amaba a cada uno de manera diferente; en la inmensidad de su amor por nosotros, podíamos descubrir nuestro verdadero ser.

Con él me sentía como un niño con su madre, en completa seguridad, totalmente feliz. Siempre que estaba en apuros, me volvía hacia él y encontraba fácilmente una solución. Incluso cuando estaba lejos de él, sólo tenía que pronunciar “Ramana” para verlo en sueños y obtener su ayuda; entonces todos mis problemas, interiores y exteriores, desaparecían enseguida.

Un día, mientras cortaba verduras, le pedí permiso para ayudarlo. Tres veces cogí el cuchillo y las tres veces me dijo que lo dejara, como continuaba insistiendo, dijo:

- “¿Cortas las verduras en tu casa?

- No, en mi casa no tengo necesidad de hacerlo.

- Y bueno, ¿no es ésta tu casa?”.

¡Cuánta atención recibía yo! Me preguntó dónde hacía mi cama y qué utilizaba de almohadón. Una noche, me desperté sobresaltado, sin razón aparente. Me incorporé en mi cama. Sin duda él ya estaba despierto, pues escuché su voz tranquilizadora: “No es nada, puedes dormir”. Tenía la impresión de ser un niño asustado al que su padre tranquiliza.

Un día, le pregunté:

- “Usted me ha dicho que repita la Gayatri. Es demasiado larga y después estoy obligado a conocer su significado y a meditar sobre ella.

- *¿Quién te ha pedido que te preocupes de su significado? Solamente te he pedido que veas quién repite la Gayatri, quién hace el japa”.*

No limitaba su enseñanza a la pregunta “¿Quién soy yo?” y adaptaba siempre sus consejos a las necesidades del discípulo. “*Más pronto o más tarde, decía él, habrá de plantearse la pregunta “¿Quién soy yo?”. Todo lo que conduce a esta pregunta está bien. Es la única cosa que es perfectamente eficaz, pues el conocimiento de uno mismo sólo se obtiene por medio de la búsqueda interior; pero los otros*



*métodos purifican la mente y le permiten ver sus propios límites. Cuando la mente ha agotado todos sus recursos, se queda perpleja ante esta cuestión sin respuesta, entonces un Poder superior la toma a su cargo y el Sí Mismo se revela, lo Real, lo Maravilloso”.*

Un día, una anciana vino al Ashram. Llevaba siempre con ella una imagen enmarcada de Bhagaván Narayana y le rendía un culto regular. Le preguntó a Bhagaván si esta práctica era justa: “Si no hay ni nombre, ni forma, sobre qué se puede concentrar uno? Lo que usted hace con todo su corazón es lo que es justo para usted”.

Un día, le pregunté:

- “Bhagaván, usted ha hablado de descubrir la fuente de la mente (*vrittimulam*). ¿Cómo llegar a ello sin estar atentos a las *vrittis* (modificaciones de la mente)? ¿Cómo descubrir su fuente, si ellas están ausentes?

- Es preciso perseverar en la práctica de la indagación interior. No relajes nunca tu esfuerzo, aconsejó Bhagaván”.

Una mujer de Nellore vino al Ashram cuando yo había marchado a casa de unos amigos en Kolar. Ella le preguntó a Bhagaván:

- “¿Dónde está Krishnayya?

- ¡Aquí!” dijo Bhagaván, mostrando con el dedo el lugar donde habitualmente me sentaba.

Ella se quedó atónita y preguntó de nuevo:

- “¿Dónde?

- ¿Es que no lo ve? ¡Aquí!”

Ella estuvo a punto de desmayarse cuando se le dijo que me había marchado a casa de unos amigos. En ese momento Bhagaván dijo: “Se ha marchado a Kolar”. Pero, ¿qué es lo que había querido decir antes? “Él está ahí, ¿no lo ve?”. Mientras me encontraba en el tren, para él ¿aún estaba

a sus pies? Con su percepción divina ¿me seguía con sus ojos en mi desplazamiento?

Una noche, Madhavaswami masajeara las piernas de Bhagaván. No había más que dos o tres personas en el *Hall*. Un hombre de Kakinada pidió permiso a Bhagaván para masajearle las piernas. Bhagaván no respondió. El hombre repitió su petición. “En mi casa, dijo, rezo a Bhagaván cada día y ahora tengo la ocasión de servirlo”. De repente Bhagaván exclamó: “Tiene todas las ocasiones posibles de servirme en su casa. ¿Por qué ha venido aquí?”. El hombre, un poco asustado, no encontraba nada que decir, así es como Bhagaván nos enseñaba a no hacer ostentación de nuestra devoción.

Un día la vaca Lakshmi entró en el *Hall* y se dirigió directa a Bhagaván, puso la cabeza sobre su hombro y se puso a llorar. Bhagaván le acarició dulcemente la cabeza. “¿Por qué estás tan triste?, le murmuró en la oreja. Ánimo querida, deja de llorar. Estoy aquí, soy tu amigo”. Lakshmi dejó de llorar, dio unos lametones a Bhagaván y se fue reconfortada.

Un día, un discípulo trajo un dulce caro para Bhagaván. Lo puso en una gran bandeja que depositó en el suelo, a los pies de Bhagaván. Un perro entró y olfateó el dulce. Uno de los ashramitas, furioso, intentó espantarlo. Bhagaván se levantó y gritó: “¿Con qué derecho ahuyentas a este perro? ¿Por qué razón se impide a un perro comer? ¿Te pertenece este *halva*<sup>37</sup>? Cortó el *halva* en trozos, comió alguno y distribuyó el resto con sus propias manos. De buen grado o no, los otros se vieron obligados a comerlo.

Nosotros sentimos cierto interés por un ser humano, pero somos indiferentes en relación con un insecto o un árbol. Para Bhagaván, todo estaba animado por la misma vi-

---

<sup>37</sup> *Halva*: confección densa elaborada con pastas alimenticias diversas endulzadas con azúcar o miel.

da, todo tenía la misma importancia; podía sentir el dolor de una simple brizna de yerba. Chinnaswami pidió a un obrero que quitara las hojas muertas de un almendro para hacer platos de hojas. Bhagaván, viendo al hombre que cortaba por todos los lados, lo interpeló: *“Eh, ¿Qué haces? Torturas a este árbol. ¿No sabes que está vivo? No podéis hacer nada sin infligir sufrimientos. Imagina que te estiro bruscamente de los pelos. Aunque no estén vivos, sentirás el dolor. Deja, pues, a este pobre árbol tranquilo”*.

Un día, Echammal quería celebrar un culto especial para el que necesitaba cien mil hojas de *tulsi*<sup>38</sup>. Ni siquiera ella escapó a la cólera de Bhagaván: *“La gente no puede dejar las hojas donde están. Las cogen, las agujerean, las cosen juntas. Las pobres hojas y flores son sin piedad mutiladas y matadas. ¿Tiene Dios necesidad de tal culto? ¿No le pertenecen cuando ellas están en los árboles?, se inflige a las flores este horrible tratamiento, pero no quieren ofrecer a Dios su propio yo”*.

Un día, uno de los visitantes se puso de repente a llorar amargamente: *“Soy un horrible pecador. Hace tiempo que vengo aquí, pero no se produce en mí ningún cambio. ¿Podré algún día volverme puro? ¿Cuánto tiempo tendré que esperar? Cuando estoy aquí, cerca de usted, me siento bien. Pero cuando me voy de aquí, me vuelvo un animal. Es inimaginable, ya no parezco un ser humano. ¿Seré, pues, un pecador toda mi vida?”*.

Bhagaván respondió: *“¿Por qué viene a verme? ¿Qué tengo que ver con usted? ¿Qué relación tenemos para que venga aquí a llorar delante de mí?”*. Los gemidos y lloros del hombre se intensificaron; parecía tener el corazón roto. *“Todas mis esperanzas se han esfumado. Usted era mi últi-*

---

<sup>38</sup> *Tulsi*: albahaca sagrada; en el hinduismo es venerada como una encarnación de Lakshmi, esposa de Vishnu.

mo refugio y dice ¡que no tiene nada que ver conmigo! ¿Hacia quién he de volverme? ¿Qué haré? ¿Adónde iré?”.

Bhagaván lo observó un tiempo y dijo:

- “¿Acaso soy su gurú para tener la responsabilidad de su salvación? ¿He dicho alguna vez que era su maestro?

- Si usted no es mi maestro, ¿quién es mi maestro? Usted es mi gurú, usted es mi ángel de la guardia, ¡tenga piedad de mí y libéreme de mis pecados!”.

Se puso a sollozar. Todos estábamos en silencio, llenos de piedad. Sólo Bhagaván parecía no dejarse conmover.

- “Si soy su gurú, ¿cuál es mi salario? Usted debe pagarme por los servicios realizados.

- Pero usted no quiere aceptar nada. ¿Qué puedo darle?

- ¿He dicho yo que no acepto nada? Y ¿me ha pedido alguna vez qué es lo podía darme?

- Si quiere aceptar lo que sea, pídamelo, estoy dispuesto a darle todo.

- Muy bien. Ahora pido. Deme. ¿Qué tiene para darme?

- Tome todo lo que quiera.

- Entonces, deme todo el bien que haya realizado a su alrededor.

- ¿Qué bien he podido yo realizar? No tengo ninguna buena acción en mi crédito.

- Usted me ha prometido darme. Ahora, dé y no hable de su crédito. Simplemente deme todo el bien que haya hecho hasta ahora.

- Perfecto, de acuerdo. Pero, ¿cómo puedo dar una cosa así?

- Diga esto: “Todo el bien que he realizado en otro tiempo, yo se lo doy a mi gurú. Desde ahora, no recibiré

*ningún fruto y ya no me preocupo de él". Diga esto con todo su corazón.*

- Muy bien Swami; yo le doy todo el bien que he hecho hasta el momento y todas las consecuencias positivas. Le doy esto con placer, pues usted es mi maestro y me pide que le entregue todo.

- *Pero eso no es suficiente, dijo Bhagaván con un tono severo.*

- Le he dado todo lo que tengo y todo lo que me ha pedido. No tengo nada más que darle.

- *Si, dijo Bhagaván, aún tiene una cosa. Deme todos sus pecados hasta este momento.*

- El hombre miró a Bhagaván con aire perdido, como golpeado por el terror.

- ¡Swami, si usted supiera! No puede pedirme una cosa así. Si toma sobre usted mis pecados, su cuerpo se va a marchitar y a quemar. No me conoce, no conoce mis pecados.

- *Yo cuidaré de mí. No se preocupe por eso. Quiero que me dé sus pecados".*

Hizo falta mucho tiempo para convencerlo. El hombre rechazaba separarse de sus pecados. Pero Bhagaván se mantenía inflexible.

- *O bien me da sus pecados al mismo tiempo que sus méritos, o bien guárdese todo y deje de considerarme su maestro.*

Finalmente, los escrúpulos del visitante cayeron y declaró:

- Todos los pecados que he podido cometer ya no son de mi propiedad. Pertenecen, con sus consecuencias, a Ramana.

Bhagaván parecía satisfecho.

- *Desde ahora, no existe en usted ni bien ni mal. Es puro. Marche y no haga nada, ni bien ni mal. Sea usted mismo, sea lo que usted es*".

Una gran paz invadió al hombre y a todos los que estaban presentes. Nadie sabe lo que fue de este afortunado hombre. Nunca se le volvió a ver por el Ashram. Puede que no tuviera ya razón para volver.

Otro visitante se quejaba un día a Bhagaván del fardo aplastante que representaban sus pecados. Bhagaván preguntó:

- *"¿Cuándo usted duerme, es usted un pecador?*

- *Duermo sin preocuparme de nada.*

- *Si usted no es un pecador, es, por tanto, porque usted es bueno.*

- *No, cuando duermo no soy ni bueno ni malo. No sé nada de mí.*

- *Y ¿qué es lo que sabe actualmente? Dice que es un pecador; es porque así lo piensa. Si estuviera satisfecho de usted, pensaría que es un buen hombre y dejaría de decirme que es un pecador. ¿Qué sabe usted del bien y del mal, sino lo que está en su mente? Cuando vea que todo es una invención de la mente, el mal desaparecerá y será lo que usted es*".

Un visitante dijo un día:

- *"Hace tiempo que vengo a verle, Swami, con la esperanza de que un día ocurra algo y que sea transformado. Pero hasta ahora, no veo ningún cambio en mí. Continúo siendo el mismo, un hombre débil, un pecador empedernido.*

*En este camino, no hay límites kilométricos, respondió Bhagaván. ¿Cómo puede saber en qué dirección va? ¿Por qué no imitar al pasajero de un vagón de primera clase? Indique su dirección al revisor del tren, cierre la puerta de su compartimento y acuéstese. El revisor del tren se ocupa-*

*rá del resto. Si tuviera la misma confianza en su gurú que en el revisor del tren, eso sería suficiente para llevarlo al destino. Su único trabajo consiste en cerrar las puertas y ventanas, y acostarse. El revisor del tren le despertará cuando haya llegado”.*

Una bochornosa tarde de verano, Bhagaván descansaba sobre un diván, cerca del pozo. Un visitante trajo frutas, que fueron colocadas en una bandeja de cobre cerca del pozo. Madhavaswami, armado con un largo bastón, montaba guardia, mientras que un poco más lejos una manada de monos observaba el pozo. Los demás estaban en meditación con los ojos cerrados. Bhagaván estaba tranquilamente recostado, con la mirada perdida en el espacio. De repente, se puso a aplaudir y a reír como un niño. “¡Lo ha conseguido! ¡lo ha conseguido! Gritaba con alegría, ¡ha atrapado la fruta!” Un mono había esquivado la vigilancia de Madhavaswami y estaba sentado en el muro con una fruta que había pillado de la bandeja. Los que meditaban, abrieron los ojos extrañados. La alegría de Bhagaván duró mientras que el mono saboreo la fruta. Se diría que disfrutaba del fallo de Madhavaswami.

Bhagaván siempre tomaba partido a favor de los monos. Prefería que la fruta fuera para los monos antes que para los visitantes. Cuando nadie podía verlo, daba a los monos frutas o el alimento que tenía cerca. Si había un servidor que hacía guardia con su bastón, Bhagaván lo enviaba a hacer cualquier encargo y así los monos podían disfrutar. Cuando se les espantaba, se escondían detrás del diván de Bhagaván, entre el diván y la pared, allí donde era muy difícil echarlos sin molestar a Bhagavan. Ellos sabían perfectamente que era su aliado y una vez detrás del canapé, mostraban a los servidores que no les tenían ningún miedo. Bhagaván adoraba a los monos y decía que nos enseñaban una lección espiritual: tanto si saltaban como si estaban aparentemente tranquilos, siempre mantenían fijo su mente en

las frutas; y en cuanto la ocasión se presentaba, abandonaban lo que estaban haciendo para lanzarse encima de ellas.

Un día escribí un poema en honor de Bhagaván en el cual decía: “Que pueda usted ser dichoso en todas sus futuras vidas”. Al escuchar esto, Bhagaván dijo: “¡Espera! ¿Esta vida no es suficiente para que me desees otras?”. La gente me reprendía por mi falta de respeto. Algunos dijeron que Bhagaván era un gran sabio que trascendía la necesidad de renacer; otros afirmaron que era el hijo del mismo Dios Shiva, que no tenía ninguna necesidad de un cuerpo humano. Yo corté por lo sano la discusión exclamando: “¡Bhagaván volverá a nacer numerosas veces, no por necesidad, sino porque nosotros tenemos necesidad de él!” Bhagaván escuchaba atentamente. “Es justo”, dijo él y permaneció en silencio. El *Hall* fue invadido por la energía, el silencio y el inmenso amor que brotaba de Bhagaván como de un poderoso océano.

Alguien preguntó a Bhagaván: “Todos nos hemos encontrado a sus pies. ¿Es por azar o bien existe entre nosotros un lazo formado en otras vidas?”. Bhagaván respondió: “Sin la existencia de lazos antiguos, ¿cómo podríais haber venido todos aquí?”. Bhagaván dio la misma respuesta a numerosos discípulos en otras ocasiones.

Entre nosotros había un discípulo de Kerala, llamado Nambiar, que se alimentaba exclusivamente de nuez de coco. Finalmente, se volvió completamente loco; recorría a grandes pasos el Ashram gritando “Yo soy Dios, soy el Supremo: *“aham brahmasmi”*, “Soy todas las cosas”. “Se cree un gran vedantín, dijo Bhagaván, pero en realidad se ha vuelto loco porque ingería coco a diestro y siniestro. Los cocos son alimentos completos y un coco por día es lo máximo. Cuando uno no logra contenerse, se encuentra con el desastre. Un buen régimen excluye todos los alimentos no naturales y los alimentos convenientes deben tomarse con una gran moderación”.



Cuando la construcción del gran templo estaba a punto de comenzar, se le pidió a Bhagaván su permiso y bendiciones para recoger fondos. *“Yo soy un ermitaño, respondió él; no quiero que se recoja dinero en mi nombre para construir templos. No tengo necesidad de templos y no quiero ver ninguno construido. No recojáis dinero para la construcción de un templo. Si el dinero llega sin solicitarlo, entonces podréis utilizarlo para construir”*.

Algunos discípulos querían publicar una revista en el Ashram. El proyecto fue expuesto a Bhagaván.

- “¿Cuál será su contenido?, preguntó.

- Todas las noticias del Ashram, así como los discursos de Bhagaván y sus respuestas a las preguntas. La revista se leerá en el mundo entero.

- Y si no hablo ¿qué publicaréis? ¿Voy a tener que hablar continuamente para que vuestra revista pueda aparecer regularmente?”.

¡Esta idea se abandonó rápidamente!

Un día le dije a Bhagaván:

“Bhagaván, antes, siempre que pensaba en usted, su forma se me aparecía. Pero ahora, eso ya no ocurre. ¿Qué puedo hacer?

- *Puede pensar en mi nombre y repetirlo. El nombre es superior a la forma. Pero al cabo de un cierto tiempo, incluso el nombre desaparecerá. Mientras tanto, repite el nombre”*.

Cuando la gente se quejaba a Bhagaván a propósito de alguna tontería cometida en el Ashram, Bhagaván decía: *“No estoy aquí para castigar a la gente. Si comenzase a castigar, no quedaría ni siquiera un cuervo. Cada uno viene aquí con un objetivo en particular y cada uno puede alcanzar ese objetivo. ¿Por qué no os ocupáis de lo que os ha traído aquí? ¿Por qué os preocupáis de lo que hacen los demás?”*.

En otra ocasión, Bhagaván hizo este comentario sobre algunos visitantes: *“La primera vez que vienen al Ashram, parecen contentos; la segundo vez, se dan cuenta de que el Ashram está mal gestionado; la tercera vez, comienzan a dar consejos; la cuarta vez, saben mejor que nadie lo que se debe de hacer; la quinta vez, constatan que los dirigentes no han seguido sus consejos y están muy descontentos; la sexta vez van diciendo que los responsables deberían irse y dejarles su sitio. Finalmente, se desaniman y me acusan de cosas que nunca he hecho”*. Después de todo es totalmente cierto que Bhagaván ni ha creado, ni ha organizado el Ashram. Fue obra de otras personas que simplemente han hecho lo que creían justo.

Un visitante, preocupado por los problemas de la sociedad, dijo a Bhagaván:

- *“Me gustaría dar la vuelta al mundo y arreglar todos los problemas. He venido a pedirlos la fuerza y el poder para realizar este trabajo.*

- *¡Es como si un mendigo hambriento ofreciera un festín a todos los que encuentra ¿Cómo un hombre incapaz de ayudarse a sí mismo podrá ayudar a los demás? Comience por resolver sus problemas antes de querer mejorar a los otros. Cambie el corazón de los hombres y el mundo cambiará. Pero es necesario un punto de partida, no se puede comenzar más que por uno mismo.*

- *Le he dado cuerpo, corazón y espíritu. ¿Cómo puedo mejorarme? Yo no tengo nada que hacer, usted hará todo”*.

Bhagaván permaneció en silencio, pero cuando el visitante marchó, dijo: *“Algunos afirman haberme dado todo y se van de aquí pensando que no le queda nada que hacer, que todo el fardo, de ahora en adelante, reposa sobre mí. No puedo dejarme impresionar tan fácilmente por unas simples palabras”*.

Un tal Sambashiva Rao, al principio de su relación con Bhagaván, parecía tener muy poca devoción por él. No llegaba ni siquiera a inclinarse delante de él y su presencia le parecía algo banal. Un día, dijo a Bhagaván que se volvía a su casa, a Nellore, sin ni siquiera tener la cortesía de pedirle permiso para irse. Bhagaván le miró con un aire serio y simplemente le dijo: “Sí”. Y extrañamente, Sambashiva Rao no pudo irse. Un día llovía; al día siguiente, llegó tarde al tren; al tercer día, tenía fiebre; después el coche esperado llegó demasiado tarde. Pensaba que eso era debido a los poderes mágicos de Bhagaván y estaba indignado. No teniendo nada que hacer, permanecía todo el día en un rincón del Hall echando pestes y renegando interiormente.

Escuchó a Bhagaván decir a alguien: *“Si tiene que estar enfadado, que sea con gente honesta. Si se enfada con gente mala, tiene el riesgo de recibir de vuelta lo mismo con intereses”*. Sambashiva Rao se sobresaltó; pensaba que esas palabras eran para él.

- “Bhagaván, dijo él, ¿no hay ningún peligro en injuriar a gente honesta?

- *Cuando la gente honesta es injuriada, dijo Bhagaván, sonriendo, sin duda no van a replicar, pero se sienten heridas; es por lo que aquél que los ha injuriado tiene riesgo de sufrir. Por otro lado, se dice en las Escrituras que al maldecir a gente honesta, se reciben todas las cosas malas que aún tienen en ellos. Si quiere maldecir a alguien, maldiga a Bhagaván. No se sentirá herido y no hay pecado. Solamente quiere que se piense en él. La manera en que usted piense en él no tiene importancia. Sin eso, ¿cómo habrían podido obtener la liberación Ravana y Sishupala?”*

Sambashiva Rao escuchó sin decir nada y su comportamiento hacia Bhagaván cambió radicalmente.

En la época en que Bhagaván vivía en la colina, recibió una carta que decía:

- “Soy un pobre maestro de escuela. Mi madre es mayor y mi salario es tan bajo que no puedo ocuparme de ella convenientemente. Haga, si quiere usted, que se me aumente el sueldo.

- Bueno, ¿por qué no?, dijo Bhagaván riendo”.

Al cabo de un tiempo, llegó otra carta que decía:

“Por su gracia, he obtenido un aumento. Ahora hay un puesto de mando en un escalón superior. Si lo obtengo, ganaré más y mi madre estará muy contenta.

- Bien, dijo Bhagaván riendo”.

Algunos días después, una nueva carta:

“Mi madre está en cama y no hay nadie para cuidarla. Si me casara, mi mujer podría ocuparse de ella. Pero soy pobre. ¿Quién me dará a su hija en matrimonio?, y ¿dónde encontraré el dinero necesario? Que Bhagaván tenga la gentileza de ocuparse de todo.

- Bueno, pues, que así sea, dijo Bhagaván riendo”.

Al cabo de algunos meses, llegó una nueva carta:

“Gracias a su bondad, me he podido casar fácilmente. Mi mujer está aquí conmigo. Mi madre desea ser abuela antes de morir. Que Bhagaván quiera conceder su deseo.

- ¿Por qué no?, dijo Bhagaván”.

Algunos meses más tarde otra carta: “mi mujer ha dado a luz un niño. Pero no tiene leche para alimentarlo. No tengo suficiente dinero para comprar leche. Le ruego que tenga a bien obtenerme un ascenso”.

Después aún otra carta:

“He obtenido el ascenso y un aumento de sueldo. El niño crece bien, le debo todo a usted.

- ¿Qué he hecho yo?, dijo Bhagaván. Es por su karma que todo le ha salido bien”.

Algunos días más tarde, otra carta:

- “Mi madre ha muerto, ella le ha rendido homenaje antes de irse.

- Bien, dijo Bhagaván”.

Un mes más tarde, otra carta:

- “Swami mi hijo ha muerto.

- Es desolador, dijo Bhagaván”.

Pasó un mes y llegó otra carta:

- “Mi mujer está embarazada”.

Después, una nueva carta:

- “Mi mujer ha dado a luz a un niño. Los dos han muerto.

- Ram, Ram, dijo Bhagaván. Se diría que es el fin”.

Luego otra carta:

- “A causa de mis problemas familiares, no he estado siempre en mi puesto y han acabado por despedirme. Ahora estoy totalmente sin recursos.

- *Todo lo que viene se va, dijo Bhagaván, haciendo un profundo suspiro. Ya no tiene más que su propio Sí Mismo. Cuando todo se va, sólo queda el Sí Mismo”.*



## Segunda parte

### TESTIMONIOS RECOGIDOS POR V. GANESHAN\*

---

*\* Estos testimonios, de los que encontraremos aquí una selección, fueron publicados en su origen en 22 artículos sucesivos en la revista del Ashram, The Mountain Path entre 1982 y 1987. En 1990 fueron reunidos en una obra titulada Moments Remembered. El autor, Sri Ganeshan, es el hijo pequeño del hermano de Ramana Maharshi (primer “gerente” del Ashram). En compañía de sus hermanos y hermanas, tuvo el privilegio de crecer bajo el atento ojo de Ramana. Desde hace casi treinta años, desde que acabó sus estudios, Ganeshan se ha consagrado con ardor al servicio del Ashram y de los fieles de Ramana. Frecuentó de cerca a los discípulos directos de Bhagavan, que ejercieron una profunda influencia en el desarrollo de su vida y de su sâdhana.*

La devoción del santo poeta Sri Muruganar hacia Bhagaván era tan absoluta que le había valido el sobrenombre de ¡Sombra de Bhagaván! Un día le dije que me resultaba difícil seguir la vía de *vichara* y que, por tanto, era preferible en mi caso adoptar métodos más simples, y después intentar la investigación interior, cuando ya hubiera madurado más. El me respondió enérgicamente: “Todo eso es una huida. Ahora que conoces la enseñanza de Bhagaván, es preciso que te sumerjas en la investigación interior. Quien es atraído por Bhagaván ya está en la vía directa. Cuando Bhagaván recomendaba otros métodos, era únicamente para la gente que planteaba cuestiones, no para ti”.

Unos días más tarde, cuando hablaba con el mismo Muruganar de la fascinación ejercida por Su Forma y la melodiosa música de Su Nombre, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: “Sí, sí, el Nombre de Bhagaván es suficiente para nosotros. Su Forma nos atraía a Él para absorbernos en Él. ¡Su Nombre lo engloba todo! ¡Su Forma lo consume todo!”.

\*

\*      \*

Poco después de su casamiento, la princesa Prabhavati Rajé vino con su marido a recibir las bendiciones de Bhagaván. Trajo dos soberbias guirnalas de rosas y quería colocarlas alrededor del cuello de Sri Bhagaván. Este tipo de cosas estaba estrictamente prohibido. Bhagaván, que estaba sentado en el diván, rechazó las guirnalas. “Ponedlas en el santuario de la Madre”, dijo. Prabhavati estaba decepcionada y se fue llorando del *Hall*. Unos instantes después, Kunju Swami le enseñó de lejos una escena notable. ¡Bhagaván recogía uno por uno los pétalos de las guirnalas que habían caído en el diván y los metía lentamente en su boca! Kunju Swami dijo a la princesa: “¡Mire! ¡Qué suerte tiene usted! Estaba decepcionada porque Bhagaván no había aceptado



las guiraldas de rosas, pero vea como estas rosas le sirven de alimento. ¿no es esto una aceptación verdadera? Ella sintió una inmensa felicidad y sus lágrimas de dolor se tornaron lágrimas de alegría.

\*

\*       \*

Sri Shankarananda, un discípulo de Bhagaván, trabajaba en Madrás en la administración de Correos. Su larga práctica del *mantra japa* le había conducido al estado de *manolaya*<sup>39</sup>, es decir de silencio mental. El perdió todo interés por las cosas de este mundo. No podía asumir su trabajo pues estaba constantemente sumergido en *laya samâdhi*<sup>40</sup>. Entonces pidió un permiso de seis meses y vino a ver a Bhagaván. Sentado en el antiguo *Hall* con Bhagaván, enseguida perdió la conciencia del mundo exterior. Ni siquiera la campana que anunciaba el almuerzo pudo sacarlo de este estado. Bhagaván le hizo tomar conciencia empujándole suavemente con su pie y lo llevó al comedor.

El *manolaya samâdhi* no conduce a la verdad última, por eso Bhagaván pidió a Kunju Swami y a otros que llevaran cada día a Shankarananda al templo y le encontrarán ocupaciones durante todo el día para que no cayera en *laya*. Finalmente, después de que pasaran muchos días así, fue vencido por el sueño. Un poco más tarde, con la gracia de Bhagaván, Shankarananda se volvió normal. ¡Al final de su permiso, volvió a su casa para retomar sus actividades e incluso obtuvo un ascenso!

\*

\*       \*

---

<sup>39</sup> *Manolaya*: absorción mental total en el objeto de concentración.

<sup>40</sup> *Laya Samâdhi*: Profunda interiorización en la que se está desapegado de los sentidos sin haber alcanzado el Sí Mismo: Este estado es considerado como un obstáculo para la realización.

Bhagaván decía que había que dormirse directamente sin crear ensoñaciones y que también había que levantarse en cuanto uno se despertaba. Bhagaván nunca turbaba el sueño de nadie, pero decía que una vez despierto no se debía volver a dormirse y caer en los sueños. En ese caso, daba la señal de levantarse tocando dulcemente al discípulo con su caña. ¡Era una verdadera madre para sus discípulos!

\*

\*      \*

Sri Sadhu Natananda ha practicado y vivido las enseñanzas de Bhagaván totalmente retirado de la vida activa y sin tener el menor deseo de darse a conocer. Cuando le pregunté cuál fue su última conversación con el Maestro, me citó la siguiente, considerando que era la lección más importante:

“Fui a encontrar a Bhagaván para intentar comprender en qué estado de consciencia vivimos. Él citó dos versos del *Kaivalya Navanitam*:

- “*Tú eres el Testigo inmutable de la ignorancia burda, sutil y (causal), del tiempo que corre – pasado, presente y futuro – y en el que las olas se levantan y caen indefinidamente en el océano de beatitud*”.

“*En mis innumerables encarnaciones pasadas, he confundido el cuerpo con el Sí Mismo. Por la gracia de mi Maestro, viendo que todo no es más que un espejismo, he realizado el Sí Mismo bajo la forma del “Yo” y obtenido la liberación*”.

Estos versos permiten aclarar un punto que turbaba incluso a los *sâdhakas*<sup>41</sup> avanzados, el saber si vivimos como *atmâ* o como *ahamkâra*<sup>42</sup>”.

Otra vez, Sadhu Natananda me dijo:

---

<sup>41</sup> *Sâdhaka*: practicante.

<sup>42</sup> *Ahamkâra*: sentido del ego.

“Cuando pregunté a Bhagaván cómo convenía practicar *Atma Vichara*<sup>43</sup>, respondió: “(1) En todo momento y en todas las circunstancias, es absolutamente necesario acordarnos de nuestra naturaleza verdadera (YO SOY), (2) es preciso cumplir las obligaciones que nos incumben, recordándonos de eso y sin el menor apego por las acciones realizadas o sus resultados. Una vez que esta aptitud está bien anclada, el aspirante puede estar seguro de que progresa en su *sâdhana*. Es una aptitud que debe ser observada por todo el mundo”.

El mismo Bhagaván era muy activo y hacía toda clase de trabajos. Cosía hojas, fabricaba *kamandalams*<sup>44</sup>, ayudaba en la cocina, hacía de partera para las perras y las monas. Realizaba todo eso a la perfección y sin el menor apego. Cuando se actúa verdaderamente sin el menor apego, uno siente que el Señor nos utiliza para hacer las cosas y hacerlas bien. Uno dice con toda su alma: “El Supremo hace las cosas a través mío”. Una humildad así es el signo de madurez espiritual”.

\*

\*      \*

El Dr. M. R. Krishnamurthi Iyer, el primer médico del dispensario del Ashram, creado en 1929, era un notable buscador; alcanzó un estado de gran madurez espiritual. Tenía tal admiración por él que cuando caí gravemente enfermo, rechacé absolutamente ser curado por otro que no fuera él. Durante el periodo, en el que me curó con la mayor dedicación, pude descubrir su intenso fervor espiritual y le pedí que me hablara de Bhagaván.

“Hacia el final de los años treinta, dijo, Bhagaván padecía hipo continuamente que ningún medicamento cono-

---

<sup>43</sup> *Atma Vichara*: investigación del Sí Mismo.

<sup>44</sup> Kamandalam: recipiente para el agua utilizado por los ascetas hindúes y hecho generalmente con la cáscara de un coco voluminoso.

cido llegaba a cortar. Su estado empeoraba. Un día me di cuenta de que su pulso estaba débil y temí que sus días estuvieran en peligro. Yo estaba turbado. No le dije nada, pero de pie ante él, le rogué interiormente que me indicara cómo podía curarlo.

“Volví a mi casa profundamente triste y me puse a llorar como un niño, hasta el momento en que me dormí. Bhagaván se me apareció en sueño y me dijo:

- ¿Por qué lloras?

- Bhagaván, respondí sollozando, usted sabe por qué. No consigo curarle ese hipo. ¿Qué puedo hacer?

- No llores. En tu patio hay un “*sindhikodi*”. Toma algunas hojas y frielas con *ghi*<sup>45</sup>; después las mueles con jengibre seco y azúcar. ¡No te preocupes!

“Me levanté feliz. Mi mujer y yo salimos con una linterna y nos pusimos a buscar esa planta. El patio estaba totalmente cementado excepto una pequeña banda de tierra en la que salían numerosos brotes. Entre ellos, descubrimos la planta en cuestión; no había más que una. Preparamos el remedio según las instrucciones recibidas y fuimos al Ashram casi corriendo. Sri Bhagaván estaba sentado en su diván. El rostro sonriente. Nos saludó y extendió la mano diciendo: “¡Dadme lo que me habéis traído!” Y tomó el remedio. Cuando le hablé del sueño, se hacía el inocente, ¡como si no estuviera al corriente de nada! No hace falta decir que el hipo se paró al cabo de unos días y que Bhagaván recobró la salud”.

\*

\*      \*

Lakshmi Ranganadham, una discípula que Bhagaván llamada “nuestra Lakshmi”, me contó la siguiente historia:

---

<sup>45</sup> *Ghi*: mantequilla clarificada.

“Bhagaván podía mostrarse severo cuando cometíamos errores. Un día hice *puris*<sup>46</sup> que debían servirse a la tarde; algunos estaban fritos con aceite y otros con ghi. Puse estos últimos encima, con el fin de poder dárselos discretamente a Bhagaván. Cuando se terminó la distribución, Bhagaván me llamó y me dijo: “Lakshmi, si intentas hacer diferencias, nunca más tocaré tus platos. No lo vuelvas a hacer”.

“¿Cómo había adivinado mi estratagema? Nunca volví a cometer ese error. Las palabras de Bhagaván tienen tanta fuerza que una sola es suficiente para transformarte totalmente. ¡Él no es sólo la Fuente de la Compasión, es también el Señor de la Fuerza!”.

\*

\*      \*

Nadie ignoraba que la cabeza de Ramana oscilaba continuamente y que sin su bastón no podía caminar, ni mantenerse en pie. Esto no eran síntomas de vejez. Sri Kunju Swami decía que eso se remontaba al principio. ¡Era la marca dejada por la formidable experiencia de *atmanubhuti*<sup>47</sup> en Madurai! Cuando se le preguntaba sobre eso, Sri Bhagaván decía: “*¿Según usted, qué le sucedería a una pequeña cabaña en la que se encontrara encadenado un elefante? ¿No sería sacudida de abajo arriba? Esto es también lo que pasa en este caso*”.

\*

\*      \*

Vilacheri Ranga Iyer era un compañero de clase de Bhagaván, uno de los raros individuos cuya vida fue transformada por la intervención de Bhagaván. Este último lo mantuvo cerca de él durante largos meses y no le daba nun-

---

<sup>46</sup> *Puri*: pan plano típico del norte de India, elaborado con harina de trigo, agua y sal y frito en aceite o en ghi.

<sup>47</sup> *Atmanubhuti*: la experiencia del Sí Mismo.

ca permiso para irse, a pesar de sus repetidas peticiones (Su historia es contada por A. Devaraja Mudaliar, *My recollections*, págs. 103-104). Cuando Bhagaván lo dejó volver a su casa, la mayoría de sus problemas estaban solucionados.

Su hija, bautizada Alagammal por Bhagaván, me contó esta anécdota interesante que conocía de su padre: “Cuando Ranga Iyer encontró a Bhagaván en la colina la primera vez, le preguntó:

- “¡Bueno, Bhagaván! El día anterior de tu partida a Arunachala, pasamos la tarde juntos jugando al fútbol. Estabas totalmente normal. ¿Cómo es que no me lo dijiste, a mí, un amigo tan íntimo?

- *Ranga, dijo Bhagaván sonriendo, ¿acaso preparé este viaje en condiciones normales, preparando maletas, etc.? Fue una gran fuerza la que me impulsó hacia Arunachala y me condujo hasta aquí. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?”.*

\*

\*      \*

Sri Viswanathan Swami tiene un lugar especial entre los fieles de Bhagaván. Buscó refugio en él cuando solo era un estudiante de instituto. Bhagaván le ofreció un techo y asumió igualmente la responsabilidad de su progresión espiritual. Quizás nadie más tuvo el beneficio de tal gracia. El muchacho había huido de la casa familiar y desde que llegó al Ashram, Bhagaván le prodigó amor, gracia y protección. Indicaba al joven Viswanathan los lugares y los periodos específicos para sus prácticas espirituales. Bhagaván iba a veces a verlo y le animaba en su *sâdhana*.

“Mi reconocimiento a Bhagaván será eterno por haberme abierto a este modo de vida, por haberme iniciado en él”, me dijo un día Sri Swami. Los viejos discípulos, que vivían en el Ashram, hablan del afecto maternal que Bha-

gaván prodigaba entonces a Viswanathan. A cambio, éste le ofrecía un abandono sin reservas; por otro lado, realizó un gran trabajo interpretando las enseñanzas de Bhagaván, traduciendo las “Conversaciones”, y guiando personalmente a los buscadores.

Tuve el privilegio de su preciosa compañía durante numerosos años, en particular cuando se convirtió en redactor jefe de nuestra revista. Un día me dijo:

- “Deseo comunicarte mi experiencia interior del Advaita; podrás sacar un provecho de ella”.

“Hay tanta confusión, turbulencias y miseria en la manifestación, pero todo eso pertenece al terreno mental, a esta mente ignorante que se escinde entre sujeto y objeto. Todas las experiencias de la vida son relativas, es decir, se refieren a aquél que las vive; y este último no es más que una sombra, no tiene en sí ninguna realidad. En cada ser, la realidad es la Existencia pura, que es Consciencia absoluta y no se divide en sujeto y objeto. Es lo único que cuenta. Si el ego y todas sus experiencias son consideradas como sombras efímeras, la Última Realidad, eternamente presente, se revela en toda su gloria. Si se está convencido de esta verdad, aunque solo sea intelectualmente, se obtendrá el desapego y la paz del espíritu”.

“Debemos, de vez en cuando, detenernos un momento, tomar distancia y experimentar esta Consciencia absoluta, inmutable e inmaculada, que solo ES, a pesar de la manifestación de experiencias infinitamente diversas. Grandes seres como Buda, Shankâra y Ramana dan testimonio de esta Realidad que es nuestro mismo ser. La existencia de estos Pilares de Luz nos recuerda esta Realidad y nos trae la Paz que supera el entendimiento. El espíritu finito debe de consagrarse a la Realidad infinita, fundido en Ella”.

\*

\*

\*

Kitty, la hija de nuestro respetado Arthur Osborne, venía a Arunachala con sus hijas prácticamente cada Navidad. Un día le pedí que me contara algunos recuerdos de Ramana. Esto es lo que me contó:

“En nuestra niñez, nuestra actitud con Bhagaván quizás fuera un poco diferente a la de los adultos. Sabíamos claramente que era Dios y lo maravilloso que era estar cerca de él. Pero aceptábamos eso naturalmente, sin el temor sagrado que incluso los niños pueden a veces tener.

Una mujer de la India del Norte llegó un día a Tiruvannamalai; en aquella época todos los “extranjeros”, que vinieran de la India del Norte o de Noruega, eran enviados a nuestra casa. Tenía unos diez años y no era una niña particularmente sensible; sin embargo, me costaba soportar su presencia, porque ella estaba nerviosa, tensa y malhumorada; me sentía muy incómoda.

Ella, a pesar de la oposición de sus padres, se había casado con un hombre que amaba mucho, pero que pertenecía a una casta muy diferente. Ellos fueron a pasar la luna de miel a orillas del mar; desgraciadamente, después de una semana idílica, fue muerto por un tiburón en su presencia. Esto hacía dos años que había ocurrido; inconsolable, recorrió la India para visitar Ashrams y encontrar santos. Tenía una lista de preguntas que planteaba allí donde iba; todas se referían más o menos a esto: ¿Si hay un Dios justo, por qué esto es posible? Era una mujer agriada y agresiva y me quedé sorprendida cuando mi madre me pidió llevarla ante Bhagaván. Me mantuve en silencio mientras me seguía y después de enseñarle el *Hall*, me fui a jugar. Un poco más tarde, me di cuenta de que era la hora de almorzar y a disgusto fui a buscarla para llevarla de vuelta a casa.

Nunca, nunca olvidaré el cambio que se había producido en ella, en el espacio de una hora. Estaba tan intrigada y tan impresionada, que me quedé por allí esperando impa-



cientemente, que mi madre le preguntase lo que Bhagaván le había dicho. Debían ser palabras de una profunda sabiduría y de un poder considerable para que hubieran tenido tal efecto. Cuando mi madre finalmente le preguntó sobre ello, ella respondió que después de sentarse en el *Hall*, Bhagaván simplemente le había mirado – simplemente mirado – con una compasión infinita; desde ese instante, sus preguntas le habían parecido sin importancia. ¡La paz la había invadido sin que se hubiera pronunciado ni una palabra!”.

\*

\*       \*

Sri Krishnaswami tuvo el privilegio de estar al servicio personal de Bhagaván más de doce años. Contó la siguiente anécdota, que muestra la excepcional compasión de Bhagaván con los animales:

“Durante todo el periodo en que vivió en la colina, los monos fueron sus compañeros. Compartía todo el alimento mendigado con todos los que se encontraban allí, incluidos los monos. Cada uno recibía la misma cantidad. Después de haber comido, los monos expresaban su satisfacción con un gran escándalo. Cuando Bhagaván vino a alojarse en el Ashram actual, los monos continuaron visitándolo. Se instalaron en el bosquecillo del Ashram, donde se les daba de comer.

¡Un día, los monos causaron graves daños y robaron a los visitantes las ofrendas que destinaban para Bhagaván! La gente se quejó al director del Ashram, quien pidió enseguida a Krihnsawami que no alimentara más a los monos. Aquel día, un mono vino a sentarse en el borde de la ventana, con la esperanza de recibir su “*prasad*” habitual. Krishnaswami informó a Bhagaván de las órdenes dadas por el director, después de la intolerable conducta de los monos.

Bhagaván dijo con una profunda emoción: “Cuando están desbordantes de alegría, a veces los monos se vuelven

imposibles de aguantar; arrancan las ramas y las hojas de los árboles y hacen rabiar a los visitantes. No hay que considerar eso como un perjuicio y privarlos de lo que es de ellos. Ellos han nacido aquí, somos nosotros los extranjeros, no tenemos derecho de echarlos”. Bhagaván estaba tan emocionado que no se podía controlar. Su aflicción por los animales tocó profundamente a Krishnaswami, que desobedeció las órdenes oficiales y dio algunos plátanos a los monos que estaban esperando. Entonces, ¡el rostro de Bhagaván se iluminó con una sonrisa!”.

\*

\*      \*

Madame Roda Mclver, una anciana discípula, me contó un día las siguientes anécdotas:

“Kamalrani, que observaba el silencio, un día puso ante Bhagaván un largo mensaje, cuidadosamente escrito en grandes hojas de papel. ¿Esto es observar el silencio?, dijo Bhagaván y le devolvió los papeles sin leerlos. Según Bhagaván, el verdadero silencio es el de la mente, no solamente el de la lengua. Me acuerdo de su comentario cuando le dijeron que cierto *sadhu* había escrito más de cincuenta libros durante sus años de silencio: “Sí, sí. ¡Que silencio tan perfecto!”.

“Un visitante, acompañado de un amigo, dijo a Bhagaván: “Mi amigo ha tomado como gurú a un hombre que ni siquiera es un *sadhu*. Lo he traído aquí para que renuncie a su gurú y que le siga a usted. Bhagaván, haga que así sea”.

“Bhagaván respondió con un tono severo: “¿*Quién es usted para decirle cual es el gurú que le conviene? ¿Con qué poder puede usted decidir lo que un hombre es realmente? y ¿está seguro de que el gurú es tan importante? Si usted adora a una piedra con mucha devoción, para usted ella se convertirá en Dios*”.

\*

\* \*

Alagammal, hija de Velacheri Ranga Iyer (compañero de clase de Bhagaván) me contó las siguientes anécdotas sobre su madre Chellamma.

“Mi madre, en una de sus visitas al Ashram, dijo a Bhagaván que sus dos hijas tenían edad de casarse y que tenía dificultades para encontrarles esposo. Bhagaván, en su compasión, copió dos versos en tamil, uno en honor del Señor Ganesha (o Ganapati), el otro en honor del Señor Subrahmanya. Le dio este texto a mi madre y le pidió recitarlo regularmente. Al cabo de algún tiempo, mis dos hermanas se casaron felizmente. ¡Lo más notable es que los maridos se llamaban respectivamente Ganapati Iyer y (Shiva) Subrahmanya Iyer!

Una tarde, mi madre y otra joven estaban sentadas delante de Bhagaván. Amenazaba con llover y mi madre pensó que si quería volver a casa sin mojarse, era preciso marcharse enseguida. Pero para eso tenía que obtener el permiso de Bhagaván. Ese día, algo extraño en él, le pidió que cantara. Cuando el canto acabó, le pidió otro. Se puso a llover a raudales; la secuencia de canto continuó. Cuando finalmente Bhagaván le dijo que podía marchar, la lluvia había parado. En cuanto llegó a su pueblo y entró en el umbral de su casa, una nueva tormenta comenzó y la lluvia continuó toda la noche. A la mañana siguiente, cuando mi madre volvió junto a Bhagaván, él le preguntó sonriendo: ¡Chellamma! ¿No te mojaste, no? ¡No querías que te pillara la lluvia! Mi madre se preguntaba cómo podía saber eso y se maravilló de cómo protegía a sus fieles, incluso en las pequeñas cosas”.

\*

\* \*

“¡Debes de ser capaz de utilizar el mismo polvo y, paralelamente, debes estar dispuesto a considerar al universo entero como polvo!”. Estas fueron las poderosas palabras dirigidas por Sri Bhagaván a Sri Viswanatha Swami, cuando cortaban juntos las verduras. Bhagaván se preocupaba de no desperdiciar ni un pequeño trozo de verdura; recogía los restos de las berenjenas y las utilizaba para preparar otros platos. Molía los tallos de las espinacas y utilizaba el jugo para hacer *rassam*. No le gustaba el despilfarro. El papel también era cuidadosamente guardado. Bhagaván clasificaba las hojas por tamaño y las juntaba para hacer cuadernillos. Con el ejemplo enseñaba la economía y a no despilfarrar, no solo en lo que concierne a las cosas materiales, sino también a las palabras escritas y pronunciadas. ¡Qué cosas expresaba en algunas palabras!

\*

\*      \*

Sri Prabhakar era un puro racionalista y no quería escuchar hablar de espiritualidad. Conocía la existencia de Bhagaván y había visto sus fotos, pero no le interesaba. Sin embargo, su vida cambió de repente. Tuvo un sueño en el que su jefe le señalaba con el dedo a Bhagaván y le preguntaba si lo conocía. Su respuesta fue negativa, él le dijo que era Bhagaván Sri Ramana Maharshi, y que debía ir a Arunachala para recibir su *darshan*. Prabhakar respondió altivamente que no sentía ninguna necesidad de eso y que de todas formas no tenía el dinero necesario para el viaje. Su jefe le propuso darle la suma necesaria. “Necesitaré sesenta rupias” dijo Prabhakar. En ese momento se despertó.

No se decidía a contar este sueño a su jefe, pero se lo contó a uno de sus amigos más íntimos. Este le persuadió de decírselo a su jefe. Un día, Prabhakar reunió todo su valor y contó el sueño a su jefe, omitiendo sin embargo la última parte, la cuestión del dinero. El jefe no quedó impresionado

y simplemente le dijo: “Trabaja duro y así podrás ahorrar el dinero necesario para ir a ver a Bhagaván”. Pero mientras Prabhakar se disponía a irse, su patrón tuvo un brusco cambio: “¿Tienes realmente deseo profundo de ir a ver a Bhagaván?”, le preguntó. Como Prabhakar respondió afirmativamente, el jefe le preguntó cuánto dinero necesitaba. ¡Sin darle tiempo a responder, le hizo un cheque de sesenta rupias y se lo dio! Al recibir exactamente la suma indicada en el sueño, Prabhakar comprendió que todo eso era obra de Bhagaván y marchó enseguida para Tiruvannamalai.

¡Lo más extraordinario es que Bhagaván miró intencionalmente la entrada del *Hall*, como si esperase la llegada de alguien y en cuanto Prabhakar entró, le dirigió una gran sonrisa y una señal con la cabeza como bienvenida! Por primera vez en su vida, Prabhakar se prosternó con todo su cuerpo delante de un gran ser.

“¿Me ha llamado usted?, le preguntó a Bhagaván. Este hizo un signo afirmativo con la cabeza. Prabhakar hizo dos veces su pregunta y cada vez Bhagaván hizo un signo afirmativo con su cabeza. Durante su estancia, hizo preguntas a Bhagaván, a las cuales éste siempre respondía. Un día, Bhagaván le dijo: “*Usted dice, “Yo soy Prabhakar”*; ¿Quién es este Prabhakar? ¿Por qué acepta la idea de ser Prabhakar? Sus padres le han dado ese nombre; como racionalista, ¿por qué debe de aceptarlo? ¿Quién es este Prabhakar? Utilice sus facultades de razonamiento y busque saber quién es usted realmente. Entonces, este Prabhakar, que tiene esta forma y este nombre particular, dejará de existir y solo brillará el ser verdadero. El pensamiento erróneo de que usted es el que tiene todos estos problemas desaparecerá de una vez por todas”.

Más tarde, Prabhakar compuso un poema en sánscrito, que comenzaba con estos versos: “Mi profunda devoción hacia ti, oh Bhagaván, no se debe a la excelencia de mi facultad de razonamiento, ni a mi madurez espiritual, sino

únicamente a la luz que tú me has prodigado con tanta abundancia!”.

\*

\*      \*

Las siguientes anécdotas las aportó Sri Shivaraman, el hermano pequeño de Viswanatha Swami.

“Mi primera visita a Arunachala (en esa época, la ciudad tenía el mismo nombre de Arunachala) fue en 1923, entonces solo tenía nueve años; acompañaba a mis padres que intentaban vanamente llevarse a casa a mi hermano Visvan-na (Sri Viswanatha Swami). Por el día íbamos al Ashram y por la noche dormíamos en la ciudad.

Un día, Bhagaván me entregó un plato en el que había mangos cortados a trozos; me pidió distribuir una parte a cada uno de las dos docenas de personas que se encontraban allí. Cuando acabé, me preguntó:

- “¿Le has dado a todo el mundo?

- Sí, dije meneando la cabeza”.

Con ternura, Sri Bhagaván señaló a alguien sentado detrás de un pilar. “¡Te has olvidado de él!”. Reparé mi olvido, observando cómo Bhagaván se preocupaba de que todos recibieran una parte igual”.

Durante esa misma estancia, Sri Bhagaván me pidió que le contase una historia sacada del folklore occidental. Escuchaba como un niño pequeño, con avidez, profundamente fascinado. ¡Solo un *jñâni* puede transformarse en niño instantáneamente y mantenerse firmemente anclado en su estado de sabiduría!

“En 1943, fui a ver a Bhagaván en compañía de mi mujer y de nuestro bebé de un año y medio de edad. Recibimos el permiso para ir a Skandashram. Apenas habíamos subido 100 metros, cuando un servidor de Bhagaván vino a nosotros. Nos dio un paquete que contenía fruta, azúcar y

golosinas. Sin darnos tiempo a expresar nuestra sorpresa y gratitud, nos dijo las palabras de Bhagaván: ¿Qué harán si el niño tiene hambre y se pone a llorar? Es mejor llevarles estas golosinas”. ¡Qué compasión! Ese día, Sri Ramana me pareció una verdadera madre”.

\*

\*       \*

Sri Sivananda Swami, un servidor de Bhagaván, me contó esta historia que ilustra la profunda compasión de este último. “Una mañana, sobre las 10 horas, Bhagaván se acercó al pozo que había detrás del *Hall*. Oyó un ruido particular que venía del pozo, como el de un pájaro o un insecto grande que batía las alas. Se detuvo y miró dentro del pozo. Había en el agua un gran insecto que forcejeaba. “Mira si se está divirtiendo o bien ahogándose, me dijo; en el primer caso, déjalo tranquilo, en el segundo caso, sácalo deprisa del agua”. ¡Viendo que el insecto se estaba ahogando, le ayudé a salir con un bastón y se fue volando felizmente!”.

\*

\*       \*

Recientemente he tenido el privilegio de compartir algunos recuerdos con Sri Balarama Reddy, uno de los más antiguos discípulos de Bhagaván. El me dijo: “Bhagaván nunca caía en discusiones filosóficas estériles. Si la gente era sincera, respondía a sus preguntas y los ayudaba en función de sus facultades de comprensión. Pero si venían simplemente por el placer de discutir, les interrumpía enseguida. Un día, un *sannyâsi* culto de la India del Norte se puso a preguntar en inglés. Al principio, Bhagaván le respondió pacientemente, pero enseguida se vio que el *sannyâsi* no quería más que ostentar su saber “superior”. “Muy bien, dijo finalmente Bhagaván, voy a darle un certificado declarando que usted me ha ganado durante un debate metafísico ¿Está satisfecho?”.

Bhagaván no tenía ningún deseo de entablar un debate o de probar nada. Si la gente no estaba dispuesta a aceptar su enseñanza, no intentaba nunca imponer su punto de vista. Les dejaba libres de creer lo que quisieran creer.

“Bhagaván no era un filósofo, era un visionario; hablaba desde la experiencia directa y no desde un simple punto de vista intelectual. Hablaba en función de las necesidades y de las capacidades de su interlocutor y no refiriéndose a un sistema tradicional dado. En la Bhagavad Gita (cap. 3, v. 3), Sri Krishna habla del doble camino, *Jnâna Yoga* y *Karma Yoga*. Los eruditos le planteaban a menudo la cuestión de saber por qué Krishna no menciona en él la *Bhakti*. Algunos dicen que *Bhakti* se sitúa entre *Jnâna* y *Karma*. Cuando le pregunté a Bhagaván sobre ello, me respondió que *Bhakti* no era una vía separada, formaba parte a la vez del *Jnâna Yoga* y del *Karma Yoga*. Sin *Bhakti* no puede haber ni *Jnâna*, ni *Karma*. Ved la diferencia entre la respuesta de Bhagaván y la de los eruditos”.

\*

\*      \*

Sri Kunju Swami me dijo un día: “Todo el mundo sabe que Bhagaván insistía sobre la práctica del *Atma Vichara*. “La investigación interior, escribió él, es fácil; es la vía más fácil, es mucho más fácil que las otras vías”. Y sin embargo nunca pidió a un discípulo seguir este método. Si hubiera ordenado a sus discípulos practicar *Atma Vichara*, lo hubieran obedecido ciegamente.

“Yogui Ramaiah estuvo muy próximo a Bhagaván durante numerosos años. Practicaba *Hatha Yoga* y nunca que se sepa, Bhagaván le dijo que practicara *Atma Vichara* en lugar del *pranayama* y del *Hatha Yoga*”.

“Thambiram Swami era un Sivaita Vira. A mediodía, recogía flores en el jardín, después hacía un *puja* a la orilla del estanque de Pallakotthu; con las flores formaba un *linga*



y celebraba un ritual. Cada día Bhagaván observaba la escena, pero nunca le dijo: ¿Por qué pierdes tu tiempo de esa manera? Sería mejor que practicaras *Atma Vichara*".

"Bhagaván nunca preguntaba, ni siquiera a sus discípulos más próximos, si meditaban o practicaban la investigación interior. ¡Su enseñanza era la más elevada de todas, pero éramos completamente libres de practicarla o no! ¡Que ecuanimidad!

"Totalmente desapegado, Bhagaván nunca era afectado por nada. Cuando Nayana se fue definitivamente, no le dijo: "¿Por qué te vas? Quédate aquí". Muruganar, otro gran discípulo, tenía la costumbre de ir a mendigar su alimento, mientras que el Ashram distribuía comida a centenares de personas. Nunca Bhagaván le preguntó por qué se esforzaba tanto en lugar de comer en el Ashram.

Un día, Niranjananda Swami, el hermano de Bhagaván, fue levantado del suelo y llevado por un grupo de gente que amenazaba con matarlo. Bhagaván permaneció absolutamente imperturbable. Ni siquiera volvió la cabeza de ese lado. Por la noche, cuando Niranjananda volvió sano y salvo y se sentó delante de Bhagaván, ni siquiera le prestó atención. Seguro, que aquel día, Niranjananda Swami se salvó por la gracia de Bhagaván. ¡Pero eso es otra historia!

\*

\*      \*

Sri Balarama Reddy me contó esta anécdota para mostrarme que Bhagaván toleraba todo excepto la intolerancia. "Entre sus discípulos, dijo, había dos grupos, los *Shaktadvaitines*<sup>48</sup>; y los puros *Advaitines*; pero Bhagaván era imparcial y no se pronunciaba ni en contra, ni a favor. Un día, en el antiguo *Hall*, casi vacío a esa hora (14h), Jagadishwara

---

<sup>48</sup> *Shaktadvaitines*: monista adorador de la Shakti (Energía divina). *Advaitines*: seguidores de la no-dualidad.

Sastri preguntó a Bhagaván: “¿Discutimos entre nosotros para saber cuál es la mejor interpretación de sus enseñanzas, *Shaktadvaita* o puro *Advaita*? ¿Por qué Bhagaván no nos lo dice él mismo?”. Bhagaván se mantuvo en silencio y al cabo de algunos minutos me vinieron espontáneamente estas palabras: “¡Por eso se te llama Bhagaván!” al escuchar eso, Bhagaván sonrió un poco. Hay que acordarse de que Bhagaván enseñaba siempre en función de las necesidades y de las capacidades del individuo. Él mismo decía que no enseñaba una doctrina en particular, sino que animaba a cada uno a progresar en el camino que había elegido, practicando paralelamente *Atma Vichara*”.

\*

\*      \*

La señora Roda McIver me contó la siguiente historia:

“Un día, al regresar de Bombay, traje para Bhagaván costosos artículos de papelería. Un discípulo me preguntó por qué había hecho tanto gasto.

- Pensé que estas cosas os serían de utilidad. ¿Podía ofrecer artículos baratos?”.

Bhagaván intervino:

- “Pero para qué traer algo, ya tengo todo lo que necesito”.

“Me sentía muy decepcionada y pensé que lo que Bhagaván verdaderamente necesitaba era una bonita cajita de plata para poner las nueces que reservaba para sus amigas ardillas y pájaros. La que tenía era de estaño, vieja y fea. Apenas había atravesado ese pensamiento por mi cabeza, alguien trajo una caja de plata, igual que la que había imaginado y se la ofreció a Bhagaván. El ni siquiera la tocó.

“¿Cómo?, se extrañó, ¿una caja de plata? No, se lo ruego, llévesela. ¡Ved esto, una caja de plata! ¿Qué voy a hacer con una caja de plata?”.

“Al mismo tiempo que decía esto, me miraba como diciéndome: “Esto también le habría pasado a su caja de plata!” Bhagaván vivía en la sencillez; no le gustaba el lujo y la pompa. Fue una buena lección para todos nosotros”.

“En aquella época, los monos eran una verdadera plaga. Pillaban los productos comestibles y todo lo que traían los discípulos. Cuando nos quejábamos a Bhagaván, decía: “Hace solo unos años esto era la jungla, la morada de los monos. Nosotros llegamos, desbrozamos el terreno, construimos casas y expulsamos a los monos. ¿Quién comete la infracción ellos o nosotros? Si causan alguna molestia, ¿no podemos soportarla sin quejarnos? Bhagaván adoraba a los monos. Si un servidor les golpeaba porque habían robado las nueces, Bhagaván lo reprendía: *“Es a mí a quien golpeas, decía, y no a los monos. Soy yo quien siente el dolor”*.”

\*

\*      \*

Sri Narayana Guru era un gran *jnâni* que vivió en Kerala hasta 1929. Era más conocido como un reformador social que como *jnâni*. Grandes hombres como Mahatma Gandhi, Rabindranath Tagore y C. F. Andrews tenían la costumbre de visitarlo. Muchos de sus discípulos eran admiradores de Bhagaván. Uno de ellos, Govindananda Giri, venía a ver a Bhagaván con bastante regularidad y efectuaba prolongadas estancias cerca de él. Un día sugirió a Narayana Guru ir a ver al Maharshi y Narayana Guru aceptó.

Al día siguiente de su llegada, hacia las diez de la mañana, llegó a Skandashram acompañado de sus discípulos. Bhagaván no prestó ninguna atención particular a los visitantes. ¡No dijo ni una palabra! Pero de él emanaba un gozo beatífico que todo el mundo compartía. El gurú quedó muy impresionado. Cuando llegó la hora de la comida, Bhagaván dijo a los discípulos del Guru que lo llamaran. Ellos humildemente le rogaron a Bhagaván que tuviera la bondad

de invitarlo él mismo. Bhagaván salió y aproximándose al lugar donde estaba sentado Narayana Guru le dijo:

- “¿Quiere usted unirse a nosotros para desayunar?”

- ¡Pues claro! Respondió Narayana Guru, compartiremos el *prasad* de Maharshi”.

Y fue a sentarse cerca de Bhagaván.

Después de la comida, Bhagaván, como era su costumbre, se fue a pasear a la montaña. A su vuelta, Narayana Guru le ofreció cinco versos en sánscrito que acababa de componer y dijo: “Quieren llevarme al monasterio de En-sanya. Debo irme”. Bhagaván asintió con un gesto de la cabeza. Narayana Guru se levantó y durante algunos instantes miró a Bhagaván directamente a los ojos. Después dijo: “Que eso sea así”, lo cual significaba “Que yo también pueda establecerme en el estado de *sahaja*”.

El grupo descendió la colina. Al llegar a la ciudad, Narayana Guru dijo a sus discípulos: “Maharshi es una cobra real. Su estado espiritual es tan extraordinario que una sola mirada suya es suficiente para otorgar la salvación. Actualmente aún es desconocido; es necesario hacer que el mundo lo conozca para que su tesoro espiritual llegue al mayor número posible de personas. ¡Bodhananda! Vas a pasar seis meses aquí y tomarás todas las disposiciones necesarias para acoger a los peregrinos, para que cada día miles de personas puedan encontrarse con el Maharshi y obtener beneficios espirituales. Los que están actualmente a su alrededor no son más que “*annakavadis*” (portadores de alimentos); es preciso atraer hacia él grandes eruditos y buscadores espirituales muy motivados”.

Palani Swami, que también se encontraba allí, quedó profundamente herido por la última observación de Narayana Guru sobre los portadores de alimento. Cuando le contó las palabras del Gurú a Bhagavan, éste respondió: ¿Por qué no le has dicho nada, cuando te trataba de *annakavadi*?

Deberías haberle replicado así: “¿Por qué mira usted el “ka-vadi”, el vestido exterior? Mire en el interior, en el *Sat*”.

Cuando Narayana Guru cayó enfermo, Bhagaván pidió a Kunju Swami que fuera a verlo. Este permaneció hasta la *maha samâdhi* del Gurú. A su vuelta, Bhagaván rindió homenaje a Narayana Guru, con mucha compasión: “Narayana Guru era un ser plenamente desarrollado, dijo. Estaba inmerso en ciertas circunstancias, que le obligaban a actuar como lo hacía. Pero, sabía todo, era un *Purna*<sup>49</sup>”.

\*

\*      \*

Sri T. K. Sundaresa Iyer, que Bhagaván llamaba afectuosamente “Sundaresa” o “Sundaram”, estaba la mayor parte del tiempo en la oficina del Ashram ocupándose de la correspondencia. Era una bendición, pues debía mostrar las cartas a Bhagaván y obtener sus indicaciones para responder. Sri T. K. S. me contó la siguiente historia:

“Harry Dickman era un fiel discípulo de Bhagaván que vivía en Inglaterra y estaba impregnado de las enseñanzas de Bhagaván. Le escribió para pedirle una explicación del término *Hridayam*<sup>50</sup>. Esto es lo esencial de la respuesta aprobada por Bhagaván y enviada a Harry Dickman:

“Igual que existe un centro cósmico de donde nace todo el universo y desde donde la energía creadora anima este universo, de igual forma existe un centro en el interior del cuerpo físico, que es nuestro origen y no se diferencia en absoluto del centro cósmico. Se le llama *Hridaya*; es la sede de la Consciencia Pura, que es Existencia, Conocimiento y Beatitud. Es verdaderamente el trono de Dios en nosotros. Este *Hridaya*, diferente del corazón físico, se sitúa en el lado derecho y, en general, permanece imperceptible. El pensa-

---

<sup>49</sup> *Purna*: Ser completo, entero.

<sup>50</sup> *Hridayam*: corazón espiritual.

miento primordial en nosotros, que se manifiesta por la noción de “Yo”, se acaba allí donde mueren todos los pensamientos o donde desaparece el ego; y este lugar es el *Hridaya*, el centro de la Consciencia Pura. El está en relación con el cuerpo físico, pero no es nada físico.

“Se alcanza este centro gracias a la meditación. La Consciencia se eleva del *Hridaya* hasta el *sahasrara*<sup>51</sup> a través de la *sushumna*<sup>52</sup> y, de allí, se reparte por todas las partes del cuerpo utilizando los diversos *nadis*<sup>53</sup>. Es así como uno se vuelve consciente de los objetos que nos rodean. El hombre sufre porque cree en la realidad de estos objetos ilusorios y se aleja de su propio Sí Mismo. Si alcanzamos nuestro centro, el *Hridaya*, a través de la meditación o del *Vichara*, somos nuestro verdadero Sí Mismo y gozamos de una felicidad absoluta.

Mientras que remontamos hacia nuestra fuente, cuando todos los pensamientos han desaparecido, se produce una pulsación del lado derecho, que proviene de *Hridaya* y que toma la forma de “*Aham, Aham*”, “Yo, Yo”. Es el signo de que la Consciencia Pura comienza a revelarse. Pero eso no es aún el destino final. Observad de donde emana esta pulsación (*sphurana*) y esperad pacientemente, con una atención sostenida, a que el Sí Mismo se revele. Entonces os volveréis conscientes de que todo es uno. Cuando se tranquiliza la respiración, los pensamientos se apaciguan, después se interiorizan y se funden en un punto. La observación de este punto donde los pensamientos desaparecen, permite fundirse en el *Hridaya*”.

\*

\*      \*

---

<sup>51</sup> *Sahasrara*: centro espiritual también llamado de la corona, que se ubica en la coronilla.

<sup>52</sup> *Sushumna*: nadi o canal energético principal y central que une en línea recta el centro espiritual raíz (*muladhara*) con el *sahasrara*.

<sup>53</sup> *Nadis*: Canales energéticos.

La señora Subbulakshmi, esposa del Dr. M. R. Krishnamurti Iyer, me contó el siguiente episodio:

“Un día mi hermano tenía un absceso en el cuello y tuvo que irse a la cama. En aquella época, era una enfermedad casi mortal. El médico del pueblo, el Dr. Lakshmanan, había perdido toda esperanza y llamó a mi marido para que le ayudara. Éste conocía la gravedad de tal enfermedad y fue directamente a ver a Bhagaván.

- “Mi cuñado sufre un absceso”, le dijo. Voy al pueblo para cuidarlo. He venido a buscar las bendiciones de Bhagaván.

- Sí, sí, ves, respondió Bhagaván”.

Cuando mi marido llegó al pueblo, hacía más de dos semanas que tenía la enfermedad y mi hermano sufría atrozmente. Dirigiendo una oración a Bhagaván, mi marido tocó la parte enferma para examinarla. Inmediatamente el absceso se abrió, ¡para el asombro del Dr. Lakshmanan y de otros! Todo el mundo creía que era un milagro. Solo mi marido conocía el secreto: ¡la gracia de Bhagaván había salvado a mi hermano!”.

\*

\*      \*

Shankarammal, en vida de Bhagaván, trabajaba en la cocina. Era una persona seria y habilidosa; durante su trabajo, estaba absorta en ella misma y no hablaba con nadie. Yo le pregunté el secreto de su perfecto equilibrio y esto es lo que me reveló:

“Antes de encontrar a Bhagaván, estaba fascinada por textos advaitines como el *Yoga Vashisthâ*, *Kaivalaya Navanita*, etc. Tenía una idea del objetivo de mi vida y en consecuencia, teóricamente, estaba bien equipada para la vida espiritual. Cuando tuve el *darshan* de Bhagaván, supe que había alcanzado la Meta, siendo Bhagaván mismo esta

Verdad Última, tan luminosamente descrita y glorificada en todas las Escrituras. La experiencia de esta paz interior trascendía todas las limitaciones sobreimpuestas por las fluctuaciones exteriores. La única cuestión que me planteaba, era si este estado de equilibrio al que ningún pensamiento turba representaba el objetivo final.

Un día, reuniendo todo mi valor, me aproxime a Bhagaván cuando se lavaba las manos después del desayuno. Estaba solo, a excepción de su servidor. Me prosterné delante de él y recité el siguiente verso del *Kaivalaya Navanita*: “¡Señor, tú eres la Realidad, que es mi Sí Mismo más profundo y que me dirige a lo largo de mis innumerables vidas. Gloria a ti que has revestido esta forma humana para concederme la salvación gracias a tu *Upadesa*. No sé cómo podría pagarte a cambio por tu gracia que me conduce a la liberación. ¡Gloria a Ti!”.

Comprendiendo su problema, Bhagaván confirmó que el estado de realización era esta cosa sencilla y espontánea y le dirigió una maravillosa mirada. “¡Sí, sí! Dijo él, y la respuesta figura en el verso siguiente: “Permanece así establecida en el Sí Mismo, desembarazada de los tres obstáculos (ignorancia, incerteza y conocimiento erróneo) que se oponen a tu experiencia, esta es la más bella recompensa que puedes ofrecerme”.

\*

\*      \*

“Rajkumari Prabhavati Raje ofreció un día a Bhagaván un par de sujeta-libros, pidiéndole que se los guardara y que no se los diera a nadie más. Junto a Bhagaván había un mueble giratorio en el que estaban colocados los libros y sobre el cual había amontonados otros libros. Prabhavati Raje insistió para que el sujeta-libros fuese utilizado en aquel lugar. Los años pasaron. Prabhavati se casó y marchó a vivir lejos de Bhagavan.



Ella vino a ofrecer su homenaje a su Maestro querido cuando vivía sus últimos días en el plano físico. Después de haber seguido la larga fila del *darshan*, se encontró delante de Bhagaván. Le concedió su compasiva mirada, después giró la cabeza hacia el interior de la habitación. Como ella no comprendía la significación de este gesto, él hizo el esfuerzo de levantar su mano derecha (la izquierda estaba inutilizada por su tumor canceroso) y la extendió hacia la estantería de los libros. Los sujetas-libros, que ella le había ofrecido hacía tantos años, se encontraban allí y estaban muy bien utilizados. Ella estaba profundamente conmovida. ¡El Maestro satisfacía los más humildes deseos del discípulo! La anécdota tiene más valor si se piensa en el estado crítico de Bhagaván y en el esfuerzo que le debió costar señalar con el dedo los sujetos-libros. Prabhavati estalló en sollozos y Bhagaván le prodigó sus bendiciones mirándola largamente.

\*

\*      \*

“Todos los que viven en el Ashram o que vienen a Arunachala deben recordar constantemente las palabras de Bhagaván sobre Arunachala. Volviendo su mirada hacia la Montaña Sagrada, él dijo un día:

*“¿Qué pensáis que es? ¿Una simple colina de piedras? No, Arunachala es el mismo Sí Mismo. Es su forma llena de gracia. En uno de sus himnos, Jnanasambandar, el niño santo, describe admirablemente lo que es la forma real (swarupa) de Arunachala: la “manifestación del océano de Conocimiento (Jnâna)”. ¡Es la descripción más exacta de esta Montaña de Sabiduría!”.*

El amor de Bhagaván por la Montaña no era simplemente verbal y poético; él lo expresaba en hechos, realizando regularmente la *pradakshina* y ¡recomendaba también esta práctica a los demás!

Cuando Bhagaván vivía en la colina y al principio de Sri Ramanashramam, había una costumbre según la cual

toda persona que ofrecía un banquete (*biksha*) al Ashram, recibía el privilegio de efectuar la vuelta a la colina en compañía de Bhagaván. ¡Y es por eso por lo que, a veces, Bhagaván debía hacerla tres días seguidos o incluso más! Además la *pradakshina* tenía lugar esencialmente durante la noche; y como Bhagaván no dormía nunca durante el día, los tres días de *pradakshina* significaba que no reposaba durante tres días y tres noches. A veces ocurría que un donante, ignorando que Bhagavan ya había hecho la vuelta a la colina los tres días anteriores, venía a ofrecer *biksha*. Bhagaván impedía que los ashramitas le informasen de ello. “¡Pobre hombre! Decía él, ha recorrido todo el trayecto para hacer *giri pradakshina* conmigo. Es por eso por lo que ha ofrecido *biksha*. Si le decís que he hecho la vuelta a la colina estos tres últimos días, es seguro que no querrá imponerme una nueva caminata esta noche. Pero, en su interior, estará decepcionado”.

Cuando se le preguntaba si pasar tres noches sin dormir no le cansaba, decía: “¿Qué es el sueño? Eso quiere decir reposar la mente. Pero es únicamente porque se posee una mente cuando se tiene necesidad de concederle un reposo. Permanecer despierto toda la noche, sin embargo, es malo para los ojos. Pero si se cierran los ojos y se permanece tranquilo durante algún tiempo, eso no plantea ningún problema”.

\*

\*      \*

He pedido a Ammani Ammal que me hable de su primera conversación con Bhagaván.

“Recibí el darshan de Bhagaván en los años treinta, cuando fui a visitarlo en compañía de mi madre. Después de eso, me fue imposible permanecer en casa y sin decir nada a mis padres, me fui al Ashram. Era muy joven en aquella época. Me prosterne ante Bhagaván diciéndole: “Swami, dadme *upadesam*”. Bhagaván hizo una bonita sonrisa y dijo: ¿Has traído un gran recipiente para llevarte la *upadesam*

contigo? ¡Extendió sus dos manos abiertas para simbolizar un gran recipiente! Permanecí de pie sin moverme. Entonces, durante quince largos minutos, Bhagaván me miró con una intensa compasión. Fui atravesada por olas de beatitud. ¡Qué maravilla! Esta fue la primera y la última vez que tuve esta experiencia.

Reuniendo todo mi valor, le pregunté: “¿Swami, puedo quedarme definitivamente aquí?”. Bhagaván respondió: “Yo no pido a nadie que venga aquí, que permanezca aquí o que se vaya. Las cosas suceden en función del destino de cada uno”. Yo ignoraba entonces lo que eso significaba; ahora, sé que esa mirada de Gracia me ha permitido permanecer cerca de él hasta el día de hoy”.

\*

\*      \*

Tapas Swami, así llamado por Sri Anandamayi, cuando le fue presentado, es un fiel discípulo de Bhagaván desde los años treinta. Respondiendo a mis repetidas peticiones, me ha enviado algunos de sus recuerdos:

“En 1930, una tarde, encontré a Bhagaván solo en el *Hall*. En aquella época, estaba disgustado con la vida, ya que debía hacer frente a numerosos problemas familiares. Además, se me había encargado de supervisar la renovación de un templo, lo cual era una tarea muy aburrida. Estaba deprimido y deseaba ardientemente renunciar al mundo para vivir en reclusión. Reuniendo valor, fui al encuentro de Bhagaván y le dije: “Bhagaván, para seguir una *sâdhana* espiritual, es preciso renunciar a los lazos de este mundo, ¿no es así?”. ¡Su respuesta fue un silencio de esfinge!

Un poco más tarde, abordé de nuevo el tema y dije: “¡Aun no he obtenido la bendición de una respuesta de Bhagaván! Bhagaván dijo con aire sombrío: “¿Qué entiendes tú por “renunciar” (a alguna cosa) y “adoptar” (otra cosa)? ¿Dónde se puede ir? ¿Qué se puede adoptar? Por

*todas partes no hay más que el Sí Mismo. ¿Quién va a renunciar a qué y quien va a irse a dónde?”.*

Pronunció estas palabras con tanta severidad que las consideré una reprimenda. Me fui y me puse a llorar. Un cuarto de hora más tarde, cuando me calmé un poco, volví a donde estaba Bhagaván. Este se volvió hacia Muruganar y dijo: “*¡Miradlo! Quiere dejarlo todo y escapar. ¿De dónde venimos para pensar en irnos a otro sitio? Lo que ES, existe siempre. ¿Dónde ir y quién se va?”.*

Después, bruscamente, el rostro de Bhagaván se llenó de amor y de compasión. Me miró con una tierna afección y me pidió con una voz dulce: “*¿Quién eres tú?, dime*”. De nuevo reuniendo mi valor dije: “Yo sé, Bhagaván, que no soy otro que el Sí Mismo”. Entonces, lleno de gracia, pronunció las siguientes palabras: “*Ahí está todo lo que debe de ser comprendido. Esta convicción intelectual es ahora athina jnanam (conocimiento sin firmeza). Después, permanecerás en thida jnanam (conocimiento firme). Es la Verdad Última: ¡Sé lo que tú ERES!*”.

\*

\*      \*

Sobre el tejado del antiguo *Hall*, las ardillas hacían sus nidos. Un día, cayeron ardillas recién nacidas sobre el diván de Bhagaván. Sus ojos aún estaban cerrados y cada bebé no medía más de tres centímetros; su piel era tierna y totalmente roja. Su madre no se ocupaba de ellas. ¿Qué se podía hacer? ¿Cómo alimentar y cuidar algo tan delicado?

Los bebés de ardilla estaban en la palma de la mano de Bhagaván. Su rostro brillaba de amor y de afección por ellos. Hizo traer trozos de algodón y les confeccionó una acogedora cama. Apretó con fuerza otro trozo de algodón, hizo que una extremidad fuese como una aguja afilada. Mojó esta punta en leche y lo introducía en las minúsculas boquitas. Bhagaván recomenzaba este acto de compasión a in-

tervalos regulares. Se ocupaba de las ardillitas con mucho amor y atención, hasta que crecieron y corrían por todas partes. ¡Pero no se fueron; simplemente jugaban alrededor de su “madre”!

\*

\*      \*

Durante uno de nuestros *satsangs* en la Colina, Sri Kunju Swami contó algunos episodios de la época en que Bhagaván vivía en la gruta de Virupaksha.

“Un día, Palani Swami y Perumal Swami se habían ido a la ciudad y Bhagaván permanecía solo en la gruta. Un pequeño grupo de *bairagis* (*sadhus* errantes) se presentó con aire feroz. “Venimos directamente de los Montes Vindhya<sup>54</sup>, donde hemos recibido el *darshan* del gran Siddha<sup>55</sup>. Él nos ha ordenado llevarte allí. Por tanto, vamos a conducirte hasta las Vindhya, según las órdenes del gran Siddha”. Bhagaván, como de costumbre, permaneció impassible. Pero los *bairagis* eran muy ruidosos. Algunos leñadores, testigos de la escena, descendieron a la ciudad y advirtieron a Perumal Swami. Este subió a la gruta, vio los *bairagis* y regresó a la ciudad. Volvió un poco más tarde con un gran recipiente y bidones de aceite; luego se puso a recoger madera y preparó un fuego. Bhagaván y los *bairagis* estaban muy extrañados de la conducta de Perumal Swami. Estos últimos le preguntaron qué era lo que estaba haciendo.

Perumal Swami puso el gran recipiente en el fuego y les dijo: “Soy del pueblo vecino. Esta noche he tenido una visión del gran Siddha de lo Vindhya. “Ves a la gruta de Virupaksha, me ha ordenado, allí encontrarás un grupo de *bairagis*, ellos también son Siddhas; poseen grandes poderes. Vierte sobre ellos aceite hirviendo y verás que no sien-

---

<sup>54</sup> *Montes Vindhya*: Es una cordillera de montañas y colinas viejas en el centro de la India.

<sup>55</sup> *Siddha*: ser que posee poderes sobrenaturales.

ten nada”. Obedeciendo al Siddha, he venido hasta esta gruta y para mi gran sorpresa, ¡os he encontrado aquí! Me he equivocado en dudar de las palabras sagradas del Siddha. Y rápidamente he vuelto a la ciudad y he traído este recipiente y bidones de aceite. ¿No tendría que sufrir la maldición del Siddha si lo desobedeciese? Cuando Perumal Swami entró en la gruta para dejar su ropa, ¡los *bairagis* se fueron lo más rápido que podían sus piernas! Bhagaván se echó a reír y Perumal Swami se unió a él”.

\*

\*      \*

Había un *sadhu* llamado Bhagavatar Swami que marchaba frecuentemente a la India del Norte. Allí, imitaba a Bhagaván, afirmaba que era Ramana Maharshi y recogía dinero. Un día, después de una larga ausencia, apareció de repente delante de Bhagaván, llevando una larga barba y una ropa extraña.

Vengo directamente de los Himalayas, le dijo a Bhagaván con un aire serio. He tenido un sueño en el que el Señor se me ha aparecido. “Vuelve enseguida a Arunachala, me ha ordenado. Mi hijo Ramana no hace nada; pierde el tiempo. Es preciso enseñarle algunas disciplinas espirituales. Para comenzar, inícialo en este mantra. Y me dio en secreto el mantra. Mañana vendré a iniciarte. Toma un baño y prepárate”.

A la mañana siguiente, Bhagavatar Swami comenzó las ceremonias. Después instó a Bhagaván a que fuese a recibir la iniciación al mantra. A éste le divertía más que enojarlo. Le dijo sonriendo: “El Señor que te ha dicho en sueños que me des la iniciación al mantra. ¡Si ese mismo Señor se me aparece en sueños y me ordena que acepte de ti esta iniciación, entonces nos veremos!”.

\*

\*      \*

La señora Roda McIver me contó esta extraña, pero emotiva historia. Durante los últimos días de Bhagaván, los discípulos le enviaban toda clase de medicamentos y éstos eran cuidadosamente guardados en la estantería. Un día, Bhagaván pidió que le trajeran una botella grande de cristal y ordenó vaciar todos los frasquitos en ella. Después de mezclarlos bien, anunció que tomaría por la mañana y por la tarde una cucharada de la mezcla. Nosotros teníamos miedo, pues algunos medicamentos eran muy tóxicos. “La gente me envía estos medicamentos porque me aman, dijo Bhagaván. ¡Para que estén contentos debo tomarlos todos!”. La extraordinaria mezcla contenía productos alopáticos, ayurvédicos y homeopáticos, plantas, sales bioquímicas, cenizas, polvos y venenos: ¡una mezcla mortal! Pero cuando le pedimos una cucharada para cada uno de nosotros, conforme a la regla que él mismo había fijado, Bhagaván reflexionó y renunció a beber esa mezcla.

\*

\*      \*

Sri Kunju Swami me contó la siguiente anécdota:

“En vida de Bhagaván, los buscadores serios vivían en Palakotthu. Entre ellos había un alemán que hacía una *sâdhana* intensa. Un día, el cartero llamó insistentemente a la puerta de acero de su cabaña, cosa que molestó a los vecinos. Todos acudimos, junto al cartero, a esperar la llegada de Bhagaván, que efectuaba su paseo cotidiano a través de Palakotthu. Preguntó por qué estábamos todos reunidos delante de la puerta del alemán. Le dijimos que había un telegrama para él y que no conseguíamos hacerle salir de su cabaña. “Es mi culpa, dijo Bhagaván riendo, se quejaba un día de que los ruidos exteriores le impedían hacer largas y profundas meditaciones. Conseguí cera de abeja y la mezclé con algodón para hacer tapones y se los pusiera en los oídos. ¡Aíslan completamente del exterior!” Como era la hora que tenía la costumbre de encontrar a Bhagaván, el alemán salió

de su casa después de quitarse los tapones. ¡Quedó totalmente sorprendido al ver tanta gente frente a su puerta! Tras este incidente, nosotros nos fabricamos tapones anti-ruido también, ¡los discípulos serios los encontraban inigualables para meditar con toda tranquilidad!”.

\*

\*       \*

Kameshwari Ammal tocaba muy bien la *vina* (instrumento de cuerdas de la India del Sur), conocida en los medios musicales. Practicaba la música como *sâdhana* y tocaba delante de Bhagaván cada vez que venía al Ashram. Un día, después de un bello recital, le dijo:

- ¡Bhagaván! La música es mi culto y mi *sâdhana*. ¿Es un medio para alcanzar la Liberación?

Bhagaván permaneció silencioso. Al cabo de un momento ella preguntó:

- “¿San Tyagaraja y otros no alcanzaron a Dios por medio de la música? ¿No debo yo seguir también su ejemplo? ¿No alcanzaré la Meta última de la misma manera?”

Después de un instante de silencio, Bhagaván respondió:

- “Ellos compusieron su bella música después de la realización. ¡No alcanzaron la realización por medio de la música! Es por eso por lo que esa música posee una vida eterna”.

\*

\*       \*

Sri M. G. Shanmugam, uno de los primeros discípulos de Bhagaván, hoy desaparecido, ha escrito una biografía de Bhagaván en tamil, que finaliza desgraciadamente en los años treinta. Sin embargo, nos ha dejado notas sobre Bhagaván y sus enseñanzas. He traducido algunos extractos:



“Durante los veinticuatro años en que he frecuentado a Bhagaván, constaté que raramente predicaba de manera elaborada. Daba sugerencias que los buscadores avanzados debían asimilar cuidadosamente y seguir fielmente en su *sâdhana*. Observándolo atentamente, reteniendo las palabras que pronunciaba de tanto en tanto, se podían aprender perfectamente sus enseñanzas.

Un día dijo: *“Para la práctica del atmâ vichara, cada día es favorable y cada momento es bueno, no hay disciplina que respetar. Se puede hacer en cualquier lugar, en todo momento, sin que ni siquiera alguien se dé cuenta. Todas las otras sâdhanas exigen objetos exteriores y un entorno favorable, pero para atmâ vichara, nada exterior a uno mismo es necesario. Solo es necesario girar la mente hacia el interior. Aun practicando atmâ vichara, se pueden realizar fácilmente otras actividades. Además, no se molesta a los que se encuentran alrededor, pues atmâ vichara es un puro trabajo interior. Se trata de girar tu atención hacia el Sí Mismo interior. La única cosa indispensable es la perseverancia”*.

“Estas son algunas instrucciones personales que me dio Bhagaván:

1. Si observas tu respiración con una perfecta concentración, eso conducirá a una retención (*kumbhaka*) espontánea del soplo. Eso es *jnâna pranayama*.
2. Cuanto más humilde seas, mejor será para ti.
3. Interiorizando la mente, se puede vivir en cualquier lugar y en cualquier circunstancia.
4. Debes de considerar que el mundo no es más que un sueño.
5. No dejes que el mundo objetivo y los pensamientos distraigan tu mente. Realiza el trabajo que te incumbe en la vida; pero el resto del tiempo debe de pasarse en *atmâ*

*nishta* (establecido en el Sí Mismo); no malgastes ni un segundo en la inatención y el letargo.

6. No causes a los demás el menor malestar, la menor molestia. Haz todo tu trabajo tú mismo.

7. Atracciones y repulsiones deben evitarse.

8. Con la atención centrada en la primera persona y en el corazón, es preciso practicar sin descanso “¿Quién soy yo? Esta práctica asidua conducirá a la cesación espontánea del soplo. Durante tal práctica, la mente puede surgir bruscamente; hay que continuar practicando con vigilancia el *vichara*, “¿Quién soy yo?”.

Permanecer silencioso, sin pensamientos es la plenitud.

Permanecer sin pensamientos es *Nishtha*.

Permanecer sin pensamientos es *Jnâna*.

Permanecer sin pensamientos es *Moksha*.

Permanecer sin pensamientos es *Sahaja*.

La razón es que el estado de consciencia en el que todo rastro de pensamiento ha desaparecido, es en verdad el último estado de Plenitud”.

He aquí unos extractos del diario personal de M. G, Shanmugam:

“A la edad de dieciocho años, recé con fervor para poder encontrar un *jñvanmukta* y recibir sus bendiciones. ¡Mis oraciones fueron enseguida contestadas! Mi padre, oficial de policía, fue trasladado a Tiruvannamalai y oí hablar de Bhagaván Ramana. Abandoné mis estudios y me apresuré a ir a Arunachala. En el tren tuve una notable visión de Bhagaván. Cuando llegué al Ashram, me acogió con una sonrisa llena de bondad.

Como una madre afectuosa, me preguntó: “¿Cuándo has llegado?”. Y “¿Cómo está tu mano derecha?”. A los ca-

torce años me había fracturado la mano derecha y ésta nunca se había restablecido completamente; estaba deformada y la disimulaba siempre bajo mangas largas, de forma que incluso mis amigos ignoraban esta deformidad. ¿Cómo podía saberlo Bhagaván? ¡Qué cariño me demostró! Después de eso, mi complejo de inferioridad ligado a esta herida desapareció completamente. Pero lo más importante es que me pidió que me sentase ante él. Yo lo miré fijamente y no sé lo que me sucedió entonces. Cuando me levanté, habían pasado dos horas. Esta experiencia fue para mí el primer y el más maravilloso *prasad* recibido de mi *Sadguru*; nunca lo he olvidado. En ese momento comprendí que me había aceptado entre los suyos”.

“Diariamente iba a ver a Bhagaván, a las 14h, y no volvía a casa hasta las 20h. Mi padre era un fiel discípulo de Bhagaván. Cada día, me daba tres *annas* con las que compraba el incienso que era quemado en presencia de Bhagaván. Un día, al no recibir este dinero, me fue imposible comprar el incienso y me abstuve de ir a ver a Bhagaván. Al día siguiente, a mi llegada, Bhagaván observó amablemente: “Ayer no viniste porque no pudiste conseguir el incienso. La veneración interior es suficiente”.

“Un día, mi padre nos dijo que acababa de ser trasladado a Vellore. Ninguno de nosotros, yo en particular, queríamos dejar Tiruvannamalai, pues eso significaba estar privados del *darshan* de Bhagaván. Fuimos a expresar nuestra pena a Bhagaván. Me dirigió una mirada benevolente. ¡Unos días más tarde, extrañamente, la orden de traslado fue anulada!

Además de la presencia extraordinaria de Bhagaván y del poder formidable de su silencio, observé la extraña manera en que las dudas, que estaban en nuestra mente, eran disipadas por medio de otros. Alguien en el *Hall* expresaba a Bhagaván la duda que había en ti; Bhagavan no solamente proporcionaba una respuesta, sino que te miraba sonriendo

como diciendo: “¿Está disipada esa duda?”. Bhagaván permanecía sentado, inmóvil como una roca, con los ojos abiertos, durante horas seguidas y el silencio invadía el *Hall*. Todos los corazones se llenaban de paz y tranquilidad. ¡Este silencio era su última enseñanza!

\*

\*      \*

El Dr. K. Subrahmanian tuvo la gentileza de compartir los siguientes pensamientos:

“Mi padre, Sri Krishnaswami Iyer, en su primera visita, preguntó a Bhagaván: “Hay tantos *sadhus*, ¿cómo reconocer al que es verdaderamente un *siddha*?”. Bhagaván, al cabo de algunos instantes, respondió en términos muy precisos: “*Aquél cuya sola presencia te da, sin ningún esfuerzo, la paz de la mente (shanti), ese es un verdadero siddha*”.

“En las Conversaciones y los otros libros, las cuestiones planteadas por los discípulos y las respuestas dadas por el Maestro son escrupulosamente transcritas. Sin embargo, tales libros no pueden hacer que comprendamos la manera en que Bhagaván respondía. Un día, por ejemplo, un *bhakta* que venía de lejos le preguntó: “He seguido diversos métodos de control mental, pero sin éxito aparente. ¿Llegaré un día a dominar mi mente?”. Bhagaván no dijo nada. Al cabo de algunos instantes, el hombre volvió: “Las Escrituras dicen que sin dominio de la mente, no se puede progresar espiritualmente. Hago esfuerzos sinceros. ¿Se me permite tener esperanza?”. Nuevo silencio por parte de Bhagaván. El hombre continuó preguntando; decía que verdaderamente era triste no hacer ningún progreso y deseaba obtener de Bhagaván una respuesta precisa. Bhagaván permaneció impassible. Cuando había pasado casi una hora y media, Bhagaván se levantó. Al franquear el umbral de la sala, se volvió hacia su interlocutor y dijo: “Usted lo sabrá poco a poco”. Ningún libro puede decir lo que ha pasado en la mente de este hombre durante esta hora y media. Y la manera en

que Bhagaván ha ayudado en sus esfuerzos durante este tiempo es un secreto conocido solamente por el Maestro y el *bhakta*. Las últimas palabras de Bhagaván no eran solamente una respuesta de ánimo, sino una verdadera bendición dirigida a su interlocutor”.

\*

\*       \*

Kanakamma amablemente me ha querido contar los siguientes episodios:

“Cuando Bhagaván vino al nuevo *Hall*, se impusieron algunas rígidas restricciones: *darshan*, únicamente en algunos periodos; no dormir en el *Hall*, excepto en ciertas horas para los servidores, etc. En aquella época, Bhagaván hablaba mucho, tanto por el día como por la noche. Cuando contaba una historia, acompañaba sus palabras con gestos elocuentes. Sri Niranjananda Swami estaba particularmente interesado en que los sirvientes no entablaran conversaciones con Bhagaván y que permanecieran tranquilamente tumbados. Daba la vuelta por el *Hall* para verificar que las consignas eran respetadas del todo. Venkatratnam y Narayana Iyer estaban sentados muy rectos y escuchaban boquiabiertos a Bhagaván contar una historia. Olvidaban totalmente el mundo exterior. ¡Bhagaván sabía cuándo se aproximaba el peligro! Entonces, se callaba bruscamente y les hacía un signo con sus manos para que se estirasen. Ellos obedecían, pero en cuanto el director marchaba, Bhagaván hacía de nuevo gestos sin hacer el menor ruido y los oyentes se levantaban ávidos. ¡Era como un niño!”.

“Kanakamma prosiguió: “Un día, una señora había dibujado un pavo (con harina) a la entrada de la casa de acogida de los hombres. Este dibujo era tan realista que el pavo blanco que estaba allí no dejaba de mirarlo, tomándolo por un compañero. Bhagaván llegó y observó esta escena sorprendente. Trajeron semillas y se pusieron en un plato al lado del pavo blanco. Normalmente, éste se habría precipita-

do sobre la comida, pero en esa circunstancia, ni siquiera la miraba; ¡continuaba con su mirada fija en el suelo!

Bhagaván dijo: “Acaso tienes la impresión de que un rival ha venido a desafiarte?”. Al escuchar estas palabras, como si hubiera comprendido la observación, el pavo blanco dejó de mirar el dibujo y se puso a comer las semillas. Bhagaván hizo este comentario: “Una obra de arte se consigue verdaderamente cuando un artista del mismo nivel la aprecia sin reservas. Si un zapatero aprecia un zapato hecho por un aficionado, es que es realmente de calidad. Si un sastre admira un vestido que has confeccionado, es porque es perfecto. De igual manera, si un pavo queda fascinado por un dibujo y cree que es un verdadero pavo, eso prueba el excelente trabajo y la calidad del artista”.

Después de una pausa, Bhagaván añadió: “*Para artistas tan excepcionalmente dotados, Brahma Vidya (la más alta realización espiritual) se obtiene fácilmente. Pero ellos no buscan la perfección espiritual. ¡Su mente no tiene otra preocupación más que la de la celebridad!*”.

Le pedí a Kanakamma que me hablase de Sri Anandammal. Me contó lo que sigue:

“Todos sus pensamientos eran para Bhagaván; ella descuidaba a su hijo y a los miembros de su familia. Dejando al niño en casa, marchaba a meditar sobre la Montaña. Después de la muerte de su marido, confió su hijo a su hermano y vino a instalarse frente al Ashram. Llevaba una vida muy disciplinada, comía muy poco, no hablaba más que de cosas espirituales e iba a visitar cada día a Bhagaván. Aunque no sabía leer ni escribir, era capaz de explicar cualquier pasaje de los textos espirituales. Su experiencia directa le permitía revelar muchas más cosas que la simple erudición.

Un día me dijo: “¿Crees que los *sadhus* tienen necesidad de alimento elaborado? Mira en ese rincón. Dhanamma ha dejado un tarro de arroz frío. Eso es todo lo que necesito.

El tiempo es muy precioso para los buscadores. Permanecer “tal y como somos” eso es todo lo que tenemos que hacer; permanecer allí donde no hay pensamientos. ¿Qué dice Bhagaván? Cerrad los ojos y permaneced tranquilas. ¡Simplemente sé!”.

Después del *mahasamâdhi* de Bhagaván, los discípulos se dispersaron. ¡Pero pronto se dieron cuenta que no podían encontrar la paz de la mente en ninguna otra parte! Enseguida fueron volviendo poco a poco cerca de la tumba de Sri Bhagaván. Pidieron a Muruganar que expusiera las obras escritas de Bhagaván. Después de terminar las *Obras completas* de Bhagaván, Muruganar interpretó otros tratados espirituales como el *Atma Purana*. Un día, Anandammal le pidió la explicación de un pasaje concerniente al Santo Vamadeva: “Vamadeva tenía un karma residual y tuvo que renacer. Tan pronto como salió del vientre de su madre, realizó el Sí Mismo, ¿no es así?”.

“En ese momento, Anandammal se balanceo hacia adelante repentinamente y colapsó. Se podría decir que hacía una prosternación. Pero al cabo de algunos minutos, como no se levantaba, la levanté y la puse en posición sentada. No estaba consciente. Le rociamos el rostro con agua, pero no hizo ningún efecto. Entonces la transportamos a la ciudad, a casa de su pariente. Ya no abrió los ojos. Esto ocurrió a las 10h y a las 21h fue declarada muerta. ¡Su último pensamiento había sido la liberación de Vamadeva!”

\*

\*      \*

Sri Tapas Swami me contó los siguientes hechos:

“Mientras meditaba en presencia de Bhagaván, la radio anunció el asesinato de Mahatma Gandhi. Esa noche, en la ciudad, hubo disturbios y al día siguiente pillaje e incendios criminales. El director del Ashram nos pidió a algunos que montásemos guardia durante la noche para que nadie se introdujese en el Ashram.

A la mañana siguiente, cuando estábamos sentados delante de Bhagaván, se escuchó de repente gritar: “Atrapadlos, no los dejéis escapar”. Una multitud de gente se dirigía al Ashram. Alguien cerró puertas y ventanas, para que nadie pudiese entrar. Unos hindúes, persiguiendo a musulmanes atravesaron el Ashram corriendo. ¡Impasible ante el alboroto, Bhagaván estaba tranquilamente releendo las correcciones! Entonces, me di cuenta lo indiferente que podía ser el *jnâni* a lo que ocurría a su alrededor.

Recuerdo otro episodio. Era en la época en que se sabía que Bhagaván tenía cáncer. Un día, pidió a Visvanatha Swami si se acordaba de ese versículo del *Yoga Vashisthâ* que dice que un *jnâni* permanecía impasible en cualquier situación. Ni Visvanatha ni yo podíamos recordarlo. Bhagaván pidió el libro e hizo leer el pasaje en cuestión:

“Si su cuerpo fuese cortado en dos, quien no está identificado con el cuerpo no se daría ni siquiera cuenta, igual que el azúcar caramelizado, secado en el fuego o cortado en trozos, sigue siendo azúcar. Igual que la esposa hace las tareas de casa y al mismo tiempo ama apasionadamente a su marido, de la misma forma el *jnâni* permanece siempre en el estado supremo en medio de sus actividades”.

\*

\*      \*

Kunju Swami informó de la explicación dada por Bhagaván del término *tirobhava*, el poder de oscurecimiento, el olvido, que se le considera a menudo como un mal del que es preciso deshacerse: “Dios, en su gran bondad, ha privado a las personas del conocimiento de las vidas pasadas. Si supieran que han sido virtuosas, se volverían orgullosos; y en caso contrario estarían deprimidas. ¿Conoces perfectamente la presente vida como para desear conocer las precedentes? ¿Por qué querer cargarte con un conocimiento suplementario y sufrir aún más? El sueño profundo regene-



*ra y, sin él, la vida se volvería insoportable; igualmente, tirrobhava, así como las otras funciones del Señor – creación (sristi), protección (sthiti), destrucción (samhara) e iluminación (anugraha) – tienen un papel perfectamente justificado”.*

\*

\*       \*

Ramanathan vino a ver a Bhagaván en 1912, cuando vivía en la gruta de Virupaksha. Estudiaba en el Veda Pathasala de Tiruvannamalai. Una sola mirada, un solo vistazo de Bhagaván hizo brotar en este joven adolescente una oleada “de amor maternal” por Bhagaván, como él mismo lo dijo más tarde. Sri Kunju Swami me contó esta historia muy emotiva:

“Cuando llegué por primera vez a Tiruvannamalai, en 1920, había una epidemia de peste en la ciudad. Todo el mundo se había marchado, a excepción de Bhagavan, Perumal Swami, Ramanathan y algunos otros. El pobre Ramanathan estaba acostado en un rincón de Skandashram, golpeado por la peste, con el cuerpo hinchado y supurante. Queriendo evitar que Bhagaván se contagiara también, los demás intentaban alejarlo de Ramanathan. Así, un día en que ellos efectuaban la vuelta a la Montaña, propusieron a Bhagaván que permaneciera en Panchaiamman Koil por algún tiempo, añadiendo que le llevarían comida a Ramanathan. Sri Bhagaván respondió tranquilamente: “Ya veo; ¿deberíamos permanecer aquí y dejar a Ramanathan solo allí! Permaneced si queréis aquí. Yo vuelvo a su lado y lo cuidaré. Ya que vais a enviar alimento para Ramanathan, podéis enviar también para mí”.

“Naturalmente, todos volvieron allí y Ramanathan se restableció rápidamente. ¿Cómo podría ser de otra forma, si la atención de Sri Bhagaván estaba concentrada en él?”

Sri Kunju Swami prosiguió:

“Un discípulo, al que le sobrevénía un irresistible deseo de dormir en el momento de su meditación, tenía un sentimiento de culpabilidad. Cuando informó de esto a Bhagaván, éste sonrió y le dijo con compasión: *“Cuando tengas deseo de dormir, ve a dormir, no luches contra el sueño. Y si al despertar aun tienes sueño, vuélvete a dormir. ¡Eso terminará por acabar, no se puede dormir eternamente! Cuando te sientas plenamente despierto, aprovéchate de ese estado para meditar. Sé natural; pensar que tener ganas de dormir es un pecado, constituye un obstáculo; superalo, aceptando dormir normalmente. ¡Pero haz meditación cuando estés plenamente despierto!”*.

\*

\*      \*

El profesor Shivismohan Lal de Hyderabad estaba muy apegado a Bhagaván. Un día, le envió este telegrama: “Mi mujer está a punto de dar a luz y sufre atrozmente. Pido las bendiciones de Bhagaván”. Eran las 11 de la mañana. Bhagaván dijo después de un momento de silencio: “¿Eso sucederá simplemente informándome?”.

A las 3 de la tarde, un nuevo telegrama de Pr. Lal decía que su mujer había dado a luz y todo había ido bien. Bhagaván emitió su habitual “¡Hum, hum!”.

“Bhagaván, preguntó Muruganar, esta mañana usted ha dicho: “¿Eso sucederá simplemente informándome?”, pero, ¿no es debido a que usted ha sido informado y que sus bendiciones han sido solicitadas, que el alumbramiento de la señora Lal ha ido bien? Bhagaván esbozó una sabia sonrisa, pero no respondió”.

\*

\*      \*

Sri Ramanaswami Pillai me contó esta historia emotiva:

“Se producían milagros en presencia de Bhagaván. Lo más extraño es que gente como yo, muy próxima a Bhagaván, no nos molestábamos en ver lo que pasaba de tan abortos que estábamos en él. Sin embargo, recuerdo uno de sus milagros. No esperéis un *siddhi* espectacular; pero para mí, ese suceso era un perfecto *siddhi* manifestado espontáneamente por Bhagaván.

“Alguien, que vivía no lejos de Tiruvannamalai, había perdido la vista después de una fiebre o de un ataque de viruela. Se le dijo que fuera a Sri Ramanashramam, y que Ramana Maharshi le devolvería la vista. Guiado por un compañero, vino al Ashram.

Algunos días antes, dos jóvenes médicos habían venido al Ashram. Quedaron fascinados por Bhagaván. Cuando se disponían a marchar en coche a Madrás, después de haber pedido permiso a Bhagaván, de repente sintieron deseo de contemplarlo una última vez y volvieron al *Hall*. En ese intervalo, el ciego había llegado ante Bhagaván y le rogaba que le concediera su gracia para volver a ver. Bhagaván escuchaba atentamente, pero no decía nada. Los médicos, que observaban la escena, se ofrecieron a llevar al ciego con ellos y curarlo.

Algunos meses más tarde, vi un hombre llegar al *Hall*, que se prosternó ante Bhagaván y le expresó con felicidad su gratitud por haberle devuelto la vista parcialmente. Los médicos, dijo él, habían hecho todo lo que podían, pero no habían podido curarle más que uno de sus ojos. Bhagaván escuchó impasible, ¡como si no tuviera nada que ver con eso! Esta es la manera natural como Bhagaván realizaba sus milagros”.

\*

\*      \*

Sri Janaki Mata de Tanjore era uno de los grandes discípulos de Bhagaván. Su hija, Padma Sitapati, tenía un hijo,

Janakiramanam, que había perdido la vista a la edad de tres años después de una enfermedad. Mata aconsejó a su hija que se lo hiciera saber a Bhagaván. Mientras tanto, el padre de Padma, el Dr. Ganapati Iyer, curaba al niño con mucha atención. Padma escribió a Bhagaván para pedirle su gracia. Llegó una respuesta: “Por la gracia de Sri Bhagaván, el niño Janakiramanam recobrará la vista”.

Durante cuarenta días, el niño no pudo abrir los ojos. El día de Kartikai, lo llevaron al templo de Tanjore. De repente, entrevió las imágenes que se encontraban allí. De vuelta a casa, él gritaba: “¡Veo Bhagaván! ¡Veo Mataji!” Padma estaba loca de alegría. Mata lo llevó a Arunachala para prosternarse delante de Sri Bhagaván.

Cuando Padma llegó al Ashram con el niño y entró en el *Hall*, no pudo contener las lágrimas. Se prosternó ante Bhagaván, y dijo: “Bhagaván, si mi hijo ha recobrado la vista, es únicamente por tu gracia”. Bhagaván le dirigió una bienaventurada sonrisa y dijo: “¡Bueno, ella dice que su hijo ha recobrado la vista gracias a Bhagaván!”.

Al anochecer, Padma y su hijo estaban sentados cerca del diván de Bhagaván, cuando el niño dijo a su madre: “No veo la cabeza”. Aunque había recobrado la vista, aun le era imposible ver cuando oscurecía el día. Bhagaván preguntó lo que había dicho el niño. Padma le dijo que su hijo no veía la cabeza, ni el rostro de Sri Bhagaván: este miró fijamente al niño y dijo: ¡Mira bien aquí! ¡Bueno, no ves la cabeza de Bhagaván? ¡Mira, mira!”.

El niño la veía. ¡Desde entonces su vista fue igual de día que de noche!”.

\*

\*      \*

Kanakamma me informó de esta emotiva historia:

“Durante la enfermedad de Sri Bhagaván, cuando estaba postrado en cama en la sala del Nirvana, su hermana, Alamelu Ammal, se acercó a él con mucha vacilación y le

suplicó así: ¡Bhagaván! Un día, cuando estabas en la gruta de Virupaksha intentando mover una gran roca, tu mano de repente quedó atrapada debajo de ella; cuando la liberamos, vimos que un dedo estaba roto y colgaba inerte. Vasudeva Sastri se asustó y comenzó a llorar. Tú lo apaciguaste con estas palabras: “¿Por qué lloras? ¡No ha pasado nada!” Entonces, con tu otra mano, pusiste el dedo en su lugar y enseguida recuperó su posición. ¡No había rastro visible del accidente! Así pues, ¿por qué no tocas este doloroso cáncer de tu brazo izquierdo con tu mano derecha de oro? Te curarías, si hicieras eso. Todas nuestras angustias desaparecerían. Igual que apaciguaste los temores de Vasudeva Sastri, te lo ruego, alívianos poniendo tu espíritu en ese brazo y ¡sánalo!

Bhagaván miró a su hermana intensamente, con amor y compasión. Al cabo de un momento, respondió: “¡Sí, sí! Tengo un cuerpo; y él tiene un brazo; el brazo está enfermo y no hay cura para esta enfermedad; así que tengo que volver mi espíritu hacia él para curarla. Pero, ¿dónde se encuentra el *espíritu* que puede realizar eso?”.

\*

\*      \*

Sri Kunju Swami me contó la siguiente anécdota:

“Sri Bhagaván llegaba a la cocina a las cuatro de la mañana y se ponía a cortar verduras; algunos de nosotros íbamos a ayudarle. A veces, la vista de esos montones de verduras nos sorprendía. Mirábamos el péndulo, impacientes por acabar para volvernos a acostar. Sintiendo nuestra impaciencia Bhagaván decía: ¿Por qué miráis el péndulo? Intentando fanfarronear respondimos: “Si podemos terminar el trabajo antes de las cinco, podríamos hacer una hora de meditación”. Bhagaván replicó dulcemente: “*El trabajo que nos incumbe debe de acabarse a tiempo. El obstáculo son los otros pensamientos y no la cantidad de trabajo. Realizar las tareas en el tiempo justo es en sí una meditación. Continúa vuestro trabajo con una atención total*”.

\*

\* \*

Kanakamma me contó esta interesante anécdota:

“Sri Krishna Prem hacía una estancia en el Ashram. Era una gran vishnuita, que veía a Vâsudeva<sup>56</sup> en todas las cosas. “*Sarvam Vasudevamayam jagat*: Todo está penetrado por el Señor Vâsudeva”, ¿no era éste el más alto ideal?”, preguntó a Bhagaván citándole este versículo.

Sri Bhagaván hizo un signo de aprobación con la cabeza y dijo: “*¡Sí, sí! Es un estado de consciencia exaltado. El culto vishnuita se basa en eso. Sin embargo, ¿quién es el que piensa: ¿todo lo percibido es Vâsudeva? ¿No eres tú mismo? ¿Acaso las cosas que son percibidas te vienen a decir que ellas son Vâsudeva? ¿Viendo que la tierra, los árboles y las plantas son Vâsudeva, no quieres ver que tú eres Él? Si tú, que ves en todas las cosas a Vâsudeva, aprendes a ver que tú eres Vâsudeva, te volverás Vâsudeva mismo. Después, ya no habrá especialmente necesidad de percibir que todas las otras cosas son Su forma. ¡Si el que ve se transforma en Vâsudeva, entonces, lo que es visto se vuelve automáticamente Vâsudeva! El drishtim jnanamayam kritva de Sankaracharya, es simplemente eso*”.

\*

\* \*

En la gruta de Virupaksha, Masthan Swami tuvo el privilegio único de recibir toda la gracia de Bhagaván. Sri Kunju Swami transcribe así sus palabras: “Cuando llegué ante Bhagaván, estaba sentado delante de la gruta de Virupaksha; su mirada estaba llena de gracia, de sabiduría y de compasión. Yo permanecí de pie, a su lado. Me concedió una mirada y eso abrió la puerta de mi corazón; me establecí en el mismo estado que él. Permanecí así de pie durante

---

<sup>56</sup> Vâsudeva: nombre de Krishna.

ocho horas, sin sentir la menor fatiga, totalmente absorbido, lleno de paz. En aquella época, Bhagaván abría los corazones con una simple mirada de gracia y nos transformaba. ¡No había ninguna necesidad de plantear preguntas, ya que, a través de su mirada, nos hacía semejantes a él!”.

\*

\*      \*

Akhilandamma, llamada Desuramma (nacida en Desur), relata en sus recuerdos: “La tradición quiere que uno se aproxime a un sabio con reverencia, humildad y silencio. ¡En el caso del Maharshi, quedé asombrada de que estas condiciones se cumplían automáticamente, sin que nadie obligase a respetarlas!”

Cuando conoció la enfermedad de Bhagaván, ella le pidió tímidamente:

- “¿Bhagaván que tienes en tu brazo...?”

- ¿Quién te ha hablado de eso?, interrumpió Bhagaván”.

Después acariciándose su brazo izquierdo, dijo: “Nada, nada” cortando así por lo sano una conversación más amplia sobre el asunto.

Más tarde, cuando vio a Bhagaván en la fase terminal de su enfermedad, se hundió completamente. Cuando ella se fue, Sri Bhagaván le hizo llegar un mensaje por medio de un servidor como consuelo: “¿Por qué llorar a causa de este cuerpo grosero?”. Ella encontró consuelo en la seguridad que le dio de estar continuamente presente.

\*

\*      \*

Sri Balaram Reddiar me contó la siguiente historia:

“La compasión de Sri Bhagaván por sus discípulos era asombrosa, en particular en sus últimos días, cuando su enfermedad le hacía sufrir horriblemente. A pesar de este su-

frimiento, insistió en dar el *darshan* a sus discípulos hasta el último momento”.

“El doctor P. V. Karmachandni me informó del siguiente hecho: “Mi mujer había preparado, con mucha devoción, zumo de naranja para Bhagaván. Pero cuando llegamos al Ashram, Sri Bhagaván rechazaba todo líquido, pues los desplazamientos al wáter se habían vuelto muy difíciles. A pesar de todo. Le ofrecí el zumo de naranja; lo rechazó dos veces, pero pidió agua. Sentí lástima por mi esposa y dirigí con fervor una oración silenciosa al Maharshi para que él le ahorrara una cruel decepción. Enseguida Bhagaván dijo: “Dadme el zumo de naranja” y ¡bebió el que le presenté! Este es un ejemplo de compasión total, en la que Bhagaván satisfacía el deseo de un discípulo”.

Sri Reddiar prosiguió: “Su amor era impersonal, como el de Dios, y, sin embargo, cuando las circunstancias lo exigían, podía ser profundamente personal, como el de una madre. Se comportaba diferentemente con cada discípulo y no estaba atado a ninguna regla”.

\*

\*      \*

Sri S. Doraiswami Iyer, gran abogado y fiel discípulo de Bhagaván, me contó esta historia que data de la época de Skandashram:

Un día que estaba solo con Bhagaván, le pregunté si podíamos ir a la cima de la colina desde Skandashram. Sin decir una palabra, Bhagaván se levantó, tomó a Doraiswami de la mano y lo condujo hasta la cima en media hora. ¡Qué extraordinario privilegio! Si seguimos sus enseñanzas, nos tomará también de la mano y nos conducirá a la cima.

\*

\*      \*

Kunju Swami me dijo:



“La manera en que Bhagaván utilizaba las espinacas era una lección de paciencia, de economía y de arte culinario. Muy temprano, por la mañana, llegaba a la cocina, donde montones de espinacas habían sido depositadas y nos daba instrucciones: “Las espinacas deben ser cortadas en tres partes; primero las hojas, segundo el tallo y tercero la raíz. Las hojas son utilizadas para hacer curry. Los tallos son atados en manojos y puestos en el *shambar* hirviendo. Las raíces son cuidadosamente limpiadas varias veces en agua, después aplastadas tres o cuatro veces sobre una piedra, para extraer el jugo, hasta que no quede de ellas más que restos de fibras. Este jugo es mezclado al *rassam*”. Todo eso exigía un trabajo considerable, que Bhagaván realizaba en gran parte él solo.

“Un día, habíamos enterrado todas las raíces en un lugar por el que Bhagaván nunca pasaba. ¡Ese día, como por casualidad, Bhagaván hizo un desvío y pasó por ese sitio preciso! Viendo que la tierra había sido removida recientemente, puso su bastón allí y eso hizo aparecer algunas raíces de espinacas. ¡Bhagaván comprendió inmediatamente! Se sentó y desenterró todas las raíces; después las lavó cuidadosamente. Estaban llenas de barro y eso le exigió mucho tiempo. Después fue a la cocina, las aplastó para extraer el jugo y lo puso en el *rassam*. ¡Realizó todo esto con una sonrisa, sin el menor rasgo de irritación o de cólera!

Esto fue una gran lección para todos nosotros, que observamos la escena con un profundo sentimiento de culpabilidad. Nunca más volvimos a hacer este tipo de cosas”.

Kunju Swami prosiguió: “La opinión de Bhagaván sobre la ortodoxia será siempre un misterio. No se puede decir que la aprobara o la rechazara. He aquí algunos ejemplos.

“Cuando Bhagaván estaba en Skandashram, Echamnal le llevaba de comer cada día; también tenía costumbre de recibir en su casa a monjes *brahmines* y darles *biksha*<sup>57</sup>,

---

<sup>57</sup> *Biksha*: comida obtenida al pedir limosna.

a la manera tradicional. Un día, dos discípulos de Sri Nara-yana Guru llegaron de Kanchipuram. Creyendo que eran *brahmines*, Echammal los invitó a su casa. Ellos informaron a Bhagaván, que en seguida comprendió la situación. ¡Si ella descubría que no eran *brahmines*, podía retractarse de su oferta de hospitalidad!

“Bhagaván les preguntó sonriendo: “¿Sabéis hacer el *parishechanam* (ritual brahmánico antes de la comida)?”. Los dos *sannyâsi* captaron la sugerencia: “¡Sri Bhagaván! ¡Hemos observado esta costumbre en la India del norte, donde los *sannyâsi* hacen el *parishechanam* antes de comer!”. Bhagaván nunca reveló el secreto de los *sannyâsi* a Echammal y ¡ella continuó alimentándolos cada vez que tenía la ocasión!”.

“Otra vez, los cocineros habían preparado un plato que contenía mucha cebolla. Las pieles de las cebollas comenzaron a volar en todas las direcciones. Bhagaván, que observó eso durante su paseo, dijo: Más vale que las recojamos y las enterremos. ¡Los ortodoxos no soportarían que se comiesen cebollas en el Ashram del Swami!”.

Un día, en el refectorio, el hermano de Sri Visvanatha Swami se sentó con los no *brahmines*. Algunas personas le recordaron que debía ir a sentarse con los *brahmanes*. El les dijo en voz alta: “No hay diferencia de casta en presencia de Bhagaván”. Por su entonación, estaba claro que esperaba recibir la aprobación de Bhagaván. ¡Pero para su mayor sorpresa, éste reaccionó de forma diferente! Con un punto de irritación en la voz, dijo: “¡Oh! ¿Ha trascendido él todas las limitaciones para hacer lo que le guste? ¿Comería él con los no *brahmanes* en su casa? ¿Por qué esta proclamación de igualdad únicamente aquí? Hay que comportarse normalmente, como uno lo haría en su casa. Ser natural es la mejor forma de disciplina”.

\*

\*       \*

Los primeros discípulos occidentales de Bhagaván eran almas maduras y no simples buscadores. Un día, mientras hablaba del mayor A. W. Chadwick, Bhagaván observó:

“¡Chadwick, en el pasado, era uno de nosotros. Tuvo deseo de nacer en Occidente y ese deseo le fue concedido!”.

Cuando Maurice Frydman compuso una estrofa cuyo estilo y contenido eran idénticos a una estrofa de Appaya Dikshitar<sup>58</sup>, alguien, cerca de Bhagaván, se asombró de que un occidental, de una época y de una tradición diferentes, hubiera podido encontrar las mismas palabras. Bhagaván remarcó: “¿Por qué no? ¡Aquellos que estaban aquí, se han encarnado allí y han acabado por volver!”.

\*

\*      \*

¡Arthur Osborne me ha ayudado mucho en mi búsqueda espiritual, más por su presencia silenciosa que por sus palabras! Un día, le hablé de una experiencia que había tenido y que podía ser un sueño, una visión o una realidad. Me pidió que le describiera esta experiencia detalladamente. Después de haber escuchado atentamente, me dijo sonriendo: “¡Ganeshan! Es una auténtica experiencia espiritual. Tienes mucha suerte. Has recibido el mantra “*Om Namo Bhagavate Ramanayana*”. Es lo que se llama *ajapa-japa*. ¡Voy a contarte mi propia experiencia!

“Cuando Bhagaván tenía un cuerpo, nosotros que pertenecíamos al círculo de René Guénon, el sabio francés, fuimos atraídos hacia Sri Bhagaván como las limaduras de hierro por un potente imán. Entre este grupo, David McIver tuvo la suerte de poder permanecer con Bhagaván y traducir al inglés, bajo su dirección, casi todas sus obras, así como las obras que recomendaba como *Tripura Rahasya* y *Advai-*

---

<sup>58</sup> Appaya Dikshitar (1520-1594): sabio seguidor del vedanta advaita pero con un enfoque Shiva Advaita.

*ta Bodha Dipika*. Luego fue atraído por un yogi de la región de Trivandrum, lo tomó por gurú y se instaló allí.

David, que tenía mucha simpatía por mí y mi esposa, quería absolutamente hacernos adoptar a su gurú; su argumento era que para alcanzar la plenitud espiritual un gurú “físico” era indispensable y que, ya que Bhagaván nunca decía que era un gurú, debíamos dejarlo para adoptar a un gurú dispuesto a aceptarnos como discípulos. Tuvimos abundante correspondencia sobre este asunto. Todas estas cartas siempre eran mostradas a Bhagaván. Con un signo de la cabeza, Bhagaván siempre aprobó las respuestas en las que afirmaba que él era mi único gurú.

Un día recibí una carta muy desagradable en la que me prevenía que si no abandonaba inmediatamente a Ramana en provecho de su gurú, las consecuencias serían terribles. Esta carta me molestó; pensaba enseñársela eventualmente a Bhagaván por la noche. Por la tarde, cuando estaba en el jardín quitando hierbas, arrodillado y la cabeza inclinada hacia adelante, escuché detrás de mí un ruido sordo, como el de un animal saltando de un árbol y que se aproximaba a mí. Rápido como un rayo, se subió a mi espalda, tenía la impresión de que se trataba de un oso, pues estaba cubierto de largos pelos y sus patas anteriores me agarraron el pecho.

¡Ganeshan! Lo que experimenté en ese momento no era el deseo de saber de qué se trataba, ni un sentimiento de miedo o de debilidad, era un tranquilo desapego. Continué quitando hierbas. Al darse cuenta de mi indiferencia, el animal se puso a crecer. Enseguida caí hacia adelante a causa de ese fardo cuyo peso se volvía insoportable, pero continuaba estando tranquilo y no experimentaba ningún temor. De repente el animal me agarró la garganta con sus velludas manos y se puso a estrangularme. Comenzaba a ahogarme, él apretaba cada vez más y más. Todo eso no me producía el menor miedo; mi mente permanecía clara y tranquila. Tenía la impresión de ya no poder respirar. Sus manos se-

guían apretando más. Sin experimentar el menor temor, sentía que iba a morir. Entonces ¡el milagro se produjo! Al pensar que iba a morir escuché en mí las palabras “¡*Arunachala Shiva! ¡Arunachala Shiva!*” no era yo quien las pronunciaba, sino algo en mí. La intensidad, el volumen, la rapidez de este *japa* fueron aumentando. ¡Era una maravillosa experiencia escuchar en uno mismo un *japa* repetirse por sí mismo, al mismo tiempo que era consciente de estar en el abrazo de la muerte!

Mientras que el *japa* continuaba, el animal comenzó a relajar su presión. Su tamaño y su peso disminuyeron poco a poco. Bruscamente, saltó de mi espalda y se puso a correr hacia el árbol; escuchaba sus pasos precipitados. Subió al árbol y desapareció. Recuperé inmediatamente mi aliento. El *ajapa-japa* continuaba sin interrupción. Me levanté y fui a buscar la bestia, pero me fue imposible descubrirla. Estaba muy feliz de poder escuchar la repetición interior de “*Arunachala Shiva*”.

A la mañana siguiente, encontré a Bhagaván en el momento que volvía de su paseo por la colina; le enseñé la carta y le conté lo que me había sucedido la tarde anterior. Entonces me dijo con una sonrisa benevolente: “Eso es todo lo que *ellos* pueden hacer. ¡Todo está bien!”. Por *ellos*, Bhagaván quería decir, sin duda, el gurú experto en magia negra que había hecho escribir a David la carta amenazadora. Bhagaván era *purna-jnâni* (sabio perfecto). Cuando se está bajo la protección de un *Sadguru* perfecto, incluso una experiencia debida a la magia negra resulta ser una bendición escondida. Es así como tuve la suerte de ser iniciado en el *ajapa-japa* de “¡*Arunachala Shiva!*”.

\*

\*       \*

S. S. Cohen era un hombre extraordinariamente inteligente y al mismo tiempo un excelente *sâdhaka*. “¡Ganeshan! Me repetía a menudo. Está bien consagrar tiempo al

servicio del Ashram, pero ¡recuerda!, sin *sâdhana*, no hay progreso espiritual. Por tanto, la *sâdhana* debe de ser el centro y el servicio la periferia”.

Sri Cohen pasó sus últimos días en el Ashram. Yo iba a verlo todas las tardes y le escuchaba hablar de nuestro Maestro y de sus enseñanzas. Física y mentalmente se debilitaba cada vez más. Me ausenté del Ashram durante cerca de dos meses y a mi vuelta, lo encontré muy disminuido. Estaba en una silla de ruedas y parecía haber perdido la razón: “Ves Ganeshan, me dijo, la dirección de repente me ha dado una nueva habitación, al séptimo piso y sin agua, eso sí para mí solo. Pero, por la noche, cerca de doce personas vienen a dormir allí, sentadas a mi alrededor...”.

Viéndolo en este estado deplorable, le dije con lágrimas en los ojos: “¡Señor Cohen! Usted es el *sâdhaka* más inteligente que conozco. ¿Por qué dice estas palabras tan incoherentes?”.

Él me miró directo a los ojos y dijo: “Cuando el cuerpo envejece, ya no hay medio de dominarlo y pasa lo mismo con la mente. ¡Pero no somos ni el cuerpo, ni la mente! Tampoco doy ninguna importancia a la manera en que el cuerpo y la mente se comportan. Ellos no son “yo”.

¡Me quedé atónito de oírle hablar así, cuando hacía unos instantes antes deliraba completamente!

- “¿Si no es ni la mente ni el cuerpo, quién me habla? ¿En qué estado de consciencia está usted ahora?

- Yo soy puro Espíritu, testigo de todo lo que se produce por medio del cuerpo y de la mente. No tengo nada que ver con ellos. Estoy en presencia de mi Maestro, Guru Ramana; me beneficio de su presencia bienaventurada y beatífica ¡Soy pura *Ananda*!

Había vuelto aquél que habíamos conocido durante tantos años, gozando de todas sus facultades y lleno de serenidad. Al cabo de un cierto tiempo, volvió a delirar. Era

una gran revelación, una demostración clínica de esta verdad: “¡Yo no soy el vehículo psicosomático!”.

\*

\*      \*

Maurice Frydman vivió su última enfermedad en Bombay. Con la excepción de su amiga íntima, una mujer mayor, también inválida, no tenía a nadie que cuidase de él. ¿Cómo había podido Bhagaván abandonar así a un discípulo que sufría?

Una enfermera profesional tuvo un sueño en el que un anciano vestido con un simple taparrabos le pedía que fuera enseguida a ver a Maurice Frydman y que se ocupara de él durante sus últimos días. A la mañana siguiente, movida por la curiosidad, fue a casa de Maurice y le ofreció sus servicios. Él los rechazó. Desilusionada, se apresuraba a irse, cuando al levantar la cabeza vio el rostro del “anciano” de su sueño; su retrato estaba colgado sobre la puerta de entrada: era Bhagaván Ramana. Ella volvió a la habitación de Maurice y le contó la historia. Entonces Maurice aceptó su ofrecimiento con alegría. Hasta el último momento permaneció apacible y sereno.





# INDICE

|                                            | <i>Pág.</i> |
|--------------------------------------------|-------------|
| INTRODUCCIÓN                               | 11          |
| Primera parte                              |             |
| TESTIMONIOS RECOGIDOS POR G. VENKATACHALAM | 15          |
| AÑOS DE GRACIA                             | 17          |
| ETERNO BHAGAVÁN                            | 21          |
| HISTORIAS Y ANÉCDOTAS                      | 37          |
| ALGUNOS ASPECTOS DE SRI RAMANA MAHARSHI    | 43          |
| LA COCINA DE BHAGAVÁN                      | 49          |
| LA GRACIA DE BHAGAVÁN                      | 55          |
| TODA UNA VIDA CON BHAGAVÁN                 | 59          |
| BHAGAVÁN EN LA COCINA                      | 69          |
| LA GRACIA QUE CURA                         | 79          |
| MI VIDA, MI LUZ                            | 85          |
| BHAGAVÁN TAL Y COMO LO HE CONOCIDO         | 97          |
| Segunda parte                              |             |
| TESTIMONIOS RECOGIDOS POR V. GANESHAN      | 115         |



